RICHARD CONNELL

ASESINATO EN ALTAMAR



SIRUELA

Richard Connell

ASESINATO EN ALTAMAR

Traducción del inglés
de Natalia Zarco

Siruela

Libros del Tiempo / Biblioteca de Clásicos Policiacos

Edición en formato digital: enero de 2025

Título original: *Murder at Sea*
En cubierta: © rawpixel
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© De la traducción, Natalia Zarco
© Ediciones Siruela, S. A., 2025

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-10415-47-8

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

1. El hombre curioso
2. La tragedia en el camarote B
3. Un banquete con esqueleto
4. Los ojos terribles
5. De nuevo los ojos
6. El diablo anda suelto
7. Entre la espada y la pared
8. Nuevos nudos en la madeja
9. Una visita nocturna
10. Varga
11. Voces
12. ¿Quién ha sido?
13. Más fuerte que la muerte
14. El destino de Gabe Fest, marinero de primera
15. Lo que sabía Julia Royd
16. Lo que sabía Matthew Kelton
17. Y ya después…

Al lector

Este libro ha sido escrito por alguien que adora las novelas negras para todos esos apasionados del género policiaco que adoran encontrar un cadáver al final del primer capítulo y un asesino al final del libro. Es un misterio que pueden resolver, una minúscula compensación por ese gran misterio que ninguno de nosotros conseguirá jamás desentrañar.

Dedico este libro a todos ellos y, en particular, a Louise Fox Connell, John Chapman Hilder, Earle H. Balch, Carl Brandt y Erdmann Brandt.

1

El hombre curioso

La curiosidad era el mayor vicio de Matthew Kelton, pero también su principal fuente de placer. Su ansia por descubrir cómo, quién, cuándo, dónde y por qué era insaciable. Durante más de cincuenta años se había dedicado a observar la vida con mirada interrogante y atenta. El defecto que por lo general se sabe que mató al gato no había tenido ningún efecto letal en él. Pocos hombres en el mundo eran más despiertos e inteligentes que Kelton.

A lo largo de su vida había visto muchas cosas extrañas. Se había paseado por el laberinto del comportamiento humano y lo había encontrado lleno de recodos oscuros e inesperados. No se aburría nunca, la conducta humana le parecía demasiado imprevisible. Daba la impresión de vivir y moverse en un perenne estado de serena excitación.

Cualquier asunto con pinta de rompecabezas atraía su mente como un imán atrae una aguja. La energía y la sagacidad que demostraba cada vez que se ocupaba de lo que fuera que desafiara su mente asombraban a sus amigos. Alguno decía que si hubiera vivido en la Edad Media habría corrido el riesgo de acabar en la hoguera como brujo, y es que a veces de verdad daba la impresión de que empleaba la magia negra. «Me limito a sumar dos y dos —solía decir —. El problema es descubrir qué dos sumado a qué otro dos dará el cuatro esperado».

—Me interesa cualquier enigma —declaró una vez.

—Prueba a resolver la adivinanza eterna de la esfinge —le sugirió un amigo.

—Es solo un montón de piedra sarcástica —respondió él sonriendo —. El monumento al egocentrismo de un hombre. Me interesa

mucho más saber por qué un oscuro explorador roba diez dólares a su capataz. Lo que de verdad me apasiona son los jeroglíficos humanos.

Se encontraba en una envidiable posición para poder ejercer su pasión por las indagaciones. De joven fue un químico muy avezado y un día, mientras trabajaba, se preguntó qué pasaría si determinadas sustancias químicas se mezclaran con otras. Una vez planteada la pregunta, ya no paró hasta dar con la respuesta, que quedó expuesta en el Noche de Rosas de Kelton, un sugerente perfume exótico. Vendió de inmediato la fórmula, invirtió los beneficios, se compró una casita en un pueblo tranquilo fuera de la ciudad y así fue libre para dedicar todo su tiempo a la fascinante ciencia de la curiosidad. Vivía para los misterios.

Su residencia disponía de un laboratorio, un despacho y una biblioteca. Y también de una venerable señora inglesa que cuidaba la casa, se ocupaba del dinero y preparaba excelentes pasteles de carne. Las rentas de Kelton, que rondaban las dos mil libras esterlinas al año, eran más que suficientes para cubrir sus sencillas necesidades.

Había enigmas de sobra en el mundo para tenerlo ocupado; sin embargo, continuamente buscaba otros. A menudo no le hacía falta irse muy lejos: la policía había descubierto su talento en arrojar luz a los puntos más oscuros de los casos que investigaba, por lo que a menudo le pedía ayuda y él se la prestaba encantado sin cobrar nada a cambio, eso sí, siempre que considerase el caso un auténtico misterio. No le interesaban esos que llamaba «crímenes banales, sin imaginación».

Una noche, era primeros de marzo, un marzo particularmente frío y desapacible, Matthew Kelton, mientras trabajaba en su biblioteca en un criptograma cuya ingeniosidad habría desalentado al mismísimo Poe, comenzó a sorberse la nariz. Sabía perfectamente lo que eso significaba. El día anterior había deambulado bajo la nevisca buscando una huella que representaba la clave del intrincado caso en el que estaba trabajando. Encontró la huella, extrajo una

respuesta, demostró la exactitud de esta última, salvó a un inocente de diez desagradabilísimos minutos en la silla eléctrica y se ganó un gran y feo resfriado.

Apartó el criptograma y tocó la campana para avisar a la gobernanta.

—¿Miss McNab?

—¿Sí, mister Kelton?

—Estoy pensando viajar a un lugar más cálido. Y no, no estoy al borde de la muerte.

Al ver que el hombre hablaba en un tono irónico, miss McNab transformó en una sonrisa sus rasgos envejecidos.

—Me voy a las Bermudas —anunció—. He visto que puedo embarcar pasado mañana. Por favor, meta en la maleta el completo azul, el traje de noche, algunas camisas y el neceser. Si lo desea, puede usted cerrar la casa e ir a visitar a su hermana. Creo que estaré fuera unas tres o cuatro semanas.

—Sí, mister Kelton.

Miss McNab no manifestó la más mínima sorpresa. No sabía exactamente dónde estaban las Bermudas, pero eso no tenía importancia. Había visto a mister Kelton partir sin más, de un día para otro, a Madagascar o a Corea.

—Viajaré en el vapor Pendragon —la informó—. Puede escribirme por correo al Royal Monteville Hotel de Hamilton. La idea es regocijarme bajo el sol y no hacer ni una sola pregunta. Mi intención es descansar.

La mujer sonrió de nuevo.

—Tengo que librarme de este resfriado, ¿sabe? —explicó Kelton. Miss McNab le aconsejó un ponche caliente y una segunda manta para el alivio más inmediato y él aceptó.

El 5 de marzo, cuando el S. S. Pendragon estaba a punto de zarpar del muelle de North River, Matthew Kelton estaba a bordo, de pie en cubierta, observando a los hombres que corrían a soltar las enormes amarras. Era un hombrecillo bien proporcionado, con manos de aspecto insólitamente hábil y una espesa cabellera blanca que

enmarcaba un rostro de rasgos afilados. En realidad, parecía una cacatúa. Cuando hacía una pregunta, y solía hacer muchas, inclinaba la cabeza a un lado y dedicaba a su interlocutor una mirada tan cordial como astuta.

Contempló la habitual estampida mientras la pasarela se levantaba y los acompañantes de última hora se apresuraban a volver a tierra, después el Pendragon zarpó lentamente entre los bloques de hielo flotantes siguiendo la corriente y, con los motores rugiendo, dio comienzo el viaje de seiscientas sesenta y seis millas que en dos días lo llevaría al grupo de islas soleadas, para cuya génesis millones de pólipos coralinos habían dado su vida.

El Pendragon no era uno de los buques regulares que hacían la ruta entre Nueva York y las Bermudas, era más pequeño, de unas cinco mil toneladas, y menos decorado, porque en realidad era un buque mercante. Pero disponía de una docena de espaciosos camarotes que sus parsimoniosos propietarios llenaban de pasajeros en cada viaje. Matthew Kelton, que frecuentaba gente de todo tipo, conocía al presidente de la compañía marítima y había conseguido en el último momento hacerse con el camarote C, el mejor de todos.

Mientras el buque asomaba su inmensa nariz negra más allá de Staten Island, miró a su alrededor observando a los demás pasajeros. Era una persona de índole sociable y esperaba conocer a la mayor parte de ellos antes de que el viaje de cuarenta y ocho horas acabara. Los encontró bastante más interesantes que los típicos viajeros. Divisó a una pareja, muy elegantes ambos, que parecía viajar de luna de miel.

Era un día gris y soplaba un viento gélido, así que se encaminó a su camarote para ponerse un jersey debajo del abrigo de *tweed*. Mientras bajaba las escaleras se cruzó con un hombre que subía a toda prisa y que, absorto en sus pensamientos, pareció no verlo porque acabó echándosele encima. Era un tipo gigantesco, uno de los más altos que hubiera visto jamás, con una cara rojo encendido y pobladas cejas. Vestía un uniforme de oficial de la Marina.

—Ah, le pido mil disculpas, señor —dijo atribulado—. No le he visto

llegar. Supongo que debería tocar el claxon cuando subo estas escaleras tan estrechas.

Kelton, que se había quedado momentáneamente sin aliento debido al impacto, replicó que no tenía importancia y añadió:

—¿Es usted el capitán Galvin?

—Sí —respondió el hombretón.

El capitán le tendió una mano enorme.

—Es un honor tenerle a bordo, mister Kelton. Mister Wraymore me había avisado de que viajaría con nosotros y me ha pedido que lo buscara. Iba a tratar de encontrarlo en cuanto alcanzásemos la velocidad de crucero. He oído hablar mucho de usted. Le deseo un buen viaje y si puedo hacer algo para que sea más confortable, le ruego que me lo diga. Ahora tengo que marcharme, hay un millón de cosas que hacer en una vieja bañera como esta. Espero que más tarde se reúna conmigo en mi camarote para una charla y un cigarro, y quizá beber algo.

—Gracias, capitán, será todo un placer.

El hombretón siguió raudo su camino y Kelton se dispuso a recorrer el pasillo, pero a menos de diez pasos volvió a tropezar, esta vez con una mujer.

La desconocida pasó a su lado como una flecha excusándose apresuradamente, y él percibió que tenía una voz profunda, casi áspera, y que no tenía acento norteamericano. Gracias a su rapidez en percibir detalles se dio cuenta también de que llevaba una larga capa de tejido oscuro, y que tenía un rostro ancho, casi de campesina, y una corpulencia robusta.

Jamás he pisado un lugar donde a uno lo zarandeen tanto, pensó. Primero el capitán y ahora esta mujer con aspecto de amazona. ¿Por qué llevan tanta prisa?

Su camarote le gustó. Era espacioso, con dos ojos de buey cerrados debido al borrascoso mar de marzo y una litera de aspecto confortable rodeada de cortinas. Se inclinó sobre su maleta desgastada de piel de jabalí para sacar el jersey, pero se detuvo, se fijó en el contenido y soltó un silbido. ¡Alguien la había abierto!

No estaba cerrada con llave, que se había perdido años atrás, lo cual no le preocupaba en absoluto porque no había metido allí dentro nada de valor. El dinero solía llevarlo en una cartera en el bolsillo interior del traje que vestía. Examinó la maleta y dedujo que seguramente la habían abierto mientras él estaba en cubierta. Después, la había cerrado una mano apresurada y nerviosa porque las hebillas no estaban abrochadas; y tenía la absoluta seguridad de que lo estaban cuando, una hora antes, siguió al mozo hasta el camarote, lo vio depositar la maleta y después despedirse.

Tocó la campanilla para avisarlo y casi de inmediato oyó llamar suavemente a la puerta.

—Adelante —dijo.

El mozo, un hombre de unos treinta años, con un rostro largo y blanco como el yeso y expresión melancólica, entró en la cabina.

—Usted es quien se ocupa de este camarote, imagino —afirmó Kelton con desenvoltura.

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama?

—Larsen, señor.

—¿Escandinavo?

—Sueco.

—Larsen —le preguntó inclinando la cabeza a un lado—, en este buque, ¿forma parte del desempeño de un mozo abrir las maletas de los pasajeros?

—No, señor. Tenemos orden tajante de no hacerlo jamás, a menos que se nos pida expresamente.

—Comprendo. ¿Volvió usted a entrar en mi camarote después de que saliera yo?

—No, señor.

—Quizá sería conveniente que examinara el contenido.

Revisó rápidamente el contenido de la maleta, y concluyó que estaba todo, pero que alguien la había registrado. Se volvió hacia el mozo, que lo estaba observando con cara preocupada.

—Todo está en orden, Larsen —anunció—. No falta nada. Quizá

alguien se confundió y se metió en el camarote equivocado, se parecen tanto. Puede irse.

—Sí, señor.

Larsen se encaminó hacia la puerta, pero Kelton lo detuvo.

—¿Le molesta si le hago una pregunta un poco personal?

—No, señor.

—¿Usa usted algún perfume?

Algo parecido a una sonrisa cruzó su pálido rostro.

—Nunca, señor.

—Perfecto. Es todo, gracias.

El mozo salió. Kelton se sentó en la cama y se pasó los dedos por el espeso cabello despeinado. Hete aquí un enigma, de escasa importancia, cierto, pero aun así un enigma porque su nariz, bien adiestrada en ese campo, había captado algo en la habitación, algo tan tenue que habría podido escapar a una nariz menos sensible: el inconfundible aroma de un perfume. No podía estar del todo seguro, pero tenía la impresión de que podía tratarse incluso de la fragancia que él mismo había creado, Noche de Rosas. Por supuesto, no la llevaba consigo, pero alguien que la usaba había entrado en su camarote, y no hacía mucho.

Se asomó a la puerta. La del camarote B, frente al suyo, estaba cerrada y de dentro no salía ningún ruido. Los únicos ruidos audibles eran el crujir del buque y el sordo pulso rítmico de los motores.

Kelton era un buen marinero. Se puso un jersey, el pesado abrigo y el sombrero y subió a la cubierta, pero el viento era demasiado fuerte y se vio obligado a entrar al salón. Encontró un rincón tranquilo, sacó del bolsillo el criptograma en el que estaba trabajando desde hacía tiempo y, absorto en el empeño de resolverlo, no se dio cuenta de nada más. El crepúsculo había caído sobre el océano y desde el Pendragon ya no se veía tierra firme cuando soltó el criptograma con un suspiro de satisfacción. Ahora, nada de enigmas durante unas semanas, solo descanso.

Bajó a su camarote con la intención de descabezar un sueñecito antes de la cena. Apenas se había tumbado cuando llamaron a la

puerta. Era Larsen, el mozo, con aspecto de estar tratando con todas sus fuerzas de dominar el nerviosismo. Kelton vio que llevaba una mano vendada.

—El capitán Galvin querría saber, señor —dijo con tono tenso—, si puede reunirse con él en su camarote. Me ha pedido que le diga que es urgente.

Kelton se espabiló de golpe.

—¿Ha dicho que era urgente?

—Sí, señor.

—Santo cielo. Habrá ocurrido algo. —Lanzó una rápida mirada a Larsen, que temblaba, y añadió—: Voy enseguida.

En cuanto hubo entrado en el camarote de Galvin comprendió que de verdad había ocurrido algo, algo grave a juzgar por las arrugas de preocupación que se marcaban en el rostro del hombre.

—Siéntese, mister Kelton —solicitó Galvin—. Le he hecho llamar porque quizá esté usted en disposición de ayudarme. Me encuentro en un lío muy feo.

—¿Qué es lo que ocurre, capitán?

—Este es un barco desafortunado. Y, naturalmente, de cualquier cosa que suceda a bordo seré yo el que asuma las consecuencias. Bien, pues ha ocurrido lo peor que podía suceder. Hemos encontrado a un hombre muerto en el camarote B… y no hay duda alguna sobre el hecho de que ha sido asesinado.

2

La tragedia en el camarote B

Matthew Kelton vació los pulmones con un largo silbido.

—¿Asesinato? —repitió—. ¿Está seguro, capitán?

—Eso es lo que parece —afirmó el capitán Galvin en tono tétrico—. Ha sido asesinado y no hace mucho.

Soltó un suspiro que sonó como un gemido.

—¡Dios santo, y tenía que ser en mi barco! —exclamó—. Llevo treinta y dos años surcando los mares y jamás había transportado a un asesino suelto. Este va a ser un bonito viaje para todos.

—Quizá no siga suelto por mucho tiempo —replicó Kelton—. En realidad, le va a resultar muy difícil huir… a menos que se tire al mar.

—No le falta razón, señor —dijo el capitán—, pero pasado mañana a mediodía tenemos que atracar en Hamilton, así que tenemos solo cuarenta horas y cuarenta minutos para encontrar a nuestro hombre. Una vez lleguemos a las Bermudas no podemos retener a todos a bordo, ¿entiende?

—Le ayudaré en lo que pueda —prometió Kelton—, pero antes debe contarme todo lo que sepa. Intente no dejarse nada por muy insignificante o nimio que le parezca. Sé de un hombre que acabó en la horca porque se olvidó de ponerle el punto a una simple i.

—Lo ha encontrado Larsen, uno de los mozos —explicó el capitán —, hace una media hora.

—¿A qué hora exactamente?

—A las seis y cinco.

—Continúe, se lo ruego.

—A esa hora Larsen ha entrado en el camarote B, como está obligado a hacer todos los días, para llevar toallas limpias y asegurarse de que los ojos de buey estén cerrados. Ha llamado a la

puerta, pero al no recibir respuesta y al ver que las luces estaban apagadas, ha entrado. Primero ha pensado que el camarote estaba vacío, pero al salir ha visto que las cortinas de la cama estaban echadas y ha tenido la sensación, según dice, de que el pasajero estaba detrás, posiblemente dormido. «Disculpe si le he molestado, señor», le ha dicho, pero no ha obtenido respuesta. Había decidido salir y dejar al hombre dormir cuando un barquinazo del buque lo ha empujado contra las repisas de vidrio del lavabo. Se ha hecho un corte en la mano y las repisas han caído al suelo con un estruendo suficiente para despertar a un muerto, pero no ha despertado al pasajero. Larsen, que es inteligente y dotado de espíritu de observación, ha entendido que algo no iba bien, por eso ha apartado las cortinas de la cama y…, bueno, se ha encontrado de frente con una escena horrenda.

—¿Qué escena?

—El hombre estaba tumbado allí, perfectamente vestido. Tenía el cráneo partido, aplastado como una uva. Larsen ha salido corriendo a avisar al doctor Charlesworth, el médico de a bordo, que ha llegado enseguida, pero ningún médico del mundo podía ya ayudar a ese pobre hombre: estaba muerto y bien muerto.

—¿Quién era? —quiso saber Kelton.

—Según la lista de pasajeros era Samuel P. Cleghorn, de Nueva York.

—¿Por qué dice «según la lista de pasajeros», capitán? —preguntó de inmediato Kelton.

—Oh, solo quise decir…, bueno, ya sabe, a veces las personas viajan con un nombre que no es el suyo y nosotros no tenemos forma de saberlo. No hace falta pasaporte para ir a las Bermudas.

—¿Tiene alguna otra información de él?

—Poquísima. Era un hombre elegante, de aspecto cuidado, sobre los cuarenta y cinco años, diría…, pero puede verlo usted mismo.

—Esa es precisamente mi intención —confirmó Kelton—. ¿No sabe nada más? Me refiero al trabajo, amigos, ese tipo de cosas.

—En su billetera —respondió el capitán Galvin— había algunas

tarjetas de visita con su nombre y el de una sociedad con sede en South Street, Nueva York. Aquí tiene una. —Se la entregó. Era una tarjeta de visita de lo más normal.

SAMUEL P. CLEGHORN
Cleghorn, Roe and Becker
Java Building, South Street
Nueva York

Kelton la examinó.

—Creo que he oído hablar de esta sociedad. Espere un momento. Java Building, South Street. Ese es el distrito de los mayoristas de café, té y especias, y creo que uno de los datos dispersos que he almacenado en la memoria es que Cleghorn, Roe and Becker es una de las más grandes y antiguas compañías que venden café al por mayor. Sí, estoy seguro. Mister Cleghorn, según parece, era el presidente. Bueno, ya es algo. Capitán, ¿no puede decirme nada más?

—No mucho, solo que mister Cleghorn estaba perfectamente cuando embarcó, y también una hora antes cuando Larsen lo vio.

—¿Y eso cómo lo sabe?

—Pues, antes que nada, mister Gates, el comisario de a bordo, recuerda claramente haber revisado el billete de la víctima cuando subió al barco. Hubo un pequeño malentendido con los camarotes. Al principio, a mister Cleghorn se le había asignado el camarote C, pero el jefe mandó decir que quería que se lo dieran a usted, mister Kelton, así que le cambiamos el billete a él, que no puso ninguna objeción. Los camarotes son prácticamente idénticos. Larsen llevó el equipaje al camarote B, dos maletas grandes y pesadas y una bolsa de golf. Le preguntó si podía hacer algo más por él y mister Cleghorn le respondió que creía que no, por el momento, pero que llamaría si necesitaba algo. Llamó sobre las cinco, cuando apenas habíamos pasado Sandy Hook. Larsen llamó a su puerta y escuchó que Cleghorn le decía: «No importa, mozo. Ya no necesito nada», así

que se marchó.

—Comprendo. ¿Y Larsen notó algo extraño en él? ¿Le pareció que estuviera nervioso o asustado?

—Ya le he preguntado. Ha dicho que el tono de mister Cleghorn le pareció irritado, pero los mozos están acostumbrados a pasajeros irritados, sobre todo si sufren mal de mar, por lo tanto, no le ha dado demasiada importancia.

—Háble me de Larsen.

—No puedo decirle mucho. Es solo su segundo viaje con nosotros. Lo contratamos hace un mes como mozo de cabina. Se llama Emil y es sueco. Tiene seis años de experiencia en barcos suecos y holandeses, y conoce muy bien su trabajo. Lo encuentro definitivamente más inteligente que la mayor parte de los que trabajan en su sector. Cuando está de turno desarrolla con cuidado sus obligaciones y cuando está de descanso se queda en su habitación. Se ocupa de los camarotes A, B, C, D, E y F, todos individuales menos el A.

—¿Qué camarotes están cerca del B?

—El C está de frente, como bien sabe. El D y el E están más adelante en el mismo pasillo que el B. El A es contiguo al B, pero en el pasillo siguiente.

Kelton asintió.

—Entiendo. Necesitaré una copia de la lista de pasajeros.

—Aquí la tiene.

—¿Qué puede decirme de todas estas personas?

—Bien poco. Son simples nombres —respondió el capitán.

—Dígame lo poco que pueda. Para empezar, ¿qué sabe de Miss Esther Yate y Miss Julia Royd, del camarote A?

A Kelton, que observaba siempre los ojos de su interlocutor, le pareció percibir un destello fugaz en los del capitán, que se entornaron casi imperceptiblemente.

—Miss Yate —respondió Galvin con indiferencia— es una inválida que va a las Bermudas por motivos de salud. No sé qué mal la aflige, posiblemente agotamiento nervioso. En todo caso, subió a

bordo en silla de ruedas y así llegó a su camarote.

—¿Cuántos años tiene?

—No sabría decirle. Podría estar sobre los treinta o haber superado los cincuenta. Es una mujer extraña, parece descolorida.

—¿Y la otra? Miss Royd.

—Ah, es la enfermera.

—¿Cómo es?

El capitán dudó.

—La típica enfermera profesional, creo —respondió—. Robusta, sin nada especial.

—¿Lleva una esclavina?

—Sí, creo que sí, una esclavina o una capa, azul, creo.

—Ahora háble me de los ocupantes de los camarotes D y E.

El capitán Galvin echó un vistazo a la lista.

—Camarote D —leyó—, mister Russell Sangerson, de Nueva York. Joven, alto, atractivo. Tiene aspecto de haber salido del *college* hace poco. En el camarote E está miss Pauline Imlay, de Filadelfia, una chica de unos veinte años muy bonita, rubia.

—En esa cubierta ya no hay más camarotes, ¿cierto?

—No, los demás están en la cubierta superior.

—Después revisaremos sus nombres. Ahora creo que sería conveniente asumir la siniestra tarea de examinar el camarote B.

—Imagino que sí —confirmó Galvin en tono sombrío.

—A propósito, capitán, dígame una cosa, ¿hay alguien entre su tripulación que pudiera, por cualquier motivo, hacer algo así?

—Es una pregunta difícil, mister Kelton. En realidad, no hay nadie de quien yo tenga motivos para sospechar. Tenemos una tripulación reducida al hueso, hay carencia de personal. Llevamos ocho oficiales además de mí y cuarenta y un marineros. Respecto a los oficiales, creo que podría estar seguro. Están conmigo en este barco desde hace años, además, todos estaban en sus puestos mientras salíamos de puerto hacia mar abierto. Sé que ninguno de ellos lo abandonó entre las cinco y las seis porque hice más de una ronda, y le recuerdo que mister Cleghorn fue asesinado en ese lapso.

—¿Y los miembros de la tripulación?

—Son sobre todo marineros ingleses y escoceses, y veteranos. Nunca he tenido problemas con ellos. Llevamos a bordo también media docena de nativos de las Bermudas para el trabajo pesado, pero son las personas más sencillas y amables que haya conocido nunca. Demasiado perezosas, diría, para hacer algo así. No es su estilo.

—Me ha involucrado usted en un caso verdaderamente difícil, capitán —afirmó Kelton—. Tenemos el pajar y sabemos que contiene una aguja y hay que encontrarla, pero entretanto el Pendragon continúa surcando el mar hacia su destino y el tiempo apremia. Bajemos al camarote B.

—Perfecto.

De camino el capitán le susurró:

—Estoy haciendo lo posible por mantener el asunto en silencio, pero pronto será de dominio público. Es imposible guardar un secreto de este tipo en un barco, pero por el momento las únicas personas informadas de lo ocurrido somos nosotros dos, Larsen y el doctor Charlesworth.

—Y al menos una persona más —dijo Kelton.

—Sí, por supuesto, no hay que olvidarlo.

El doctor Charlesworth, un hombre corpulento con aspecto irritable y actitud pesimista, los estaba esperando en el camarote B.

—Acabo de abrir la escotilla —anunció después de haber sido presentado a Kelton—. El aire aquí dentro estaba terriblemente viciado, con la estufa puesta al máximo. Por lo demás, no he tocado nada.

—Bien —comentó Kelton—. Quiero hacer una revisión exhaustiva y puede que me lleve un rato. Pero antes, doctor, háble me de las heridas de este pobre hombre.

—Le han aplastado el cráneo, eso puedo asegurarlo —explicó el médico—. Posiblemente con un objeto pesado como un grueso tubo de plomo o una llave inglesa. Lo han golpeado varias veces. Con toda probabilidad el primer golpe lo dejó inconsciente, quizá incluso

lo mató. Quienquiera que sea, el homicida no es lo que se dice una persona débil, de lo contrario no habría podido asestar golpes tan violentos. Y mister Cleghorn no era de los que no reaccionan a los golpes, basta mirarlo para saberlo.

Kelton se agachó y asintió con la cabeza.

—Era un hombre singularmente fuerte, como demuestra su tórax —afirmó—. Y también estaba en forma, sin un gramo de grasa de más. En mi opinión, debía de pesar entre los ochenta y los noventa kilos, ¿no cree, doctor?

—Como mínimo. Mire qué enormes manos, en el pasado seguro que desempeñó un trabajo duro. Un adversario totalmente respetable para un enfrentamiento, eso está claro —subrayó el médico.

—¿Dice que nadie ha tocado el cuerpo desde que lo encontraron? —preguntó al rato Kelton.

—Lo he examinado yo, naturalmente —respondió Charlesworth—, aunque no había necesidad.

—¿Y los bolsillos?

—Yo he revisado su billetera —intervino el capitán Galvin—. Buscaba su dirección para poder contactar con sus amigos. He devuelto todo exactamente adonde estaba, y me he quedado únicamente la tarjeta que le acabo de mostrar.

Kelton sacó del bolsillo de la víctima una lujosa cartera de piel de foca.

—Esto podría decirnos algo más —dijo examinando el contenido—. El recibo de un sastre del que se deduce que mister Cleghorn no era para nada pobre, puesto que es del sastre más caro de Nueva York. Una agenda en la que no hay marcado nada importante. Dinero.

Lo contó. Eran trece billetes de cien dólares.

—Esto nos dice algo muy importante —subrayó—. Si el móvil hubiera sido el robo, el ladrón no se habría dejado aquí el dinero. Sin embargo, mister Cleghorn lleva todavía puesto el reloj y un anillo de rubí con pinta de ser muy caro. No, esto no es un simple caso de avidez, no es un homicidio por beneficio en su forma más elemental.

No olvidemos que quien ha asesinado a mister Cleghorn ha tenido tiempo de sobra para registrarlo si hubiera querido. Y también tenía temple, puesto que después de matarlo se ha entretenido un rato en echar las cortinas. En realidad, creo que incluso ha levantado con cuidado el cuerpo del suelo y lo ha depositado en la litera, y luego…, sí, miren esta toalla, se ha lavado las manos…

Examinó el reloj en el bolsillo del chaleco del cadáver y de repente adoptó una expresión concentrada, luego lo devolvió a su lugar.

—Nada relevante. El reloj todavía funciona. Es de estilo antiguo y de marca inglesa, quizá una reliquia familiar, lo que podría significar algo o no. Quizá, estoy pensando ahora, los motivos de este misterio se remontan a muchos años atrás. ¿Ha dicho Larsen que los ojos de buey estuvieran cerrados cuando encontró el cadáver?

—Sí, cerrados herméticamente —confirmó el capitán.

—¿Se habrían podido abrir desde fuera?

—Imposible. Además, solo un hombre extraordinariamente ágil y delgado podría descolgarse por la borda de un barco y pasar a través de un ojo de buey, aunque estuviera abierto.

—Capitán, supongo que no llevará usted animales salvajes en la bodega, ¿cierto?

—Esta sí que es una pregunta extraña, mister Kelton.

—Querría saberlo.

—Pues tiene gracia, porque durante nuestro último viaje al norte transportamos precisamente un zoo.

—¿De verdad? —exclamó él con los ojos brillantes de excitación—. ¿Cómo fue eso?

—La última vez se hizo un viaje especial —explicó el capitán—, con escala en Yucatán y parada en Haití, donde recogimos la expedición sudamericana del profesor Tyne, o lo que quedaba de ella después de un naufragio. Imagino que usted lo sabe todo de Tyne, fue enviado por el museo de historia natural para explorar el nuevo altiplano de la selva amazónica.

Keltón asintió.

—¿Y transportaron ustedes parte de sus animales? —preguntó.

Galvin soltó una carcajada irónica.

—Podría decirse que sí. Convertimos el barco en una maldita arca de Noé. El profesor había capturado gran cantidad de animales extraños, algunos de ellos nunca vistos antes, según él. ¿Simios? Que el Señor nos asista, amigo mío, tenía docenas, de todas las formas, colores y tamaños. Se escaparon de la bodega y sembraron el caos por todo el barco. Una noche tuve que echar a patadas de mi camarote a una enorme simia negra. Y ardillas voladoras…, ¡algunas eran grandes como gatos! Y también una mezcla de otras criaturas de aspecto extravagante, osos hormigueros, jaguares y bichos así. En cuanto a las serpientes, tenía una extraordinaria colección, unas no más grandes que su dedo y otras del tamaño del tubo de una estufa. Le confieso que volví a respirar cuando depositamos la última jaula en tierra.

—¿A dónde se enviaron?

—A casa del profesor Tyne, en Silvermine, Connecticut, donde tiene una especie de zoo privado, me pareció entender.

El tono del capitán traslucía una brizna de impaciencia, y Kelton se dio cuenta.

—Capitán —dijo—, creo que está pensando que estoy perdiendo un tiempo precioso haciendo preguntas en apariencia irrelevantes. En realidad, trato de evitarlo. Créame, sé perfectamente que la rapidez es de vital importancia en este caso, pero debo hacer las cosas a mi manera. Estamos ante un asunto oscuro, de manera que cada rayo de luz, por tenue que sea, nos será de ayuda. Mi deber es encontrar alguno.

—De acuerdo, mister Kelton, estoy dispuesto a ayudarlo de todas las formas posibles. Haga lo que considere oportuno.

—Magnífico. Lo primero, no difunda la noticia del crimen entre los pasajeros. Imagino que estarán todos presentes en la cena de esta noche, ¿cierto?

—Sí, a menos que este mar de fondo haya tumbado a alguno. Cenaremos todos en la misma mesa, el médico y el comisario de a bordo, yo y los pasajeros. Es una idea del jefe para hacer que los

pasajeros se sientan como en casa.

Del tono del capitán se deducía que no compartía esa opinión.

—Entiendo. ¿La cena es a las siete?

—Sí, dentro de un cuarto de hora.

—Necesitaré su autorización para utilizar la radio para cualquier mensaje que tenga que enviar —dijo Kelton.

—El barco es suyo, mister Kelton. Le diré a Haley, el radiotelegrafista, que se ponga a su entera disposición.

—Gracias. Ahora querría quedarme solo unos minutos en este camarote.

El capitán y el médico salieron.

Apenas se cerró la puerta, Kelton hizo cuatro cosas.

Lo primero, abrió las maletas del difunto. La primera estaba llena de camisas, pijamas y zapatos, el típico equipaje de un hombre pudiente. La segunda atrajo de inmediato su atención, estaba abierta y registrada apresuradamente. Contenía dos trajes caros, algunos pañuelos, corbatas y otros accesorios, cuatro novelas de reciente publicación, que demostraban que mister Cleghorn no tenía un gusto muy refinado para sus lecturas, y un completo neceser de viaje que habían extraído de debajo de la pila de indumentos, abierto y desparramado después sobre el contenido de la maleta. Tenía numerosos compartimentos, uno para la maquinilla de afeitar y otro para la brocha, otro para el cepillo de dientes, etcétera, y todos los utensilios de aseo estaban en su lugar, pero había un compartimento vacío. En un rincón había también una bolsa de golf llena de palos que Kelton examinó con cuidado.

—No me dicen nada —murmuró—. Salvo quizá que Cleghorn estaba en las típicas vacaciones de un hombre de negocios. Normalmente, quien está huyendo de algo no se lleva consigo los palos de golf.

La segunda cosa que hizo fue volver a examinar el reloj de bolsillo de la víctima, prestando particular atención al interior de la tapa. Era un reloj grueso y macizo, en nada parecido a los modernos, ligeros y sin tapa.

La tercera cosa fue inclinarse sobre el lavabo y recoger, de la estrecha repisa de madera que había a un lado, un pequeño mechón de pelo que se había quedado enganchado. Lo metió con cuidado en un sobre que se guardó en el bolsillo.

La cuarta, fue recorrer la estancia olfateando el aire.

Finalmente, sacó un pequeño cuaderno rojo y empezó a escribir con una estilográfica.

Memorándum. Caso Cleghorn.

Algunas preguntas sin respuesta.

¿Por qué el capitán Galvin, un curtido viejo lobo de mar, parece mucho más nervioso de lo que la situación puede justificar?

¿Quién ha abierto la maleta de Cleghorn? ¿Fue él mismo o quizá otra persona? Si ha sido otra persona, ¿por qué solo estaba interesada en el neceser de viaje? ¿Contenía el compartimento vacío algo? Y si es así, ¿qué?

¿Quién ha abierto el reloj de Cleghorn y después no ha sido capaz de volver a cerrarlo correctamente? Obviamente no su propietario. ¿Quién entonces? ¿Cómo es que las iniciales originales, J. M., se han rascado, pero no borrado completamente por una mano experta en semejantes labores?

¿Cómo es que un hombre llamado Samuel P. Cleghorn llevaba consigo el reloj de alguien cuyas iniciales son J. M.? ¿Quién ha arrancado a toda prisa una foto que estaba pegada dentro del reloj, dejando una pequeña tira de papel fotográfico pillada con el perno?

¿Qué significa el mechón de pelo? Puesto que no es humano, ¿de qué animal será? Es pelo largo, resistente, duro y estriado, en absoluto de un perro o un gato.

¿Qué significa la fragancia que flota en el camarote? Alguien que utiliza un perfume intenso ha estado en el camarote esta misma tarde. ¿Quién?

Leyó el listado de preguntas y suspiró, pero era el suspiro de un hombre satisfecho. Tenía una misión que parecía pensada exprofeso para él, y estaba feliz.

De pronto, se puso en pie de un salto con un grito de estupor porque había oído un estruendo, luego se echó a reír al darse cuenta de que solo era el eco metálico del gong que anunciaba la cena a los pasajeros.

Se dirigió al comedor, consciente de que iba a ser una de las cenas más interesantes de su vida. No por la cocina, puesto que la comida en un barco como el Pendragon consistiría en el típico menú de clase media inglesa: una montaña de patatas, carne, col, pastel grasiento de riñones envuelto en hojaldre. Pero se iba a sentar a la mesa con trece personas —si se presentaban todas— y era muy probable que una de ellas hubiera cometido recientemente un homicidio.

3

Un banquete con esqueleto

Aquella noche trece personas se sentaron a cenar en el acogedor salón del Pendragon. El capitán Galvin presidía la mesa y Matthew Kelton, a petición propia, ocupó el otro extremo porque quería ver bien el rostro de todos los pasajeros.

Era una vieja costumbre que él llamaba «enmarcar el cuadro»: siempre trataba de acotar el campo de la investigación pasando de lo general a lo específico. Había decidido que las personas que iban en el barco podían dividirse en dos grupos: los pasajeros y la tripulación, incluidos los oficiales. Un grupo cada vez, se dijo. El asesino de Samuel P. Cleghorn, naturalmente, podía encontrarse en cualquiera de los dos, pero según su opinión era más probable que estuviera entre los pasajeros. Los elementos que sostenían esa teoría eran extremadamente débiles, eso estaba dispuesto a admitirlo, y en realidad la suya era más una intuición que una verdadera hipótesis. En el mejor de los casos era un punto de partida.

Ocupó su lugar antes de que todos los demás se sentaran a la mesa. El capitán Galvin, que entró a toda prisa, estaba a todas luces intentando mostrarse jovial y despreocupado, y le costaba bastante. Lo acompañaban el doctor Charlesworth y mister Gates, el comisario de a bordo. El doctor parecía apático y su actitud sugería que para un hombre de medicina no sería profesional mostrar demasiado nerviosismo por un cadáver. Kelton lo clasificó, para sus adentros, como un hombre perezoso y sin demasiada ambición, de lo contrario tendría su propia consulta en vez de aceptar un puesto como médico a bordo en un pequeño buque, además de un hombre bastante sombrío y, a juzgar por el rostro, un gran bebedor. Mister Gates no

estaba aún informado de la tragedia, como podía verse. Era joven, con un fino bigote rubio, ceceaba al hablar y su risa era contenida. Kelton decidió de inmediato que podía descartarlo como posible culpable, pero no lo eliminó del todo porque iba en contra de su filosofía. El típico asesino, en el imaginario popular, es un tipo feo y ceñudo, con cejas pobladas y barba larga, pero la experiencia le había demostrado que no pocos homicidios son cometidos por hombres tranquilos y de apariencia simple, con modales suaves e incluso seductores.

Los pasajeros iban llegando y ocupando su sitio. El capitán hizo las necesarias presentaciones, y luego empezaron las típicas conversaciones.

—¿Está el océano bastante más calmo que antes?

—¿A qué hora llegaremos a St. George?

—Pronto alcanzaremos las corrientes del golfo, ¿no?

Las preguntas habituales.

Kelton no participó en la conversación. Mientras sorbía el caldo de pollo tenía la mente ocupada en clasificar y valorar lo que sus ojos estaban viendo. Empezó con la pareja que le había sido presentada como mister y miss Johnstone, dos jóvenes de aspecto simpático que tenían poco que decir, pero que se miraban y se sonreían continuamente. No hacía falta ser un observador astuto para darse cuenta de que estaban de luna de miel y en un estado de beatitud en el que los sonidos y sensaciones del mundo exterior apenas los alcanzaban. Los borró de la lista.

Dedicó entonces su atención a las tres mujeres que llegaron juntas y no tardó en clasificarlas también a ellas: los trajes, las gafas, la bien modulada excitación y sobre todo la elocuencia indicaban que se trataba de profesoras de vacaciones. Eran Miss Cobb, baja, regordeta e inquieta; Miss Adams, alta y delgada; y Miss Partridge, una mezcla de las otras dos.

—Tenemos que visitar enseguida las grutas —anunció Miss Cobb.

—Sí —confirmó Miss Adams—, las de las Bermudas son famosas por sus estalactitas y estalagmitas.

—Qué emocionante —dijo Miss Cobb.

—Espero poder llevarme alguna para enseñarla a mis alumnos —dijo Miss Partridge.

La mente de Kelton saltó al pasajero siguiente después de decidir que las profesoras, sobre todo las de Nueva Inglaterra, son candidatas improbables cuando se está investigando el homicidio de un hombre atractivo asesinado a golpes en su camarote.

Observó furtivamente a la muchacha que reconocía como Pauline Imlay. El capitán la había descrito como muy bonita y en verdad lo era, de forma extraordinaria, acordó Kelton. Alta, rubia, con la tez sana de una amante del deporte, pero con una actitud que le pareció forzada, poco natural. Tenía los ojos clavados en el plato y no participaba de la charla. Una vez levantó la mirada y al ver que Russell Sangerson, frente a ella, la estaba mirando, la bajó de nuevo con rapidez, ruborizándose. Quizá es tímida, pensó Kelton, y Sangerson es un joven atractivo, aunque continúe amasando migas de pan con los dedos nerviosos y mirando a la puerta como si esperase ver entrar un fantasma de un momento a otro. Las manos del inquieto mister Sangerson captaron su atención: eran grandes, bronceadas y fuertes, de atleta. Los hombros perfectamente formados. Hace cuatro o cinco años, reflexionó Kelton, este joven era un jugador del equipo de fútbol de algún *college* y sigue en perfecta forma, pero es definitivamente demasiado joven para tener ese aspecto sombrío y preocupado. Automáticamente se preguntó por qué tendría Sangerson ese aire sombrío y preocupado.

Trataría de descubrirlo, pero después. Por el momento tenía que conformarse con la constatación de que el joven respondía de manera educada pero escueta a todas las preguntas que le hacían las tres profesoras, y que de vez en cuando echaba una mirada furtiva a Miss Imlay que apartaba de inmediato. Mentalmente Kelton anotó: «posible pero improbable» a continuación del nombre de Sangerson.

El comensal siguiente, que sin saberlo estaba siendo sometido a examen, era un hombre que a Kelton le pareció del todo inútil

analizar. Indicado en la lista de pasajeros como mister Howard Westervelt, de Denver, era un tipo de unos cuarenta y cinco años y rostro insignificante, con un traje color sal y pimienta, corbata poco vistosa y ojos azul claro. Cuando era interpelado respondía en voz baja y el resto del tiempo solo se ocupaba de su rosbif.

Habitualmente Kelton era muy bueno incluyendo a las personas en las categorías adecuadas después de una rápida valoración, pero Westervelt lo desconcertaba. Podría ser un secretario privado o un empleado de confianza, un cajero de banco o un cura; en realidad podía ser cualquier cosa. Fuera lo que fuera, parecía extremadamente tranquilo y absorto mientras cenaba. Lo clasificó como una posibilidad.

El último hombre que se incorporó a la mesa llegó tarde, cuando la cena había empezado ya. Resultó enseguida obvio que no era una persona común.

Vestía traje de noche, cuando allí nadie se había vestido elegante para la cena. Se acercó a la mesa y, parándose al lado de su silla, anunció con voz potente:

—Estimados señores, ya estoy aquí. Mejor tarde que nunca. Espero que tengan todos tanta hambre como yo. Podría comerme dos tiburones escalfados. A propósito, como somos todos compañeros de viaje, dejen que me presente. Soy nada menos que mister T. Taylor Mond, de Nueva York.

Dicho esto, dejó caer su enorme mole en la silla y empezó a comer con ganas.

Kelton y los demás lo miraron. Era muy grueso y llevaba un traje muy estrecho. Era difícil establecer su edad. Parecía joven porque tenía un rostro redondo subrayado por varias barbillas y una cabeza enorme, del todo desproporcionada con el resto del cuerpo, por ende, robusto; tenía la figura del hijo de un gigante. Al mismo tiempo, parecía viejo debido a la cabeza completamente calva, en cuya brillante superficie no quedaba ni un pelo. Tampoco tenía cejas.

Después de engullir tres vasos de agua uno tras otro y de devorar la sopa a una velocidad sorprendente, empezó a hablar. Tenía una

voz muy particular, que a ratos tronaba rimbombante para después aflojarse y reducirse a un débil chillido agudo. Era una voz que habría podido llenar un salón bastante más grande que el comedor del Pendragon.

—Espléndido viejo barco, este —afirmó mister Mond dirigiéndose a la compañía reunida—. Y déjenme decir que de barcos entiendo bastante. He cruzado el Atlántico veinticuatro veces sin sufrir jamás mal de mar. ¿Saben cuál es el remedio más eficaz? Se lo digo yo: veinticuatro horas antes de sentir que llega la náusea vayan a tumbarse bajo la sombra de un árbol. Es una broma, ¿la han entendido?

Estalló en una ruidosa carcajada. Las tres profesoras lo miraron alarmadas mientras el capitán Galvin lo escrutó con aire dubitativo y pareció concluir que el hombre estaba borracho y que cualquier tipo de tontería le valía.

Mister Mond parecía ignorar la impresión que estaba provocando en sus compañeros de viaje. Se llenó el plato con una montaña de puré de patata, la regó con tabasco y finalmente se la comió a cucharadas con desparpajo.

—La comida es el mayor regalo del hombre —dijo—. ¿Han leído ustedes *La fisiología del gusto* de Brillat-Savarin?

Sus preguntas eran todas retóricas. No esperaba una respuesta porque no callaba el rato suficiente para que alguien tuviera tiempo de formularla.

—Un libro de verdad sublime. Ah, el arte culinario —añadió con la boca llena de puré—. El autor habla de un tipo que empezaba invariablemente la cena comiéndose doce docenas de ostras. Doce docenas, señoras y señores, cada santo día, seguidas de una trucha, un pato entero y una mágnum de champaña. Eso sí que era un hombre. Hoy en día, en cambio, criamos flojos. ¿Ustedes, señoras, están casadas?

Dirigió la pregunta a las profesoras, que balbucearon un no.

—Yo tampoco —respondió dedicando a las tres una mirada coqueta —, pero estoy dispuesto a cambiar eso.

Bebió otros tres vasos de agua y se quedó en silencio unos minutos.

Kelton lo observó. Mond no parecía borracho y su dicción era impecable. ¿Se le podía considerar un excéntrico inocuo a la vez que ruidoso? ¿O era en cambio un posible culpable? Más preguntas que responder.

En torno a la mesa había cuatro lugares vacíos. Las sillas estaban atornilladas al suelo, por lo que era imposible retirar las que se habían quedado libres. Una, naturalmente, tenía explicación: pertenecía al pobre que ya no participaría en ninguna cena más. Kelton había memorizado la lista de los pasajeros, por lo que consiguió deducir que dos de las sillas eran las destinadas a Miss Esther Yate y Miss Julia Royd, cuya ausencia tenía fácil explicación. Miss Yate era inválida y quiso cenar en su camarote, y lógicamente, Miss Royd, la enfermera, se quedaría con ella. Pero ¿y la otra silla desocupada?

Sabía que estaba reservada a un hombre que aparecía en el elenco con el nombre de Carlo Varga. ¿Dónde estaba mister Varga? ¿Por qué no se había presentado a la cena? Mal de mar, quizá, pero no parecía probable; salvo un breve tramo de aguas revueltas el océano había estado como una balsa de aceite. El Pendragon era estable y avanzaba sin balanceos. Kelton estaba razonablemente seguro de que si hubiera habido algún motivo para sentirse mal las tres profesoras habrían sido las primeras en sucumbir: habían contado que esa era su primera travesía oceánica y que habían subido a bordo temiéndose los mareos. El hecho de que no hubieran experimentado ni la más mínima náusea demostraba, según él, que si mister Varga había decidido no presentarse en la mesa no era debido al mal de mar. Tomó nota mentalmente de averiguar el motivo de la ausencia del hombre. Se dio cuenta de que los interrogantes se acumulaban y se preguntó cuándo empezaría a encontrar respuesta para alguno de ellos. Tenía que reflexionar a fondo y deprisa.

Sin duda, estaba ante el enigma más difícil al que se hubiera

enfrentado jamás, el más exasperante. Era casi como saber el nombre de un hombre, pensó, tenerlo en la punta de la lengua, pero no ser capaz de pronunciarlo. El buscado —X— no podía estar muy lejos, quizá lo tenía a menos de tres metros de distancia, sentado a esa misma mesa. Una comedia siniestra, aquella cena. Un banquete con un esqueleto, pero un esqueleto de carne y hueso. Kelton tenía hambre, pero no consiguió disfrutar de la comida. Su mente seguía deambulando por un laberinto extraordinariamente complejo. Doce personas estaban comiendo a su lado. Suponiendo que una de ellas custodiara el tan reciente como terrible secreto, ¿cuál de ellas era? Si se limitaba al campo de las posibilidades eliminando la pareja en luna de miel y las cuatro mujeres, quedaban seis hombres. ¿Era el capitán alto y grande? ¿Era el médico de aspecto ceñudo? ¿El joven comisario un poco dandi? ¿El inescrutable mister Westervelt? ¿El excéntrico y ruidoso mister Mond? ¿El angustiado mister Sangerson? Podía ser cualquiera de ellos. Sus rostros, sus comportamientos no daban ninguna pista directa. Aparentemente todo parecía una reunión como otra de compañeros de viaje que se acababan de conocer. Si uno de ellos era X, pensó Kelton, era de verdad un excelente actor dotado de sangre fría y nervios de acero.

Sus reflexiones fueron interrumpidas bruscamente por la voz estridente de Mond, que, engullida la tercera y generosa ración de puré de patata, volvió a hablar.

—Siempre hay algo misterioso y siniestro en los barcos —afirmó—. Siempre siento escalofríos hasta que pongo el pie en la querida y vieja tierra firme. En el océano puede ocurrir de todo. ¿Saben —dijo mirando a las señoras— que en los barcos las personas son más proclives a las relaciones y a las aventuras que en tierra firme? Pues es así. ¿Quieren datos estadísticos?

Se detuvo con la cuchara a medio camino.

Las tres profesoras soltaron una risilla y los hombres lo miraron con expresión nerviosa, pero él ya se había salido por la tangente.

—¿Han oído alguna vez hablar del caso del Marie Celeste? —preguntó y continuó antes de que nadie pudiera responder—. ¡Esa sí

que es una historia inquietante! Cielos, cada vez que me acuerdo se me pone la carne de gallina. Era un pequeño velero, una embarcación de carga con una tripulación de dieciocho o veinte hombres. Sucedió en la primera mitad del siglo pasado, en 1840, si no me equivoco, y probablemente me equivoco. En todo caso, zarpó de Inglaterra dirección a las Indias Occidentales, o quizá al revés, y no llegó nunca. Sin embargo, poco tiempo después, lo encontraron flotando a la deriva en el Atlántico, intacto y en perfectas condiciones, sin ningún signo de naufragio… solo que a bordo no había ni un alma viva.

Hizo una pausa dramática y aprovechó para echarse al coleto, sin respirar, el noveno vaso de agua.

—Pues sí, señor —continuó—, el pasaje entero había desaparecido. A fecha de hoy todavía no se sabe qué fue de los marineros. No había ningún indicio de pelea, el velero inmaculado y la carga intacta. El capitán añadió una normalísima anotación al cuaderno de bitácora, soltó la pluma y se desvaneció en la nada. La comida se había quedado en los fogones. Los hombres desaparecieron todos, pero ¿dónde y cómo? Jamás se ha encontrado ni el botón del cuello de una camisa, suponiendo que los marineros utilicen camisas. Ahí tienen un misterio con el que entretenerse en sus camas esta noche, señoras y señores.

—¿Qué cree usted que sucedió? —preguntó Miss Cobb con voz trémula.

—No tengo ni idea. Se formularon teorías de todo tipo —replicó mister Mond—. Algunos creen que se trató de una serpiente marina que sobrevivió a la prehistoria, que saltó fuera del agua y los devoró a todos.

—Oh, es de verdad terrible —comentó Miss Cobb.

—Otros —siguió él— creen que fueron los piratas, pero no es muy de piratas no desvalijar un barco después de haber masacrado a la tripulación, ¿no?

»Y aún otros sostienen que la tripulación entera fue a salvar otro barco en apuros y se hundió con él, pero el fallo de esa teoría es

que al menos un hombre se habría quedado a bordo del Marie Celeste. Hay quien dice que todos fueron envenenados —atacados por la hidrofobia o algo similar— y que se tiraron al mar todos juntos. Luego hay otra teoría, que es la que me siento más impelido a aceptar.

—¿Cuál? —pregunto Miss Cobb.

Mond tenía una extraña luz en los ojos mientras bajaba la voz y decía:

—Fue obra de un asesino.

Las tres profesoras contuvieron el aliento al mismo tiempo.

—Sí, un asesino —repitió él asintiendo con su enorme cabeza—. Hombres de ese tipo no son raros en los anales de la psicopatología, como sabrán. Monstruos, así se definen, maníacos de la sangre. Y son también tremendamente astutos y esquivos. Pues bien, imaginen que uno de esos subiera a escondidas en el Marie Celeste, o quizá era un miembro de la tripulación… o incluso el capitán. —Inclinó la cabeza hacia Galvin—. Apenas el barco llegó a altamar, este caballero, resuelto pero loco, se pone manos a la obra, dedicándose a su pasatiempo favorito. Quizá empezó arrojando al mar a un marinero o dos. Quizá, lo más probable, los dejó vivir para una única orgía gloriosa… y una noche les cortó el cuello a todos mientras dormían y a unos cuantos los remató con una pistola. Luego, al ser un tipo meticuloso, se dedicó a borrar toda huella de su fechoría y tiró los cadáveres al mar. Pero, ah, señoras y señores, ni siquiera después de haber asesinado a todas las personas de a bordo se quedó solo. Los inexorables ojos de la conciencia lo seguían a todas partes, su áspero susurro no abandonaba sus oídos. Podía trepar hasta lo alto del palo mayor, podía descender al agua de achique de la bodega, pero no podía huir… de sí mismo. Así, al final, con el terror en los talones, se arrojó al mar para reunirse con sus víctimas.

Mond estaba presa de gran excitación mientras contaba la historia. Sus ojos traslucían un brillo innatural, el rostro y las enormes manos flácidas se movían a saltos. Kelton lo observó entrecerrando los ojos.

Fue Mond el que rompió la tensión diciendo, mientras se reía como si fuera algo divertido:

—¿No son increíbles las cosas que inventan los hombres para divertirse? Pascal tenía razón cuando dijo: «El hombre, la gloria del universo y su principal escándalo». En todo caso, el responsable del misterio del Marie Celeste es un tipo original. De esos hay muy pocos en nuestros días. Piensen ustedes cuánto más divertido sería este viaje si tuviéramos uno de ellos a bordo.

—Mister Mond —dijo el capitán con severidad—, está usted asustando a las señoras.

—Lo siento muchísimo —se disculpó él—, solo trataba de ser divertido.

De repente empezó a cantar, con una voz chillona que mezclaba notas graves con notas en falsete, el antiguo himno *Para aquellos que están en peligro en el mar*, pero se detuvo a la mitad tan bruscamente como había empezado.

En ese momento fue cuando Kelton decidió probar con esa que él llamaba «una bomba psicológica». Se levantó y golpeó la mesa como un presidente que pidiera silencio durante una reunión, entonces empezó a hablar en tono serio y solemne.

—Señoras y señores —dijo—, el capitán me ha autorizado a referirles una cuestión muy grave, algo de lo que serán bien pronto informados, algo que quizá algunos de ustedes conocen ya. Les ruego me crean cuando les digo que lamento enormemente tener que hablar…, pero me temo que no tengo alternativa.

Se detuvo. Su actitud solemne había captado la atención general. Por su parte, estaba intentando observarlos a todos, su mirada se esforzaba en captar cualquier indicio.

—Para no andar con rodeos —continuó—, los informo de que en este barco se ha cometido un crimen, y de los más graves. Una persona ha sido asesinada, en su camarote, y lógicamente alguien lo ha asesinado. He sido encargado de descubrir quién ha cometido este acto terrible y voy a necesitar su colaboración. El culpable no puede andar muy lejos. Así que les ruego, en nombre de la justicia,

que me refieran cualquier cosa que pueda ayudarme a descubrir al asesino de Samuel P. Cleghorn.

Veía las caras de todos. Vio a mister Mond abrir los ojos mucho y contener la respiración. Vio una expresión asombrada e interesada en la cara impasible de mister Westervelt, que poco a poco volvió a su anterior inexpresividad. Vio a mister Sangerson quedarse rígido y mortalmente pálido. Vio a miss Imlay caer desmayada hacia delante, sin conocimiento.

4

Los ojos terribles

Matthew Kelton fue el primero en acercarse a Pauline Imlay cuando se desplomó sobre la mesa, desvanecida.

—Llamen a un mozo —ordenó, y vio a Gates, el comisario, pegar un salto para obedecer—. Es solo un desvanecimiento, se recuperará en un instante.

Acercó un vaso de agua a los labios de la joven, que abrió los ojos y emitió un lamento incomprensible. Notó entonces cómo alguien lo apartaba con un empujón, sin tanta ceremonia, para ocuparse de la muchacha: era Russell Sangerson, que se arrodilló a su lado para susurrarle algo al oído. Kelton estaba lo bastante cerca como para captar algunas palabras: «No te preocupes. Todo está bien. Confía en mí, tesoro mío…».

No dijo nada, ni demostró haber escuchado nada, pero por dentro temblaba de excitación. Habría estado dispuesto a jurar que aquellos dos no se conocían. Le habían sido presentados formalmente por el capitán Galvin al principio de aquella cena grotesca y se habían comportado como si aquel fuera su primer encuentro, sin dirigirse jamás la palabra. Sangerson la había mirado esporádicamente, pero lo había atribuido sencillamente al natural interés que un joven puede sentir por una bella muchacha. Sin embargo, acababa de oírle decir con toda claridad «tesoro» y lo había visto mostrar por ella una notable y premurosa preocupación. ¿Qué significaba eso?

Entretanto, Miss Imlay se había recuperado casi por completo.

—Lo siento —murmuró—. Hace un tiempo que no estoy muy bien. La impresión… Creo que debería volver a mi camarote.

Un asistente con pinta de ser bastante espabilado entró y la ayudó a caminar hasta la puerta. Sangerson se quedó en pie, titubeando,

como si se preguntara si debía seguirla, luego se giró y volvió a su asiento.

—Bien, ¿qué es lo que se debería hacer a continuación? —preguntó mientras se esforzaba por recuperar el autocontrol.

—Tenemos que evitar que nos entre el pánico —respondió Kelton con serenidad—. Les aconsejo que vuelvan a sus camarotes y que estén preparados para responder a cualquier pregunta que el capitán o yo necesitemos hacerles.

Los pasajeros salieron en fila india del salón.

—Capitán —dijo a continuación Kelton—, tengo intención de enviar algunos mensajes por radio.

—Muy bien —dijo Galvin—. He dado orden a Haley de transmitir cualquier mensaje que necesite.

—Le aconsejo que tenga los ojos bien abiertos para notar cualquier detalle extraño y que solicite a quien esté de turno esta noche que se mantenga alerta.

—Así se hará. —El capitán parecía muy nervioso—. Oiga, mister Kelton, ¿cree usted que haya algo de verdad en lo que ha dicho ese tonto sobre la presencia de un asesino en serie a bordo?

—No se puede descartar —razonó Kelton—. Lo cierto es que ya hemos visto un ejemplo de su labor.

—Nunca he llevado encima una pistola —afirmó Galvin—, pero esta noche tengo la firme intención de hacerlo.

Kelton se dirigió al cuarto del radiotelegrafista, en la cubierta más alta del barco. Era una noche oscura, triste y sin estrellas. Mientras se acercaba a la sala de radio iluminada percibió, más que oyó, un ruido furtivo a su espalda: el rumor de alguien que se movía de puntillas. Se giró de golpe, pero no vio más que una sombra, indistinta y amorfa, que salió de detrás de un bote de salvamento para lanzarse escaleras abajo y desaparecer. La vio solo con el rabillo del ojo, y únicamente una fracción de segundo. Corrió hacia los escalones, pero ya había desaparecido, dejándole la impresión —vaga y fugaz— de que era el tipo de sombra que habría podido proyectar un hombre particularmente alto y delgado, con una barba

puntiaguda.

Se volvió y retomó su camino hacia la sala de radio. Llamó a la puerta, la abrió y de repente fue agarrado, por detrás, por un par de brazos musculosos que lo dejaron bloqueado, impotente. Trató de soltarse y gritó.

—¿Quién eres? —gritó una voz masculina, la del hombre que lo tenía prisionero.

—Kelton… Matthew Kelton.

Lo soltaron de golpe. Se volvió inmediatamente para encontrarse de frente con un joven irlandés con el rostro fresco y el uniforme de radiotelegrafista.

—Disculpe, señor —dijo Haley—. Creo que he cometido un error. El capitán Galvin me ha avisado de que usted vendría…, pero he pensado que podría tratarse del otro tipo…

Kelton lo miró.

—¿Qué otro tipo?

—El que ha venido hace un minuto aquí para estropear la radio.

—¿Alguien ha venido a hacer eso?

—Sí. Ha montado un buen lío y ha dejado el maldito aparato hecho trizas. No entendía nada de radios, presumo, pero ha dejado inutilizada esta. Y según parece con sus propias manos. Un tipo de verdad fuerte, quienquiera que fuera. Mire cómo ha arrancado aquellos cables de la base, hace falta ser extraordinariamente robusto para hacerlo. Quizá ha sido una suerte que yo estuviera en la cabina del primer oficial jugando al *rummy* cuando nuestro amigo ha pasado por aquí. Según parece podría haberme arrancado la cabeza.

—Entonces, ¿no puedo enviar ningún mensaje? —preguntó Kelton.

—No con esta radio —respondió Haley—. Va a llevar una semana repararla. Pero no se preocupe, el fulano era fuerte, pero no entendía mucho de barcos: todos están dotados de una radio auxiliar para las emergencias, y yo la tendré operativa en un abrir y cerrar de ojos.

Se puso manos a la obra con movimientos rápidos, profesionales.

Kelton se sentó y empezó a escribir varios mensajes, el más largo de los cuales era el dirigido a B. Hong, Mott Street, Nueva York. Se lo pasó a Haley.

—Hágame llegar la respuesta lo antes posible —le pidió—. A mi camarote.

—Sin problema —confirmó el radiotelegrafista—, y si nuestro amigo vuelve a meter las narices le daré el recibimiento que merece —dijo blandiendo una robusta llave inglesa.

Kelton salió de la sala de radio, cuya puerta abierta dibujó un charco de luz amarilla sobre la cubierta oscura. Vio algo en el suelo y lo recogió, era un cigarrillo fumado a la mitad, todavía encendido. Volvió a entrar a la sala.

—¿Fuma usted estos cigarrillos? —preguntó al radiotelegrafista.

—Mi salario no me lo permite —respondió sonriendo—. Me los lío yo mismo, pero conozco esa marca, la veía siempre cuando iba en el buque que hacía la ruta Londres-Alejandría. Son cigarrillos egipcios, prácticamente de los más caros. Siete céntimos por unidad al por mayor, o algo así.

Kelton lo apagó meticulosamente y se lo guardó en el bolsillo del chaleco.

—¿Sabe lo que ha sucedido hoy en este barco? —le preguntó.

—Sí. El capitán me lo ha contado.

—Estoy tratando de averiguar quién ha sido.

—Ah, bien, y ¿quién cree que ha podido ser?

—Quizá un hombre alto y delgado que fuma cigarrillos egipcios caros… o quizá no —dijo Kelton—. Eso es lo que tengo que descubrir. Bueno, envíe lo antes posible esos mensajes, por favor.

—Delo por hecho —lo tranquilizó el joven, y Kelton salió de la sala oyendo el zumbido de la radio.

Se dirigió a su camarote. Uno de sus lemas favoritos era que cinco minutos de tranquila reflexión equivalían a una hora de investigaciones apresuradas y confusas. Deseaba esos cinco minutos de tranquila reflexión, los deseaba fervientemente. Mirara donde mirara no veía más que nuevas perspectivas del rompecabezas que

lo dejaban prácticamente atónito. Trataba de analizarlas de una en una, y descubría que todas juntas formaban una mancha borrosa. Estaba la sombra en cubierta, la del hombre alto con barba de punta. ¿Quién era? No era uno de los oficiales del barco, los había visto a todos. ¿Uno de los marineros? Improbable, puesto que no llevaban gorros blandos y flexibles. ¿Un pasajero? Solo podía ser un pasajero, o sea, el hombre que no se había presentado a la cena, Varga. ¿Un polizonte? También eso era posible.

¿Tenía razón el ridículo de mister Mond? ¿Había un asesino paseándose clandestino por el Pendragon?

Sacó del bolsillo la colilla del cigarrillo caro. Era lógico suponer que había sido fumado y desechado por la misma persona que se había esforzado en dejar fuera de combate la radio. Era lógico también relacionar esa sombra fugaz, el hombre de la barba puntiaguda, con el intento de impedir que el barco pudiera comunicarse con el resto del mundo. ¿Por qué ese tipo había intentado hacerlo? ¿Por qué había corrido el inmenso riesgo de colarse en la sala de radio y destruir el aparato? Esa, pensó Kelton, era al menos una pregunta para la cual se perfilaba enseguida la respuesta: para impedir ser descubierto, naturalmente. Además, se dijo, son siempre los culpables los que temen las investigaciones.

Era perentorio encontrar esa sombra y ponerle un nombre. Por un instante le pareció que empezaba a vislumbrar un camino de salida del pantano de preguntas y contradicciones, después rememoró la escena en la mesa de la cena, justo después del trágico anuncio. Le parecía incluso demasiado evidente que tanto Sangerson como Miss Imlay se hubieran quedado tan sumamente turbados: ambos habían tenido una reacción violenta. ¿Existía alguna relación entre Sangerson y el desconocido de los movimientos furtivos por la cubierta superior? ¿Acabaría revelando el cigarrillo un vínculo? Luego recordó que, durante la comida, el expansivo mister Mond le había gorreado a Sangerson un cigarrillo, que resultó ser de una vulgar marca norteamericana.

Estaba reconstruyendo mentalmente todo lo sucedido en la mesa.

Se estremeció al recordar un detalle que había percibido y guardado en el cerebro para reflexionar después, es decir, que cuando se inclinó hacia Miss Imlay, recién desmayada, había reconocido el perfume: era el suyo, Noche de Rosas. El primer elemento del caso que había juzgado importante y tangible había sido la presencia de esa fragancia tan familiar. La había percibido en el camarote B, donde Cleghorn había muerto, y en su propio camarote después de que alguien hubiera registrado su equipaje.

—¡Solo fragmentos dispersos! —exclamó presionándose las sienes con los dedos—. Pero que al final seguro que encajan. Por fuerza.

Se quedó sentado mirando al suelo del camarote como si varios de los fragmentos estuvieran depositados allí, en un batiburrillo confuso, y él estuviera tratando de reordenarlos, combinarlos. De pronto se levantó de un salto: había oído un grito fuerte, desesperado, el grito de una mujer aterrorizada.

Corrió afuera. Los gritos continuaron y él voló hasta el pasillo siguiente guiado por ellos y descubrió que lo habían llevado hasta el camarote A. Abrió la puerta.

Una mujer, que él sabía que era Esther Yate, la inválida, estaba ovillada en su cama con los ojos de par en par, y junto a ella la enfermera, Julia Royd, intentando tranquilizarla.

—Los ojos —gritaba Miss Yate—. Esos ojos terribles…

—Calma, calma —susurró la enfermera—, estaba soñando. Es solo una pesadilla, no tenga miedo. No es real.

Vio a Kelton parado en la puerta.

—Miss Yate se recuperará en un momento, señor —explicó—. A veces tiene ataques de este tipo. No ha pasado nada, estoy segura.

—Claro que ha sucedido, se lo aseguro —afirmó la mujer, cuya voz retumbó sorprendentemente sonora y vibrante—. En absoluto estaba soñando. Estaba bien despierta, leyendo un libro.

La presencia de Kelton parecía haber aplacado su histeria, tanto que dejó de sollozar y adoptó un tono más suave.

—Le digo que he visto unos ojos, asomados al ventanuco, que me miraban.

Kelton adoptó el ademán tranquilizador de un típico viejo médico de familia.

—Probablemente ha sido una ilusión óptica —dijo—. A veces la vista nos hace extrañas jugarretas.

—En absoluto ha sido una ilusión —insistió la mujer, obstinada—. Tengo una vista excelente, he visto unos ojos, unos ojos terribles, que me miraban. Ay, ha sido espantoso.

Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—Quizá eran las luces de otro barco en el horizonte —sugirió él.

—Eran ojos —rebatió ella tajante—. Los más malvados que haya visto nunca.

Kelton la observó. De joven tuvo que ser una mujer espléndida y su rostro blanco como el yeso mostraba todavía restos de un tipo de belleza elegante, patricia, aunque también enfermiza, casi siniestra, devastada por el sufrimiento. Debía de andar entre los cuarenta y los cincuenta años y, claramente, tenía mucho mundo. Derrochaba la seguridad de alguien que en sus tiempos fue muy admirada y amada, una mujer refinada y con personalidad. Además, aquel rostro le resultaba familiar, pero no sabía decir por qué. Quizá, reflexionó, la conocía más como tipo que como individuo. Se dejó guiar por una inspiración.

—Disculpe —dijo—, mi nombre es Matthew Kelton y soy también un pasajero. Es usted Miss Yate, ¿cierto?

La inválida asintió.

—¿Querría satisfacer mi curiosidad diciéndome si en algún momento ha pisado usted los escenarios? —le preguntó él.

—¿Qué le hace pensar eso? —replicó ella.

—No sabría decirle, es solo una impresión, nada más.

—Se equivoca —respondió Miss Yate con gélida perentoriedad—. Le estoy inmensamente agradecida, señor, por haber venido. Veo que no cree que hubiera un verdadero motivo de alarma, pero yo sé que sí lo había. Le ruego refiera mi experiencia al capitán o a uno de los oficiales. No se preocupe por mí. Aquí está Miss Royd, que es más fuerte y valiente que la mayoría de los hombres. Ahora voy a

dormir, y ya pueden mirarme aviesos todos los ojos del mundo que ni me voy a enterar.

Los rápidos ojos de Kelton le explicaron lo que ella trataba de decir: ya habían percibido, en el lavabo, un frasco del somnífero en polvo más moderno y eficaz.

—Le trasladaré lo ocurrido al capitán —prometió—, pero antes tiene que contarme cómo ha sucedido todo exactamente.

—Enseguida. Y créame, no soy propensa a literaturizar o a ver cosas que no existen. Estaba tumbada aquí, leyendo un libro…

—¿Qué libro?

Ella esbozó una sonrisa cuando comprendió el significado de la pregunta.

—No era una novela policiaca escalofriante —especificó—. Es este.

Le entregó una novela francesa por cuya portada reconoció una de las innumerables historias de amor que los escritorzuelos hornean a toneladas.

—Nada inquietante en este libro —comentó devolviéndoselo.

—Mis nervios estaban insólitamente serenos —siguió Miss Yate—, y estaba leyendo tranquila cuando he sentido un estremecimiento y he percibido, percibido con toda claridad, que dos ojos me estaban observando. Ha sido una sensación extraña y nauseabunda. Durante casi un minuto no me he atrevido a levantar la vista de la página. No había visto aún los ojos, confieso; sin embargo, sabía que estaban ahí. Finalmente me he despegado con esfuerzo del libro y me he obligado a mirar hacia la ventana, y entonces los he visto…

Empezó a temblar.

—Descríbamelos, por favor —le pidió él con una calma impuesta que para nada sentía.

—Eran muy distintos a cualquier otro par de ojos que hubiera visto jamás —explicó ella—. No sé decirle cuán malignos me han parecido, infinitamente crueles. Eran los ojos de un demonio y brillaban en la oscuridad. Creo que ejercieron un efecto hipnótico en mí. Literalmente, quiero decir. No era capaz de moverme, estaba paralizada por el miedo. Creo que incluso dejé de respirar. No sabría

decirle cuánto tiempo estuve tumbada así, rígida, paralizada…

—¿Dónde estaba Miss Royd? —preguntó Kelton.

—Había salido del camarote —respondió la enfermera con su voz ronca, con las erres muy marcadas—, pero no he estado fuera más de cinco o seis minutos.

—Continúe, Miss Yate, por favor —solicitó él—. ¿Qué rostro acompañaba a esos ojos?

—No sé decírselo —respondió ella—. Esos ojos me tenían prisionera. Por fuerza tenía que haber un rostro, naturalmente. Creo que era plano y vulgar porque no conseguí distinguir los rasgos al otro lado del cristal. Espere, me ha parecido vagamente que los ojos tenían un aire oriental. Tenían una extraña angulación, o inclinación, y estaban muy juntos.

—¿Sabría decirme si el hombre tenía barba?

—No, de ese rostro solo vi fugazmente el color.

—¿Y cuál era?

—Me pareció que era de un horrendo verde amarillento.

—Continúe, por favor se lo pido.

—Estaba tumbada aquí, con esos terribles ojos clavados en mí… y, ¿sabe?, sentí el impulso irresistible de acercarme a ellos. El mismo tipo de sensación que he experimentado alguna vez en lo alto de un edificio, el morboso impulso de saltar aun sabiendo que la muerte me esperaba abajo. En este caso, el impulso ha sido tan fuerte que tuve que levantarme de la litera y acercarme al ojo de buey, luego oí los pasos de Miss Royd y se rompió el hechizo. Volví al lecho, hundí la cara en la almohada y grité. Al entrar ella, volví a gritar, y los ojos habían desaparecido.

—Una experiencia aterradora —comentó Kelton.

—¿No me cree?

—Sí, en cierto sentido; sin embargo, no entiendo cómo ha sido posible. Pero en todo caso le ruego que no permita que esto la siga turbando. Ahora está a salvo, se lo aseguro. El ojo de buey es sólido y está bien cerrado, y nadie podría entrar por ahí. Miss Royd está aquí, a su lado, y aquí tiene la campana para llamar al mozo…

—Estaba tan paralizada por el terror que olvidé por completo la campana —dijo ella.

—Siga mi consejo —la animó Kelton con su tono de médico—, eche la cortinilla a la ventana, cierre la puerta con llave y trate de dormir un poco. Estoy seguro de que esos ojos no la molestarán más. Voy a ponerme de inmediato a indagar sobre lo ocurrido y le pediré al capitán que ponga un guardia en este sector del barco.

—Es muy amable por su parte —le agradeció la mujer—. Ahora ya estoy más calmada.

—Buenas noches, Miss Yate.

—Buenas noches.

Matthew Kelton salió del camarote bastante perplejo y con la curiosidad disparada. Le pesaba en la conciencia una mentira, una mentira venial: le había dicho a Miss Yate que estaba seguro de que los ojos no volverían a molestarla, pero en realidad no estaba del todo convencido.

Volvió a la cubierta sobre el camarote de la mujer. Era demasiado inteligente para no saber que la suya era una iniciativa osada; sin embargo, estaba tan absorto en esa nueva fase del misterio que apartó el miedo a un rincón de su mente. A lo mejor la escena había sido fruto de la imaginación de la inválida, que estaba muy tensa, un auténtico manojo de nervios, y que según el capitán Galvin había sufrido una especie de crisis. Por otra parte, también podía ser todo verdad: la mujer había descrito su experiencia de una forma bastante convincente.

Justo encima del camarote de Miss Yate había una corta pasarela. Kelton se asomó por el parapeto. Bajo este, en el lateral del barco, distinguió el tenue resplandor del ojo de buey del camarote en cuestión, que según calculó estaba a unos dos metros y medio hacia abajo. Más abajo ya no había más escotillas ni otras aberturas, por lo que los ojos tenían que haber llegado desde arriba. Descolgarse hasta el camarote de Miss Yate era factible, pero solo para un gimnasta extraordinariamente ágil, que habría necesitado una soga o una escalera de cuerda para aquella peligrosa hazaña. Habría

bastado con un paso en falso para precipitarse en las oscuras aguas del mar. Kelton negó con la cabeza, sin comprender.

—El móvil —se dijo—. El móvil.

Después recordó que quizá se las estaba viendo con una mente para la cual el móvil no significaba nada: la mente caótica e ilógica de un asesino en busca, sin un plan ni un motivo preciso, de una nueva presa.

Un ruido a sus espaldas lo sobresaltó y se volvió con la mano levantada instintivamente en posición de defensa. Era McQuarrie, el primer oficial, que estaba haciendo la ronda.

—¿Está usted entrenando con su sombra, mister Kelton? —le preguntó el hombre, un flemático y flaco escocés de cierta edad que respondía al prototipo de lobo de mar.

Él le contó detalladamente el percance de Miss Yate.

—Maldita sea mi estampa —dijo McQuarrie—. Hace cuarenta años que surco los mares, de Java a Río y de Vancouver a Sídney, y jamás había oído una historia semejante. Quizá la encantadora señora está un poco tocada.

—Quizá —concedió Kelton—, pero creo que sería oportuno colocar a alguien de guardia en esta zona. Hará que se sienta protegida… en cualquier caso.

—Llevo por aquí una media hora —explicó el primer oficial— y no he visto nada raro.

—¿Ha estado todo el rato aquí?

—Bueno, no. Me refería a este sector del barco —precisó McQuarrie—. Haré que patrullen esta área, puede estar tranquilo, aunque no creo en espectros de ojos chispeantes —dijo con una sonrisilla que manifestaba su desprecio por los fantasmas.

—¿No ha notado nada extraño esta noche? —le preguntó Kelton.

—No exactamente.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, quizá no tiene importancia —respondió el escocés—, pero hay algo que está angustiando a la tripulación. Quizá es solo un poco de malhumor, pero están todos nerviosos, sobre todo los

nativos. Son verdaderamente herméticos estos indígenas de las Bermudas, y muy supersticiosos, y es difícil saber qué les pasa por la cabeza, pero algo hay, se lo aseguro.

—¿Me avisará si oye o ve cualquier cosa extraña? —preguntó Kelton.

—Por supuesto. El capitán Galvin ha dado orden de ayudarlo en todo lo posible.

—Perfecto, gracias. Ahora me voy a mi camarote.

—Si veo a su espectro lo pillo por la cola y lo meto en salmuera —prometió el primer oficial mientras él se alejaba.

Kelton se refugió una vez más en su camarote en pos de los cinco minutos de concentración. Y una vez más, en cuanto se hubo sentado y estaba intentando encajar los ojos misteriosos en el cuadro general, alguien con bastante prisa llamó a la puerta secamente.

—¿Quién es? —gritó.

—Larsen.

—Adelante.

El mozo entró. Gotas de sudor salpicaban su rostro pálido y asustado.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó Kelton.

—¿Le importaría acompañarme ahora mismo al camarote K, señor? —dijo Larsen—. Ha ocurrido una cosa… una cosa horrible.

5

De nuevo los ojos

—Voy de inmediato —dijo Kelton levantándose.

—Por aquí, señor.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él mientras seguía al mozo a lo largo del barco hasta la cubierta siguiente.

—No lo sé con exactitud. Las señoras están aterrorizadas.

—¿Qué señoras?

—Las tres alojadas en el camarote K.

—¡Oh! —dijo Kelton—. ¿Qué les ha ocurrido a las profesoras? ¿Alguna de ellas se ha hecho daño?

—Solo una, levemente, pero creo que está más asustada que otra cosa.

Llegaron al camarote K.

La puerta no se abrió hasta que las ocupantes no se convencieron de que quienes querían entrar eran de verdad Matthew Kelton y el mozo.

—Será mejor que espere fuera, Larsen —dijo Kelton.

—Sí, señor.

Se encontró a Miss Cobb, a Miss Adams y a Miss Partridge en kimono y bigudíes, aterrorizadas. Miss Cobb estaba tumbada en su litera mientras las otras dos se inclinaban sobre ella con las sales.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Kelton, a quien le bastó un vistazo a Miss Cobb para saber que no estaba herida de gravedad. La presencia del hombre en la cabina pareció tranquilizarlas.

—Miss Cobb ha sido agredida —respondió Miss Adams.

—Sí, la han tirado al suelo —confirmó Miss Partridge.

—No volveré a poner un pie en un barco —declaró Miss Cobb desde su lecho—. No tenía ni idea de que pudieran suceder cosas

así.

—Les ruego que me cuenten lo que ha ocurrido —solicitó él—. Cuéntemelo usted, Miss Cobb, si tiene fuerzas.

—Sí, las tengo —respondió la mujer en un tono casi belicoso, confirmando la impresión de Kelton de que era la más combativa de las tres—. Alguien me ha empujado… y quiero que sea arrestado.

—Deberían colgarlo —añadió Miss Adams.

—Miss Cobb está llena de golpes —señaló Miss Partridge.

—¿Quién ha sido? —preguntó él aliviado de comprobar que el asunto era bastante menos grave de lo que había osado esperar.

—No sabría decirle —respondió Miss Cobb—. Todo ha ocurrido a oscuras. Solo sé que era un hombre alto y fuerte, con ojos brillantes.

Kelton ahogó una exclamación.

—¡Otra vez los ojos!

—¿Cómo ha dicho, mister Kelton? —preguntó Miss Cobb.

—Nada. Por favor, siga contando.

—Fui a por un poco de papel a la pequeña sala de escritura contigua al salón comedor —explicó ella—. Supongo que no debí salir de mi camarote después del funesto acontecimiento de hoy en este barco, pero estoy haciendo un diario de nuestro viaje para el periódico de la escuela y no tenía donde escribir, así que decidí que el deber estaba por encima de todo y que no podía ser tan arriesgado acercarme en dos saltos a la sala de escritura.

—Ha sido muy valiente por su parte —dijo Kelton.

—Cogí el papel —continuó la mujer— y volví enseguida a mi camarote. En el trayecto solo había un trecho de sombra, una curva del pasillo donde no hay luces y donde de hecho debería haberlas. Allí al lado hay una puertecilla estrecha que da a una escalera empinada y sin iluminación que imagino desciende a la sala de motores. Cuando iba a por el papel estaba cerrada, pero a la vuelta estaba abierta. Me acerqué deprisa… y vi a alguien en el umbral…

—Descríbamelo, por favor.

—No puedo. El vano de la puerta estaba oscuro. No pude ver nada más que sus ojos, los vi brillar. Me asusté un poco, pero no

demasiado. Superé la puerta a toda prisa y luego, de repente, me golpearon por detrás.

—¿Cómo?

—Pues supongo que ese individuo salió corriendo para darme un violento golpe en los riñones. Me caí de bruces, casi inconsciente. Una vez me atropelló un automóvil, fue algo muy parecido. Lo sentí pasar por mi lado y seguir por el pasillo. Grité, naturalmente, y el mozo apareció de inmediato y me ayudó a volver a mi camarote.

Chasquidos de lengua solidarios por parte de las otras dos mujeres.

—¿Ha podido ser un accidente? —sugirió Kelton, aunque no lo creía posible.

—Lo dudo sinceramente, puesto que el pasillo tenía suficiente iluminación para que pudiera verme. No, mister Kelton, estoy convencida de que ese hombre me ha tirado al suelo a propósito.

—¿Ha llamado al médico?

—No, no es necesario. Soy profesora de gimnasia y estoy acostumbrada a los cardenales y chichones. En realidad, solo tengo un poco de hinchazón. Ya estoy bien, pero es vergonzoso que algo así suceda en un barco que se presume respetable.

—Tiene toda la razón —confirmó él. Y pensaba que Miss Cobb podía considerarse una mujer afortunada por haber salido del brete con apenas un rasguño—. Se lo referiré todo al capitán y haremos todo lo posible para encontrar y castigar al responsable. ¿Está convencida de no poder decirme nada más de su aspecto físico?

—No, no puedo, pero estoy segura de que era muy alto. Yo mido un metro sesenta y dos y sus ojos estaban al menos a treinta centímetros por encima de los míos.

—Comprendo —respondió Kelton—. En fin, han pasado ustedes por una experiencia sumamente desagradable que han afrontado con valentía y sentido común —añadió con su tono más paternal—. Estoy seguro de que ha sido un accidente, quizá un carbonero miope que se dirigía deprisa a la sala de calderas, demasiado maleducado para pararse a pedir disculpas. Todo esto será una anécdota

interesante para su diario, ¿verdad? —Se volvió para marcharse y añadió—: Creo que dormirán mejor si cierran la puerta con llave.

—Siempre lo hacemos —dijo Miss Cobb—. Buenas noches y muchas gracias. En el fondo la vida está hecha de experiencias, ¿no?

—Sí, de experiencias de todo tipo —acordó Kelton mientras les deseaba buenas noches. Apenas se cerró la puerta, oyó la llave girar en la cerradura y reaccionó con una sonrisa carente de alegría.

Inspeccionó con cuidado la escena del encuentro de Miss Cobb con el desconocido sin encontrar allí ni un alma ni una huella. Después enfiló hacia el camarote del capitán Galvin para discutir con él los extraños acontecimientos de las últimas horas.

El camarote del capitán estaba en la cubierta superior, en proa, de manera que tuvo que atravesar el barco de punta a punta. Caminaba con cautela, con los cinco sentidos alerta. No había avanzado mucho cuando oyó unos pasos amortiguados, un ruido de pies sobre los escalones de hierro que llevaban a la cubierta superior. Actuó deprisa: se lanzó detrás de un grueso pilón y se pegó a él para esconderse. Una sombra apresurada pasó por delante.

Estaba demasiado oscuro para poder verla bien y solo consiguió distinguir que era baja y robusta. Trató de aguzar la vista y seguirla.

La figura se perdió en la oscuridad, que poco después se disolvió en un haz de luz. Unos metros más adelante, la puerta del camarote del capitán se abrió y volvió a cerrarse rápidamente para dejar entrar a alguien…, ¿a quién? Por un instante la luz procedente del camarote iluminó la figura misteriosa y entonces vio la esclavina con capucha que sabía que pertenecía a Julia Royd, la enfermera de Miss Yate.

Kelton optó por actuar de modo audaz. No había tiempo para el tacto y la delicadeza. El Pendragon continuaba hacia su destino y, si querían atrapar al asesino de Samuel P. Cleghorn antes de llegar a puerto, había que comprobar cada pista de manera rápida y enérgica. La visita de la enfermera al camarote del capitán podía no tener ninguna relación con el crimen o quizá tener una muy directa. Kelton tenía una intuición muy desarrollada respecto a las personas,

tanto que era muy difícil mentirle, y esa intuición le decía que el capitán Galvin sabía algo que aún no había revelado. Un capitán con su experiencia no se dejaría turbar tan fácilmente por un crimen cometido en su barco; sin embargo, Galvin, mientras él examinaba el cadáver en el camarote B, se había mostrado muy nervioso, aprensivo. Sí, sabía algo, pero ¿qué? ¿Y la enfermera? Miss Yate la había definido como «más fuerte y valiente que la mayoría de los hombres» y, después de su breve encuentro con ella en el camarote, Kelton juzgaba apropiada la descripción. El rostro consumido de la mujer mostraba determinación. ¿También ella sabía algo? ¿Por qué había decidido ahora ir a ver al capitán?

Para descubrirlo decidió dirigirse de inmediato al camarote con la intención de entrar y averiguar, si era posible, qué hacía allí Miss Royd. Mientras se acercaba oyó las voces amortiguadas de Galvin y de la enfermera y captó algunas palabras. La mujer estaba hablando y él reconoció enseguida su voz ronca y profunda.

—Es un muy mal asunto, Dave —estaba diciendo—. Debemos mantener la…

Luego Kelton oyó al capitán susurrar.

—Sshh, por amor de Dios. Me ha parecido oír unos pasos.

Kelton llamó a la puerta.

—¿Quién es? —gritó Galvin.

—Soy yo. Matthew Kelton.

—Le abro en un segundo —respondió el otro. Kelton oyó un ruido y la puerta se abrió—. Entre —dijo muy cordial—. Como verá incluso yo tengo la puerta cerrada con llave en una noche como esta.

—Sí, ya lo veo —sonrió Kelton—. ¿Alguna novedad?

—Ninguna. ¿Ha descubierto usted algo?

—Mucho, y sin embargo poquísimo —respondió dejando vagar la mirada ociosamente por el camarote. En un rincón descubrió un armario lo bastante grande como para albergar a una persona.

—¿No le gustaría tomar un trago de un buen *whisky* escocés añejo y contarme qué ha descubierto? —propuso el capitán. Estaba interpretando muy bien su papel, pensó Kelton.

—No, gracias. Habrá tenido noticia de lo de los ojos…

—Sí —confirmó Galvin sirviéndose una copa; Kelton notó que sus manos no estaban del todo firmes—. Y en cuanto a la radio, tenemos por delante un trabajito de verdad exigente.

—Me fumaría un cigarrillo, si tiene usted alguno, capitán —dijo Kelton observándolo atentamente.

—Lo lamento, no fumo cigarrillos, pero puedo ofrecerle una pipa o un cigarro.

—Mejor el cigarro, gracias.

Galvin empujó una caja hacia él, cada vez más incómodo. Kelton decidió seguir con el juego de espera. Sabía demasiado poco para intentar forzar a su interlocutor y concluyó que era preferible guardarse para sí las dudas sobre el hombre. Quien se sabe sospechoso se mantiene permanentemente en guardia. Esperaría a conocer un mayor número de datos.

—Tiene una teoría, ¿me equivoco?

—Tengo una teoría, sí —confirmó Kelton.

—¿Sería tan amable de exponérmela?

—Por supuesto, pero tenga presente que puede venirse abajo en cualquier momento. Los hechos de que dispongo hasta ahora indican la presencia en este barco de un individuo audaz, fuerte, despiadado. Está jugando un juego personal, y confieso que no sé, de momento, cuál es. Tenemos a un hombre que mata brutalmente a otro, además en un barco, donde sus posibilidades de huida son mínimas. En vez de quedarse escondido, según parece continúa paseándose por aquí y por allá haciendo cosas absurdas y, según veo, sin ningún objetivo. Hace lo posible por destrozar la radio pensando así obstaculizar nuestros intentos de obtener información y avisar a la policía. Pero ¿por qué arriesga su vida descolgándose por la borda para asomarse, o introducirse, al camarote de una inválida? Se me ocurren dos posibles explicaciones a ese extraño comportamiento. La primera es que está buscando algo, y ese algo debe de ser precioso ya que está dispuesto a obtenerlo a cualquier precio, incluso el de una vida. Ha matado a Cleghorn pensando que

lo tenía él, pero según parece no era así, pues el desconocido ha continuado con su búsqueda. El premio, evidentemente, es enorme. Recuerde que tanto el dinero como las joyas de Cleghorn fueron ignorados. Nuestro desconocido aspira a una jugada mayor, pero ¿cuál?

El capitán Galvin movió la cabeza.

—Me encantaría saberlo —dijo.

A Kelton le pareció que estaba aliviado.

—Hay otra explicación posible —continuó—. Ese rechoncho charlatán, Mond, la sugirió en la cena. Podría ser, capitán, que nos las estemos viendo con un loco.

—Sí. Estaba pensando lo mismo —asintió Galvin—. Dígame, mister Kelton, entre nosotros, ¿quién es la persona de aspecto más loco que ha visto usted en este barco?

Kelton prefirió ignorar la pregunta.

—No siempre se puede establecer en función del aspecto físico —explicó—. He visto maniacos peligrosos que parecían en todo tan sanos mentalmente como nosotros dos. Parecen perfectamente normales hasta que se toca casualmente el punto infecto de su cerebro, entonces se convierten en enajenados. Pero veo que usted sí que tiene a alguien en mente. ¿Quién?

—No quiero acusar a nadie —respondió el capitán—, pero si alguna vez he visto a un hombre que me haya parecido el candidato ideal para una habitación acolchada ese es Mond.

—Es un tipo extraño, se lo concedo —admitió Kelton mientras pensaba: El capitán no es pues tan lento en comprender. Acepta de plano mi teoría del maniaco y trata de desviar las sospechas relacionándolas con un hombre que se adapta—. ¿Sabe algo más concreto sobre Mond? —le preguntó.

—No —admitió el otro—. Solo que… ¿no vio lo exaltado que estaba cuando contó la historia del asesino del Marie Celeste? En sus ojos había una mirada diabólica.

—Sí. Lo noté —dijo Kelton—. No crea que no tengo presente a mister Mond en mis reflexiones.

—Lo arresto en cuanto usted me lo diga —declaró Galvin.

Kelton esbozó una sonrisilla irónica.

—Todavía no. Si se pone usted a encerrar gente solo porque encuentre un poco raro su comportamiento, bien pronto estaremos todos detenidos. Déjeme a mister Mond a mí.

—¿Ha recibido alguna respuesta a los mensajes que envió por radio? —preguntó el capitán—. Quizá. Hace un rato me pareció oír el aparato chirriar.

Kelton sabía que el otro no estaba pensando en el mensaje, sino en la mujer escondida en el armario.

—Haley me lo traerá en cuanto reciba algo —dijo—. Quizá en uno de ellos venga un rayo de luz.

—Eso espero —murmuró Galvin revolviéndose en la silla incómodo.

—Una última cosa, capitán —añadió Kelton—. El primer oficial estuvo hablándome antes sobre la tripulación. Dice que algunos marineros, sobre todo los nativos de las Bermudas, parecen estar preocupados. ¿Puede decirme algo al respecto?

—No. Los marineros son hombres muy temperamentales. Quizá se han enterado del crimen y eso los ha puesto nerviosos. Trae mala suerte viajar en un barco con un hombre asesinado. En todo caso, soy perfectamente capaz de gestionarlos, de manera…

Un zumbido agudo y prolongado, parecido al grito de muerte de un abejorro monstruoso, resonó en el camarote.

—La alarma de emergencia —exclamó el capitán lanzándose al teléfono. Kelton era todo ojos. ¿Se trataba de una estratagema para hacerlo salir de la estancia? No, Galvin no habría sabido fingir la preocupación que se veía en su rostro mientras escuchaba.

—Sacad el bote de salvamento —gritó en el auricular—. Voy enseguida.

Se incorporó de un salto, cogió la gorra colgada en el gancho y corrió hacia la puerta.

—¿Qué ocurre, capitán? —preguntó Kelton.

Galvin giró la cabeza para gritar:

—¡Hombre al agua!

6

El diablo anda suelto

Matthew Kelton siguió al capitán Galvin a la carrera. Daba igual que la enfermera Julia Royd se escapara del armario, lo ocurrido era más importante.

La noche parecía tranquila. El ruidoso pulso de los motores de la nave se había detenido. El timonel había cambiado la ruta y el Pendragon volvía atrás, tratando de acercarse al hombre que luchaba por su vida en la negra extensión de agua.

Algunos marineros estaban tirando espasmódicamente de las sogas que sujetaban el bote de salvamento y McQuarrie gritaba órdenes bruscas.

—¡Enciendan el reflector! —gritó el capitán corriendo hacia ellos.

—¡Sí, señor!

Un largo haz de luz atravesó la oscuridad y empezó a moverse entre las olas intentando localizar la minúscula mancha que era un ser humano.

El enorme bote de salvamento golpeó el agua salpicando con fuerza. McQuarrie, que lo comandaba, gritaba órdenes a los remeros, que se empleaban a fondo haciendo avanzar el bote por las aguas en calma.

—¡Ahí está!

El haz de luz del reflector había dado con un bulto oscuro, un poco a la derecha.

—Seguid la luz —gritó Galvin por el megáfono. El bote se dirigió hacia el hombre que seguía luchando con el mar.

El capitán movió la cabeza, abatido.

—Apuesto a que no llegamos a tiempo —dijo—. Pobre hombre. —Se volvió a uno de los marineros—. ¿Quién es?

—Uno de los de las Bermudas, señor. Gabe Fest, un engrasador.

—¿Cómo ha sucedido?

—Se ha tirado, señor.

—¿Suicidio?

—Eso parece.

El capitán estaba observando con los prismáticos la mancha iluminada por el reflector.

—Parece que intenta mantenerse a flote —dijo—. Quizá se ha arrepentido…

—Es un excelente nadador, señor —le informó el marinero—. Todos los de las Bermudas lo son.

—Tiene que serlo por fuerza —replicó Galvin—. Las olas no parecen gran cosa desde aquí, pero pueden desfondar a un hombre en un abrir y cerrar de ojos.

El bote de salvamento, en el que los remos se movían veloces, se acercaba cada vez más al hombre a punto de ahogarse.

—Si consigue aguantar cinco minutos más, llegaremos a tiempo.

Los hombres de cubierta se quedaron expectantes, silenciosos, esforzándose por distinguir la mancha que subía y bajaba.

—¡Lo tienen! —gritó el capitán—. ¡Alabado sea Dios!

Bajó los prismáticos.

—Traigan al doctor Charlesworth —ordenó—. Díganle que prepare mantas y ron caliente, y el respirador artificial.

El bote llegó hasta el barco y fue izado con el cabrestante.

Sacaron a un hombre de color empapado, tembloroso, exhausto y sobre todo aterrorizado. En la lucha por mantenerse a flote había conseguido liberarse del uniforme y Kelton, observándolo con vivo interés, notó que era extraordinariamente musculoso, con los bíceps hinchados y el tórax macizo de un luchador. El doctor Charlesworth se ocupó de él.

—En unos minutos estará bien —anunció—. No tiene agua en los pulmones. Agotado y asustado, solo eso.

Una vez a salvo, le hizo beber al hombre unos tragos estimulantes de una botella oscura.

—Llévenlo abajo y que se tumbe en su litera —ordenó el capitán Galvin—. Aseguraos de que esté cómodo, más tarde nos contará su historia.

El hombre volvió la mirada atrás, aterrorizado. Su rostro, casi negro como la pez, estaba constelado de manchas más claras.

—Se lo ruego, capitán —dijo—, no me haga volver allí. No quiero ir allí nunca más.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Galvin.

—No quiero bajar —respondió obstinadamente el hombre—. Él volverá a por mí.

—Tonterías. ¿Se ha peleado con otro marinero?

—No, señor, no tengo miedo de ninguno de ellos. Son humanos. Pero ahí abajo he visto algo que no era humano…

—Está usted loco, Fest —declaró el capitán—. ¿Qué es lo que ha visto?

—No estoy loco —insistió el otro—. Veo lo que veo. Era el diablo, capitán.

—Capitán —intervino Kelton, al lado del oficial—, acompañémoslo a su camarote. Quiero hablar con él.

Le entregaron una toalla y ropa seca, y después de secarse y vestirse Fest se dirigió al camarote de Galvin junto a Kelton, que, al entrar, comprobó que el armario tenía una puerta abierta y estaba vacío: la enfermera había salido.

Asumió enseguida el control de la situación.

—Con permiso del capitán —dijo—, quiero ofrecerle algo de beber y hacerle unas preguntas.

Le sirvió medio vaso de *whisky* al marinero, que se lo tomó de un trago y dejó de temblar.

—Cuéntenos exactamente qué es lo que ha ocurrido —le pidió Kelton.

—Estaba solo, abajo, en la bodega —explicó Fest con el extraño acento típico de las colonias británicas, un batiburrillo entre el de Oxford y el *cockney*—. Acababa de salir de mi turno y estaba tumbado en mi litera, a oscuras. Los hombres habían dicho que el

barco estaba infestado. George Harris, el cocinero, me había contado que iba por un pasillo oscuro con una pierna de cordero bajo el brazo cuando alguien le golpeó en la espalda y le robó la carne. Marthy Corley, uno de los fogoneros, me había dicho que había visto unos ojos que lo miraban desde una de las carboneras… y según él eran los del diablo…

—El diablo es algo muy real para ellos —puntualizó Galvin en voz baja—. Siga, Fest.

—Estábamos todos un poco inquietos —siguió Fest—. Había corrido el rumor de que uno de los pasajeros había sido asesinado y nosotros pensábamos que podía haber sido el diablo. Tampoco yo estaba tranquilo, allí tendido a oscuras, cuando de repente vi esos ojos mirándome… No eran ojos humanos, señor. Los ojos humanos no brillan de esa forma. Eran del diablo, eso eran. No era capaz de moverme. Me puse a sudar, luego los ojos empezaron a acercarse, cada vez más…

Abrió los ojos de par en par por el terror.

—¿Qué aspecto tenía el diablo? —preguntó Kelton.

—No sé decirle mucho más, señor, el camarote estaba oscuro, pero debía de ser alto, mucho más alto que yo. No me quedé allí mirándolo, eso sí lo sé. Me levanté y eché a correr, y él me siguió. No sabía ni hacia dónde corría. Solo eché a correr… y de repente lo tenía detrás. Estaba demasiado asustado para saber adónde iba. No me importaba tampoco mientras pudiera escapar de él, y luego me encontré en el mar…

Miró al capitán con expresión asustada.

—No me obligará a bajar de nuevo allí esta noche, ¿verdad, capitán? —imploró.

—Trata de recuperarte, Fest —le dijo Galvin—. No hay ningún diablo en este barco. Mantén la boca cerrada y no pongas a los otros más nerviosos de lo que ya están. Duerme donde quieras. Ve a ver a McQuarrie y dile que te he autorizado a dormir en una de las cubiertas superiores si así lo prefieres. Ahora tranquilízate. Eres lo bastante grande y fuerte para defenderte.

—No del diablo, señor —puntualizó el hombre mientras salía.

Después de que se fuera Fest, el capitán se giró hacia Kelton con expresión angustiada.

—¿Qué piensa usted? —preguntó.

—Sería todo mucho más sencillo si pudiera creer que se trata de verdad del diablo. Lamentablemente un diablo en persona no existe ni siquiera en mi teología. Hay que buscar a un hombre.

—Haré registrar el barco de proa a popa —prometió Galvin—. Y no es poca cosa, porque tiene un millar de rincones donde un hombre podría esconderse.

—Según parece no está tratando de esconderse —subrayó Kelton —. Haga las indagaciones que crea oportunas, pero dudo que consiga pescarlo. Es escurridizo como una anguila.

—Mañana se registrará el barco palmo a palmo —anunció el capitán.

Llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó el capitán.

—Larsen, señor —fue la respuesta—. Traigo unos telegramas para mister Kelton.

—Entre, por favor.

El mozo entró y le entregó un manojo de mensajes a Kelton.

—Me los llevo a mi camarote —dijo él—, necesito estudiarlos. Mientras, capitán, avíseme si ocurre cualquier cosa.

—Por supuesto. Puede apostar a que esta noche no pegaré ojo — le aseguró Galvin.

De camino a su camarote, Kelton reflexionó: Este último incidente complica mucho más las cosas. Voy de nuevo a la deriva sin timón. Pensaba que tenía las bases de una acusación contra el capitán. Es alto, fuerte, ágil y conoce la embarcación como la palma de su mano. Gracias a su rango puede ir a cualquier parte sin levantar sospechas. Tiene algo en mente. ¿Qué fue lo que dijo Royd? «Es un muy mal asunto, Dave. Debemos mantener la…». Pero yo estaba en el camarote de Galvin cuando Fest, el marinero, dice haber visto los ojos en la bodega, de manera que ¿cómo puedo relacionar ambas

cosas?

Al llegar a su camarote se concentró en las respuestas a sus mensajes.

La más larga estaba firmada por B. Hong.

Mister Hong se definía como una «reserva de datos generales». Nueva York estaba llena de hombres extraños ocupados en asuntos extraños, pero la actividad de mister Hong era la más extravagante de todas. Kelton solía decir de él: «Lo sabe todo, y lo que no sabe lo descubrirá».

Si la pasión de Kelton era hacer preguntas, el trabajo de B. Hong consistía en dar respuestas.

Tenía la oficina, que también era su domicilio, en Mott Street, en el corazón del Chinatown neoyorkino, porque mister Hong era chino. Se había graduado en la Universidad de Pekín, en Cambridge, Edimburgo, Mónaco y Harvard. A cualquiera que se le dijera que tenía cien años lo habría creído, y tampoco se habría mostrado muy escéptico si se le hubiera dicho que tenía mil.

Su residencia estaba ubicada en un escuálido edificio de ladrillos lleno de los intensos olores típicos del Extremo Oriente. Subiendo las escaleras sucias y oscuras se llegaba al último piso y a una puerta en la que colgaba una pequeña placa desgastada con la leyenda: B. HONG. En cuanto se abría la puerta, por un chino increíblemente flaco y arrugado, mister Hong en persona, el visitante tenía la sensación de haberse precipitado por un conducto del carbón y haber acabado en un palacio. Los tapices vistosos, las antiguas estatuas de jade, las gruesas alfombras color ciruela valían un potosí. Ese era mister Hong, que en el curso de su vida había coleccionado muchas cosas, además de datos.

Tenía archivados muchos de esos datos en una inmensa serie de cajas orientales, pero la mayor parte estaba en su cabeza. Utilizaba un ejército de ayudantes que no se dejaban ver nunca y que por lo general pasaban a verle a escondidas, por la tarde o ya de noche. A través de ellos coleccionaba hechos, así como un chamarilero colecciona botellas, zapatos viejos, trapos, y el secreto de un

hombre debía estar realmente bien custodiado para poder ocultárselo a mister Hong.

En su apartamento había guardados informes sobre varios miles de personas. Él sabía por qué Z., el millonario de la Quinta Avenida, ya no vivía con su mujer, y sabía dónde P., el traficante de Canal Street, conseguía su mercancía. Igual que las entidades de crédito comercial son capaces de averiguar con gran exactitud cuál es el estado financiero de un hombre, mister Hong tenía modo de descubrir no solo el estado financiero de alguien, sino todo lo demás, o casi. Era un viejo y querido amigo de Kelton a quien a menudo este pedía ayuda.

Le había mandado por radio el listado de los pasajeros con una lacónica pregunta: «¿Qué sabes de ellos?».

Mister Hong no había conseguido saber nada de los dos novios en luna de miel, mister y miss Johnstone, ni de las tres profesoras, pero en su mensaje prometía procurárselo. Tampoco tenía noticias de mister Varga o de mister Westervelt.

Su informe sobre mister Mond decía: «Rico, excéntrico. Viaja mucho. Antigua familia de Connecticut. En el pasado estuvo ingresado en un psiquiátrico, pero salió curado».

Del capitán Galvin contaba: «Nacido en Yorkshire. Óptima hoja de servicio. Soltero. Sus patrones tienen la máxima confianza en él».

Su mensaje continuaba como sigue:

> La señora indicada como miss Esther Yate es probablemente miss Humphrey Dyson, nacida Esther Yate. Hace diez años era una célebre actriz de teatro, famosa en los escenarios como Esta Yate. Casó en 1913 con Dyson, un avezado empresario del algodón, y se divorció en 1917. Abandonó los escenarios cuando se hizo toxicómana. Por el momento viaja con una dama de compañía. Ninguna información sobre Julia Royd.

Mister Hong había conseguido también detallada información sobre Samuel P. Cleghorn:

> Nacido en Inglaterra en 1881. Llegó a Estados Unidos en los años veinte. No

se sabe nada de su pasado anterior. Empleado en una fábrica de café al por mayor. En el plazo de seis años se convirtió en el gerente. En 1912, junto a Karl Roe y Joseph C. Becker, transformó la fábrica en la Cleghorn, Roe and Becker. Sociedad de enorme éxito. Cleghorn es considerado un hombre de negocios astuto y enérgico, con un patrimonio personal de un millón y medio de dólares. A nivel personal no era muy apreciado debido a su carácter huraño, terco y tiránico. Según Roe y Becker, no tenía enemigos. He avisado a sus socios de la tragedia. Roe zarpa esta noche hacia las Bermudas en la S. S. Tarragonno para hacerse cargo de la supervisión de las investigaciones. Cleghorn tenía una vida privada tranquila. Sin escándalos. Soltero. Vivía en un apartamento de la West 72nd Street con un joven, su sobrino y pupilo, Russell Sangerson. Se dice que recientemente Sangerson lo había abandonado debido a una discusión porque Cleghorn se oponía a su boda con una muchacha de Filadelfia…

Las pulsaciones de Kelton se aceleraron mientras leía la última frase.

—¡El rayo de luz! —exclamó—. Lo único que estaba buscando. ¡Un móvil!

Se guardó los mensajes en el bolsillo de la chaqueta y se levantó. Le esperaba un deber ingrato, pero que debía llevarse a cabo. Salió de su camarote y fue a llamar a la puerta de Russell Sangerson.

—¿Quién es? —La voz era la de alguien con los nervios a flor de piel.

—Soy mister Kelton —dijo él con su tono más afable—. Querría hablar con usted un momento, mister Sangerson.

—No tengo fuerzas para ver a nadie. Estoy mareado y ya me he acostado.

—Lamento profundamente molestarle, pero es un asunto de máxima importancia. Le conviene recibirme.

Siguió una pausa de silencio. Sangerson estaba presumiblemente reflexionando a toda prisa. Al final, en tono poco amable, dijo:

—De acuerdo, pase. —Y descorrió el cerrojo para abrirle.

Volvió a sentarse al borde de la cama, perfectamente vestido, y miró a Kelton con expresión de derrota.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Kelton creía en el efecto psicológico de la sorpresa. Se inclinó hacia el joven y lo miró fijamente.

—¿Por qué ha matado usted a Cleghorn? —preguntó.

Sangerson se tensó y apretó la mandíbula mientras en sus ojos aparecía una expresión desafiante.

—No sé nada.

—Pero usted lo conocía.

—No.

7

Entre la espada y la pared

Matthew Kelton repitió lentamente la pregunta.

—¿Conocía usted a Samuel P. Cleghorn?

—Le he dicho que no —exclamó Russell Sangerson—. Nunca había visto a ese hombre ni había oído hablar de él.

Kelton negó despacio con la cabeza y sonrió tristemente. A veces, interrogando a alguien con tendencia a la obstinación, utilizaba un método socrático del todo suyo. Si no conseguía obtener una respuesta a una pregunta hecha por sorpresa, recurría a métodos más sutiles: tenía la costumbre de lanzar preguntas de apariencia inocente que de manera gradual e imperceptible se acercaban poco a poco a la verdad que trataba de descubrir.

—Lamento haberle abordado así, mister Sangerson —dijo—, pero ya sabe, estoy investigando la muerte de mister Cleghorn y el factor tiempo es esencial, de manera que he tenido que recurrir a estrategias en cierto modo agresivas con la esperanza de conseguir una confesión al pillarlo desprevenido.

—No tiene ningún derecho a hacerme un tercer grado —respondió el joven, desdeñoso.

—Ningún derecho legal, quizá —acordó Kelton—, pero admitirá, creo, que podría tener el derecho moral de hacerlo. No estoy convencido de que el fin justifique siempre los medios, pero creo que quizá los objetivos de la justicia deben perseguirse aun a riesgo de herir momentáneamente la sensibilidad de un inocente.

Sangerson pareció apaciguarse un poco por las razonables palabras y los buenos modales.

—¿Me ofrecería un cigarrillo? —preguntó Kelton.

—Por supuesto.

El joven le tendió un paquete y Kelton vio que había estado en lo cierto: Sangerson fumaba cigarrillos de una conocida y barata marca norteamericana.

—¿Fuma mucho, mister Sangerson? —Fue su siguiente pregunta.

—Poquísimo.

—¿Un par de paquetes al día, quizá?

—Oh, no, mucho menos. No más de diez o doce cigarrillos al día, diría.

—Entiendo. Por lo general yo tampoco soy un fumador empedernido, pero a veces, cuando un problema complicado me absorbe, los consumo a la misma velocidad a la que consigo encenderlos.

—A veces me pasa a mí también —admitió Sangerson.

—Me atrevería a decir —sugirió Kelton con una sonrisa— que en este momento se encuentra usted asediado por un problema bastante complicado.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó apresurado mister Sangerson.

—Mire su cenicero, está a rebosar de colillas.

El joven volvió rápido la cabeza hacia el cenicero que estaba sobre el fregadero.

—Sí, esta noche estoy fumando bastante —admitió, de nuevo con una mirada desafiante en los ojos—. Ahora, si me disculpa, quisiera acostarme. Espero no parecerle un maleducado, mister Kelton, pero no soy precisamente un gran marinero y me siento un poco mareado.

—Me temo que tendrá que concederme aún un minuto, mister Sangerson. Iré directo al grano. Me parece muy tonto por su parte decir una mentira que puede desenmascararse tan fácilmente.

—¿Me está llamando mentiroso? —preguntó Sangerson ofendido.

—Se lo ruego, no se altere —dijo Kelton—. En realidad, no lo considero un mentiroso por naturaleza, en vista de lo mal y lo torpemente que miente. Mire, yo sé que usted conocía a mister Cleghorn.

—¿Qué está tratando de decirme? —preguntó el joven. La actitud serena y segura del interlocutor lo había desconcertado.

—He estado en contacto por radio con Nueva York. Mire, mister Sangerson, soy lo bastante viejo para poder ser su padre y tengo mucha experiencia con gente que acabó teniendo problemas con la ley. Lo que le aconsejo es que me cuente todo. No soy policía, estoy mucho más interesado en la justicia que en la ley. Si es posible trataré de ayudarle… y de ayudar a la joven señora de Filadelfia.

Sangerson se inclinó tapándose la cara con las manos.

—Deme un minuto para reflexionar —pidió—. Tengo el cerebro bloqueado.

Kelton esperó hasta que el joven levantó la cabeza y empezó a hablar.

—Creo que tiene usted razón. Es estúpido tratar de escapar cuando estás entre la espada y la pared. Le contaré mi historia, después haga usted lo que crea oportuno.

—Me parece perfecto.

—Sí, conocía a Samuel P. Cleghorn —declaró Sangerson—. Lo conocía como la palma de mi mano, conocía cada recoveco de su naturaleza cruel y malvada. Yo era su sobrino y su pupilo, y presumiblemente su heredero. Imagino que eso ya lo sabe.

Kelton asintió. Sospechaba que el joven podía ser el heredero de Cleghorn, lo que no jugaba para nada a su favor.

—Estaba en la posición más miserable en la que un hombre se haya encontrado jamás —continuó Sangerson—. Algunos me creían afortunado, pero ¿qué sabían ellos? Cleghorn quería dejarme su patrimonio. Sí, quizá. Continuamente me lo paseaba por delante de los ojos… para retirarlo de golpe después. No pasaba un día sin que me amenazase con desheredarme si no le obedecía en las cuestiones más insignificantes. Era un hombre despiadado y cruel, mister Kelton. Pregunte a cualquiera que lo conociese. No he visto nunca a una persona más egocéntrica. Todo lo que le pertenecía era perfecto, mientras que cualquier cosa que le perteneciese a otro no valía absolutamente nada. Lo llaman complejo de Napoleón, creo, y

la suya era una forma de verdad grave. Era un tirano, eso es lo que era, y a mí, desde niño, siempre me dio miedo.

—¿Cómo llegó a vivir con Cleghorn? —intervino Kelton.

—No lo sé. Yo era muy pequeño. No sé nada de mis padres y él nunca quiso decirme nada. Cuando era un chiquillo me mandó a un colegio, y más adelante al Andover. He tenido una adolescencia horrible. Mi tío era un auténtico tacaño. Era rico porque no gastaba nunca en nada. Nunca me dio dinero para mis gastos, y me compraba siempre la ropa más barata. «¡Si quieres dinero, trabaja! —me decía—. Yo tuve que hacerlo desde bien pequeño, en York». Me acosaba constantemente, tanto que me sorprende que aún me quede algo de voluntad. La casa en la que vivíamos era ruinosa y destartalada, y ningún criado duraba mucho tiempo con nosotros por lo muy agobiante y avaro que Cleghorn era. A menudo, antes de ser alto y fuerte como él, me pegaba. ¡Dios, cómo lo odiaba!

El joven ahogó un sollozo.

—Continúe, se lo ruego —solicitó dulcemente Kelton.

—Yo quería ser arquitecto —contó Sangerson—, pero él insistía en que entrara en el negocio del café. Cuando eres joven y estás aterrorizado por una persona tiránica y mayor es difícil tener una mente independiente. Fui a Yale y me apunté a escondidas a todos los cursos de arquitectura que pude, pero, después de licenciarme, quiso que entrara a trabajar en su oficina. Me trataba como si fuera un objeto de su propiedad y pudiera hacer conmigo lo que le placiera. Dadas las circunstancias, era lógico que yo odiara aquel trabajo: me obligaba a hacer horarios masacrantes y a estar siempre a su entera disposición, y no dudaba nunca en humillarme y reñirme delante de sus otros esclavos. Una noche me dijo: «Es hora de que te cases. Te ahorraré un montón de problemas buscándote yo mismo una mujer adecuada». Fue propio de él ordenarme que me casara con el mismo desparpajo con el que me habría mandado a traerle la pipa. Pasó luego a decirme que la muchacha que tenía en mente era una tal miss Gorse, la hija de un hombre de quien usted seguro ha oído hablar, Franklin Gorse, el rey del café. Comprendí de

inmediato lo que tenía en la cabeza. Desde luego no le importaba para nada mi felicidad ni mi bienestar. El viejo mister Gorse es una auténtica potencia en el mercado del café, un multimillonario, y a Cleghorn le venía de perlas vincularse a él. Yo no sabía nada de miss Gorse, podría perfectamente ser tan fascinante como rica, pero sí sabía que estaba enamorado de otra, una chica que conocí en un viaje de negocios a Filadelfia, la única persona que ha sido de verdad amable conmigo en toda mi vida…, una chica pobre que se ganaba el sueldo escribiendo eslóganes publicitarios para unos grandes almacenes…

—¿Miss Imlay? —preguntó Kelton.

Sangerson apretó los dientes y asintió.

—Sí, Pauline Imlay —confirmó—. Cometí el error de hablar de ella a mi tío, que reaccionó con uno de sus ataques de ira. Dijo que ella quería casarse para meter mano al dinero, que yo no era nadie. Y que él había hecho mucho por mí y que no iba quedarse viendo cómo hacía el papanatas. Miss Gorse tenía cierta posición social, además de riqueza, mientras que esta chica, él no la llamaba así, no tenía nada, y yo era un joven idiota y testarudo. Continuó con ese discurso. Por primera vez en mi vida conseguí hacerme valer, le dije que jamás me casaría con alguien que no amara. Casi llegamos a las manos, y entonces me fui de su casa.

El joven suspiró.

—Si hubiera tenido un poco de nervio lo habría abandonado para siempre; pero ya ve, él nunca permitió que aprendiera a valerme por mí mismo. Hablé del tema con Pauline. Ella tiene más carácter que yo, y creo que odiaba a mi tío tanto como yo incluso sin haberlo visto nunca y sabiendo de él solo de oídas. Decidimos valorar la situación de manera práctica. Yo no tenía trabajo ni dinero, ella tenía un empleo mal pagado y era la única ayuda de su madre, una inválida crónica. Además, estaba endeudada para pagar las facturas del médico. Nuestra situación no era fácil. Busqué un empleo y cometí el error de contar dónde había trabajado antes; ellos escribieron a mi tío y él les respondió que yo era un inútil, un

incompetente deshonesto, lo cual era una mentira cruel. Ya sabe, no quería perder su poder sobre mí. Una vez le oí jactarse de que cuando ponía las garras sobre algo, fuera un hombre o un penique, ya no lo soltaba. La característica principal de su carácter era el deseo de dominar a las personas. Luego se me ocurrió una idea que solo ahora veo cuán estúpida era. Según Pauline, me había pasado la vida tratando de complacer a mi tío y me había ganado ampliamente mi herencia. Sería del todo estúpido, decía, enemistármelo en este momento, siempre que él no convirtiera la situación en algo insostenible. Al menos debía darle una oportunidad de limar nuestras diferencias. «Podría hacerlo cambiar de opinión si consiguiera conocerlo y hablar con él», me dijo ella. Así que se me ocurrió una idea absurda, romántica. Sabe, estaba…, estoy perdidamente enamorado de ella. Pensaba que nadie podría menospreciar a una muchacha tan encantadora, inteligente, perfecta…

—Sería difícil —acordó Kelton—. Me ha parecido una persona espléndida.

—Y de hecho lo es. En fin, mi idea era organizar un encuentro casual de mi tío y Pauline. Sabía perfectamente que si la llevaba para presentársela él perdería los nervios y montaría una penosa escena, así que pergeñamos el plan: ella viajaría a las Bermudas, donde él solía pasar dos semanas al año jugando al golf, a bordo del mismo barco. Pauline consiguió un permiso en su trabajo y pedimos un préstamo para pagar el viaje. Volví a ver a mi tío y le dije que me había precipitado un poco y que quería acompañarlo en su viaje para discutir la situación con él. Se alegró porque creyó que me había vencido, además, necesitaba de mí como pareja de golf. Era un rasgo típico suyo odiar la derrota, hacer trampas cuando podía e insistir en todo hasta la extenuación. Así que reservé plaza en este barco. Según el plan, Pauline tendría que conocerlo y averiguar si podía entablar una amistad con él mientras yo fingía no conocerla. Estaba seguro de que ella se ganaría su confianza y su aprobación, y después de eso todo sería coser y cantar para nosotros.

Sangerson se detuvo.

—Continúe —le instó Kelton.

—No va a ser fácil para mí relatar el resto —gimió el joven—, pero es mejor que lo haga. Partimos, y mi tío parecía casi humano, al límite de sus posibilidades. Había pagado unas vacaciones y su intención era disfrutarlas, dijo. Conoció a Pauline, ella organizó todo de manera que pareciese uno de esos encuentros casuales que se dan en los viajes, y charlaron un rato. A continuación, ella metió por debajo de la puerta de mi camarote una nota que decía: «Buenas noticias, querido Russell, estoy haciendo progresos con tu tío. Pauline». En ese momento yo no estaba, de manera que cuando mi tío entró para buscarme, descubrió la nota y la leyó. Cuando volví, me llamó a su camarote. De inmediato entendí que habíamos sido descubiertos. No lo había visto nunca así de furioso. Empezó diciendo que no había cosa que odiara más en el mundo que un imbécil intentando engañarlo. Agitaba la nota delante de mi cara. Dijo que me iba a demostrar que a él no se le podía engañar. Que en cuanto llegara a Nueva York cambiaría el testamento y no me iba a dejar ni un céntimo. Gritó, imprecó, arremetiendo contra mí y contra Pauline. Le dirigió un apelativo obsceno y desde ese momento ya no vi nada más. Toda mi rabia reprimida durante veinticuatro años salió de golpe. Lo llamé prepotente, cobarde y bruto inhumano. Él era un hombre fuerte y se abalanzó sobre mí para tirarme al suelo o echarme del camarote. Yo perdí el control ciego de rabia. Cuando me alcanzó, le golpeé con todas mis fuerzas. Reculó trastabillando, luego volvió a la carga de nuevo. Peleamos: yo era demasiado fuerte para él. Le golpeé una y otra vez, una y otra vez…

—¿Con qué? —intervino Kelton.

—No lo sé. Con los puños, al principio, después con algo pesado, quizá la frasca del agua. Cayó al suelo de espaldas, inconsciente; pensé que había perdido la cabeza y salí huyendo. No supe que había muerto hasta que usted lo anunció durante la cena.

Sangerson se cogió la cabeza con las manos.

—¿A qué hora fue la refriega?

—No se lo puedo decir con seguridad. Al caer la tarde…, sobre las cuatro y media, quizá. —El joven se dejó caer en la cama con el ademán impotente de un hombre exhausto—. Y eso es todo —concluyó con voz grave—. ¿Y ahora qué va a hacer?

—Nada —replicó Kelton—. En todo caso, no ahora. Dígame, ¿se lo ha contado a miss Imlay?

—No, no he tenido valor. Pero ella lo sospecha.

—Imagino. De acuerdo, escuche, no hable de lo ocurrido con ella ni con nadie hasta que yo le diga que puede hacerlo. Quédese en su cabina y trate de dormir un poco si puede. Este caso me ha sido encomendado a mí y tengo intención de gestionarlo a mi manera.

—¿Puede usted ayudarme? —preguntó el joven, suplicante.

—No lo sé, aún no lo sé. Por el momento solo puedo decirle que cuenta con toda mi comprensión. Se habrá percatado de que se trata de un asunto de extrema gravedad y tengo que reflexionar con suma atención.

—Fue en defensa propia —precisó Sangerson.

—Lo tendré en la debida consideración —prometió Kelton—. Ahora debo irme. Recuerde lo que le he dicho: no hable y trate de no preocuparse. Buenas noches.

Salió y volvió a su camarote.

Un homicidio en altamar, iba pensando, presenta al menos una ventaja para el investigador respecto a los que se cometen en tierra firme: el asesino, ya sea reo confeso o sea descubierto, no puede ir muy lejos. En fin, este caso ha resultado ser más simple de lo previsto. Tenía todas las características de un enigma extraño e intrincado, de un rompecabezas prometedor. En realidad, me decepciona que la solución sea tan simple y banal, pero, bueno, en fin, ya habrá otros…

Pobre Sangerson, qué vida más desgraciada ha tenido. Su relato sobre qué tipo de hombre había sido Cleghorn me ha parecido auténtico. Y luego, mientras tiende la mano hacia la primera y verdadera felicidad de su vida, sucede esto. No quiero creerlo, eso es todo.

En los ojos le brilló un destello, señal de una idea apenas esbozada.

¡Supongamos que no me lo creo!, se dijo. Su versión de los hechos es sensata, incluye un móvil, oportunidad, todo, pero, maldición, es demasiado perfecta. Esa muchacha de verdad parece estupenda, y si no lo es todos mis años de experiencia juzgando a las personas no han servido de nada. Esta tragedia le romperá el corazón. En cuanto a él…, bueno, tengo que confiar en mi instinto, aunque parezca contradecir los hechos. En definitiva, el joven me ha gustado incluso mientras contaba cómo había tumbado a su tío. Es un tipo sincero y sensible. Puede haber cometido un acto así en pleno arrebato pasional, pero dudo que pudiera relatarlo como acaba de hacer, de forma ponderada y con poquísimos indicios de arrepentimiento. Creo que voy a suponer que en este asunto hay algo más, un elemento sutil y profundo del que todavía no sé nada. Ese elemento podría perfectamente no existir, naturalmente, pero tratar de encontrarlo me tendrá ocupado. Por otro lado, están los ojos…

Para Kelton, tener una idea implicaba actuar de acuerdo a ella. Se levantó y se dirigió al camarote de Pauline Imlay. Llamó a la puerta.

—¿Quién es? —respondió una voz rota.

—Mister Kelton. ¿Puede usted recibirme unos minutos?

—Adelante, mister Kelton —dijo Pauline Imlay—. Estaba esperando su visita.

8

Nuevos nudos en la madeja

Aún no se había acostado y estaba perfectamente vestida. Tenía el rostro crispado y los ojos rojos de quien acaba de llorar.

Kelton entró en el camarote e inclinó la cabeza.

—Lamento profundamente molestarla a esta hora, miss Imlay —dijo—. La cuestión que debo tratar con usted es urgente e importante. Esa es mi excusa.

—Comprendo —respondió Pauline Imlay—. Tome asiento, por favor.

—Gracias —dijo él acomodándose—. Acaba usted de decir que esperaba mi visita. ¿Por qué?

—Sé que está indagando la tragedia acaecida en este barco —explicó la joven—. Sé que es famoso por su minuciosidad, de manera que suponía que iba a interrogar a todos los pasajeros.

—Entonces, ¿había oído usted hablar de mí? —preguntó Kelton a su pesar, pues nunca había dado pábulo a la publicidad—. ¿Cómo?

—A través de mi tío, Andrew Glenning. Durante un tiempo fue jefe de la policía de Nueva York, y hablaba a menudo de usted.

—Entiendo. Así que es usted la sobrina de Glenning. El servicio público perdió a un funcionario muy competente e inteligente cuando murió. Espero que no le moleste, miss Imlay, si le hago algunas preguntas.

—Haré lo que esté en mi mano por responderle.

Estaba recurriendo a toda la fuerza de voluntad que le quedaba para parecer serena. Una muchacha de verdad valiente, pensó él.

—Primero quiero hacerle una que puede parecerle tonta. ¿Usa usted algún perfume?

—Eh, sí.

—¿Cuál?

—Pues ahora mismo Noche de Rosas.

—Comprendo.

—Resulta extraño que me lo pregunte usted, mister Kelton.

—¿Por qué?

—Porque traje conmigo un frasquito, y estoy segura de haberlo dejado junto al lavabo, me eché unas gotas justo antes de la cena, y ahora ha desaparecido.

—¿Está segura?

—Segurísima.

—¿Lo ha buscado?

—Sí, por todas partes. Pero ¿por qué me pregunta por el perfume?

—Permítame que sea yo quien haga las preguntas —respondió él con una sonrisa—. Se trata simplemente de un detalle que me interesa. Ahora dígame, conoce usted a Russell Sangerson, ¿verdad?

La muchacha era una excelente actriz.

—¿A mister Sangerson? ¿No es el joven que estaba sentado frente a mí durante la cena? No me refiero al desagradable tipo grueso, sino al joven alto y moreno.

—Vamos, miss Imlay, dejémonos de juegos. Será mejor que le diga que sé perfectamente que lo conoce, que incluso está prometida con él, en realidad.

La compostura de la muchacha recibió un duro golpe.

—¿Quién se lo ha dicho? —exclamó.

—El propio mister Sangerson no hace más de veinte minutos.

—¿Lo ha visto? —respondió con esfuerzo.

—Sí.

Hubo un instante de silencio doloroso.

—Quizá también le ha explicado por qué consideramos ocultar que nos conocemos.

—Miss Imlay —replicó Kelton—, siento tener que decirle que he tenido una larga conversación a corazón abierto con Russell Sangerson, y que él me lo ha contado… todo.

—¿Todo? —dijo ella con voz trémula.

Kelton asintió.

La muchacha se mordía los labios tratando de ahogar los sollozos.

—¿Qué… qué le ha contado? —consiguió articular.

—Toda la historia de su vida con Cleghorn, su pequeño plan para conquistar su favor y también el desenlace desastroso que ha tenido —respondió Kelton, a quien la entrevista le estaba pareciendo tan violenta como a ella.

—¿El desastroso desenlace? —balbuceó miss Imlay—. ¿Piensa que ha sido Russell?

—Lo ha admitido, miss Imlay.

Pauline ya no consiguió contener el llanto.

—Oh, no ha sido él. Jamás habría sido capaz. Es el hombre más bueno y amable del mundo. Tenía motivos suficientes para discutir con su tío, eso hasta el cielo lo sabe, pero él no lo mató.

Empezó a sollozar, y cuando consiguió volver a hablar lo hizo con una voz sorprendentemente serena.

—Sé que no ha sido Russell. Estoy totalmente segura.

—¿Y cómo lo sabe, miss Imlay?

—Lo sé porque he sido yo.

—¿Usted? —Kelton se quedó atónito.

—Sí.

—Cálmese, miss Imlay. ¿Se da cuenta de lo que está diciendo?

—Sí. —Había dejado de llorar y habló con el tono de quien está haciendo acopio de todos sus recursos para afrontar una situación desesperada—. Solo yo soy la responsable de la muerte de mister Cleghorn.

—¿Quiere decirme cómo ha sucedido?

—Exacto, *sucedido*, esa es la palabra justa. No lo he hecho a propósito. Verá, ha habido una discusión, una discusión muy violenta entre Russell y su tío en el camarote de este último. Yo estaba en el mío… y los oí…

—¿Qué estaban diciendo?

—No conseguí distinguir las palabras. Sé que estaban gritando furiosamente, luego escuché ruidos, como si estuvieran peleando.

Temí por Russell, así que corrí a ver qué pasaba. Se estaban pegando… y mister Cleghorn lo tenía cogido por el cuello. Temí que lo estuviera estrangulando, estaba inclinado hacia delante, la nuca hacia la puerta, y Russell estaba tirado en el suelo debajo de él. Luego… luego golpeé a mister Cleghorn con todas mis fuerzas…

—¿Con qué?

—Con una de las mazas de golf, que estaban en la bolsa que había en el rincón. La cogí y lo golpeé, no sé cuántas veces, hasta que soltó el cuello de Russell y cayó desvanecido al suelo. Luego salí huyendo.

—¿A dónde fue?

—A cubierta.

—¿Y qué hizo?

—Hablé con miss Cobb y las otras señoras de Boston.

—¿Cuánto rato?

—Hasta pocos minutos antes de la cena —respondió ella.

—¿Sabría decirme, miss Imlay, la hora exacta en la que estaba usted en el camarote B?

La joven dudó.

—No sabría —dijo—, a media tarde, creo. Estaba demasiado alterada para fijarme en eso.

—¿Sobre las dos y media, quizá? —sugirió Kelton.

—Más o menos, sí.

—¿Sabe qué ha podido pasar con la nota?

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿Nota? ¿Qué nota? No, no sé nada.

—Ahora vuelvo —anunció de golpe Kelton.

—¿No tiene intención de arrestarme?

—No. No podría aunque quisiera… y no quiero.

—¿Por qué? Soy yo la culpable, se lo he dicho. Russell ha intentado arrogarse la culpa para protegerme.

Kelton habló en tono grave.

—Es usted una mujer valiente, miss Imlay —afirmó—, y haré lo que pueda para asegurarme de que no sufra de ninguna manera.

—¿Y tampoco Russell?

—Tampoco Russell. Le diré lo que acabo de decirle a él: mantenga la calma y no hable con nadie. La situación es grave, pero puede que haya una escapatoria… y si la hay tengo la intención de encontrarla.

—Es usted muy amable —dijo y se echó a llorar.

—Trato de serlo —rebatió Kelton—, y trato de ser justo. En fin, buenas noches por ahora. Y recuerde, mantenga la calma.

En cuanto salió del camarote se detuvo un instante, murmurando para sí. Mujer valiente, se dijo, ¡santo cielo, esta noche en este barco se están contando toda suerte de mentiras!

Volvió a su camarote para reflexionar sobre el nuevo nudo de la madeja.

Había escuchado dos confesiones de culpa. Si una de las dos era verdad, la otra obviamente no lo era. El relato de miss Imlay era a todas luces inventado de arriba abajo y hacía aguas por todas partes. Las heridas que habían causado la muerte de Cleghorn no se debían a un golpe de maza de golf manejada por una mujer de corpulencia frágil; en realidad sería casi imposible para cualquiera describir un arco amplio con la maza en un espacio tan angosto como el del camarote B. Por otra parte, él había examinado las mazas y estaban todas colocadas en su bolsa y nada indicaba que hubieran sido utilizadas para dar muerte a un hombre. En definitiva, y como detalle concluyente, miss Imlay había ubicado la tragedia en el camarote B a media tarde. Existía un testimonio directo de Larsen, el mozo, según el cual Cleghorn había hablado con él sobre las cinco; a esa hora la muchacha estaba en cubierta charlando con las profesoras, había dicho, y ellas confirmarían sin lugar a duda el encuentro. Sí, miss Imlay se había inventado todo de manera apresurada. Había tratado de adivinar la hora y la forma de la muerte de Cleghorn y había fallado estrepitosamente su objetivo. Ella no era la culpable, pero ¿y Sangerson?

Miss Imlay había mentido en el intento de salvar al hombre que amaba… y solo había conseguido hacer más sólido el motivo de

acusación contra él. Y encima, no sabía nada de la nota que Sangerson le había atribuido: se había quedado tan desconcertada cuando oyó que Kelton la mencionaba, que ahora estaba seguro de que no había habido ninguna nota. Las versiones de los hechos de ambos jóvenes no encajaban, lo que lo obligaba a concluir con cierta reluctancia que Sangerson estaba diciendo la verdad y era él el asesino. En su historia solo había una incongruencia: Sangerson había ubicado el homicidio a última hora de la tarde, las cuatro y media, cuando en realidad había ocurrido después de las cinco. Quizá se equivocaba, o quizá se equivocaba Larsen.

Después, Kelton volvió a pensar en los ojos. Sangerson podía haber dejado a su tío fuera de combate durante una pelea, pero ¿por qué entonces, unas horas después, se habría puesto a deambular por el barco, asustando a miss Yate espiándola por el ojo de buey, tirando al suelo a miss Cobb, persiguiendo al marinero aterrorizado, Fest, en la bodega del barco? El cúmulo de colillas en su camarote parecía una tácita confirmación de que él había permanecido allí toda la tarde. No, el caso no estaba todavía cerrado.

—No quiero declarar concluido este tema…, todavía no —afirmó Kelton con resolución—. Tengo intención de encontrar esos ojos.

Decidió volver al camarote del capitán Galvin para ver si había alguna novedad, y también para comprobar si habían llegado más mensajes por radio.

Empezó a subir la escalera metálica que llevaba a la cubierta de popa. Avanzaba con paso ligero, cerca de la barandilla, alerta como un cazador persiguiendo un tigre herido entre la hierba alta. En un determinado punto se paró y se quedó perfectamente inmóvil, como un sabueso: había oído algo, algo parecido a la respiración profunda y ruidosa de un enorme animal, luego un gemido, un gemido humano, contenido y ahogado. Se quedó en silencio, rígido, a la espera.

El ruido, la respiración seguida del gemido, se repitió y le pareció muy cercano en la oscuridad de la noche.

Trató de aguzar la vista y el oído intentando distinguir la fuente. Lo oyó de nuevo. No parecía venir de cubierta, sino justo de encima de él. Levantó los ojos. Un poco más adelante, suspendido a un par de metros, había un bote de salvamento colgado en sus cabrestantes. Ahora estaba seguro: el ruido provenía de allí. Se acercó sigiloso, cautamente, impulsado por la curiosidad. Con extrema delicadeza levantó una mano y enrolló un pico de la lona que cubría la embarcación. Entretanto, el gemido se transformó en un grito aterrado y una cabeza, una cabeza masculina, asomó de golpe por uno de los laterales.

—Si se mueve, disparo —gritó Kelton reculando, aunque no llevaba armas.

—Por Dios, señor —dijo una voz temblorosa—, me ha pegado un susto del diablo. No me dispare. No haré nada.

—¿Quién es usted? —dijo Kelton.

—Gabe Fest, marinero de primera, señor.

—¿Qué haces aquí?

—Intento dormir, señor.

Kelton se relajó.

—Comprendo —dijo—. De acuerdo, Fest. Disculpa si te he molestado. Imagino que estabas teniendo una pesadilla.

—No estoy mintiendo, señor —replicó el marinero—. Un hombre no puede ver al diablo, tirarse al mar y luego dormir bien. He pensado que este bote sería un lugar seguro para esconderme, si el diablo sale a cazar de nuevo.

—Vuelve a dormir —le sugirió Kelton—, y no te preocupes por el diablo, ya nos ocupamos nosotros.

—Gracias, señor.

La mancha negra en la noche representada por la cabeza de Fest se retiró bajo la lona. A Kelton le recordó a una tortuga gigante escondiéndose en su caparazón. Se encaminó de nuevo al camarote del capitán.

Lo encontró con las luces encendidas y sumido en el silencio. En cuanto llamó a la puerta oyó un golpe seco, el tipo de ruido

producido, pensó, por el cajón de un escritorio cerrado de golpe.

—¿Quién es? —preguntó la voz del capitán.

—Kelton.

—Entre, por favor.

Cuando cruzó el umbral se quedó de piedra: notó de inmediato que en el capitán Galvin se había producido un cambio drástico. Lo había juzgado un hombre robusto, sólido, con los nervios templados que acompañan a un cuerpo sano y vigoroso. Cierto, ahora estaba sometido a fuertes presiones debidas a la serie de acontecimientos extraordinarios ocurridos en su barco ese día, pero al principio le había parecido totalmente capaz de afrontar la tensión. Ahora, en cambio, parecía derrotado de golpe, al borde del derrumbe. Tenía el rostro tenso, hablaba a trompicones y continuamente manoseaba los botones de la chaqueta o se pasaba la mano por la despeinada cabellera.

—¿Alguna novedad, Kelton? —preguntó—. He recibido un telegrama del Tarragonno según el cual mister Roe, uno de los socios de Cleghorn, está de camino a las Bermudas con un detective para ocuparse del caso. Ofrece una recompensa de cincuenta mil dólares por el arresto del asesino.

—Muy bien. Cuando llegue el Tarragonno le pasaré la investigación al profesional.

—Dudo que consigamos llegar a las Bermudas antes que ellos a esta velocidad —puntualizó el capitán—. Ese buque es mucho más grande y rápido que el nuestro. La parada para salvar al marinero nos ha hecho acumular retraso, y además parece que hay algún problema con los motores.

Se pasó otra vez una de sus manazas por el cabello.

—¿Ha tenido suerte con sus mensajes, mister Kelton? —le preguntó.

—Un poco. Un rayo de luz en todo caso.

—¿Cuál?

Galvin se acercó a su interlocutor e hizo la pregunta con una voz que vibraba de interés.

—Aún no puedo decírselo —se disculpó Kelton—. Perdone si doy la impresión de querer dejarle a oscuras, pero, si lo recuerda, acepté investigar el caso a cambio de poder hacerlo según mis métodos. Prefiero no actuar nunca basándome en un solo indicio, por muy potente que pueda ser, hasta no haberlo comprobado bien. Mañana espero tener algo seguro que contarle. Quizá le pediré que haga un arresto, me complace la idea de tener un prisionero listo para entregar a ese detective de Nueva York cuando lleguemos a las Bermudas.

—Usted es el experto —admitió el capitán a todas luces decepcionado—. Entonces, ¿cree haber identificado a nuestro hombre?

—He encontrado algunas pruebas en ese sentido —afirmó Kelton —, pero no me convencen del todo. Le diré que mi descubrimiento más importante hasta el momento tiene que ver con el móvil.

El rostro del capitán Galvin se crispó.

—Mister Kelton —dijo—, quiero que me prometa una cosa. Le pido que antes de hacer pública cualquier noticia, me la haga saber a mí. Si los hechos descubiertos por usted justifican un arresto, como capitán de este barco tengo el poder de hacerlo y así lo haré. Pero venga a decirme el nombre del culpable antes de revelarlo a quien sea, ¿de acuerdo?

Parecía desesperadamente angustiado.

—Sí, así lo haré —prometió Kelton.

Galvin, cuyo rostro estaba cubierto por las arrugas de una intensa reflexión, se aclaró la garganta como si quisiera hablar, pero luego se echó atrás. Finalmente, tratando de recuperar la actitud desenvuelta de siempre, dijo:

—Supongo que habrá descartado a las señoras y al joven…, ¿cómo se llama?

—¿Se refiere a Sangerson? —preguntó Kelton.

—Exacto. A mí me parece un tipo decente.

Kelton se preguntó a dónde quería ir a parar el otro. Con esas formas torpes e inexpertas típicas de quien habitualmente va directo

al grano parecía estar buscando una información. Pero ¿cómo es que había citado a Sangerson? Le dio una respuesta evasiva.

—Casi todos los hombres parecen decentes —subrayó—. Mi deber es descubrir qué se esconde detrás de la fachada que ofrecen al mundo. No se preocupe, capitán, no tengo costumbre de llegar a conclusiones precipitadas. Ahora le deseo buenas noches. Ambos necesitamos descansar. Hoy he estado demasiado activo para ser un viejete.

—¿Descansar? —repitió Galvin abatido—. Me gustaría tanto…, pero ¿cómo voy cerrar los ojos en este barco? Es tan relajante como un campo de batalla. En fin, buenas noches, mister Kelton.

—¿Tiene la hora exacta? —le pidió—. Quiero poner en hora el reloj.

El capitán sacó el suyo, un antiguo reloj de oro de bolsillo, y lo consultó.

—Santo cielo, faltan tres minutos para la una.

Estaba a punto de cerrar la tapa cuando algo se cayó del reloj y flotó hasta el suelo, posándose casi a los pies de Kelton. Era un trozo de papel redondo y grande como un dólar de plata. Se agachó a recogerlo y mientras se lo devolvía al capitán vio que se trataba de una fotografía, la fotografía de una mujer, o mejor dicho de una muchacha, descolorida y amarillenta por el tiempo. La vio solo de manera fugaz, pero tuvo la impresión de que aquel rostro tenía algo que le resultaba familiar, en la forma de los ojos había algo que él ya había visto en otro rostro. Se la devolvió sin hacer comentarios al capitán, que se había ruborizado violentamente.

—La sobrina favorita —confesó y cerró el reloj de golpe.

Kelton se llevó consigo tres nuevas preguntas que necesitaban respuesta. Primera: ¿por qué el capitán llevaba en el reloj una vieja foto sin pegarla a la tapa? Posible respuesta: porque la había conseguido hacía poco y no había tenido tiempo de hacerlo. Segunda: puesto que una foto del mismo tamaño había aparecido en el reloj del muerto, Cleghorn, ¿acaso se trataba de la misma? Y si sí, ¿por qué era tan importante? Tercera: ¿quién aparecía en la foto? Las fotografías, sobre todo las viejas, son engañosas; sin embargo,

aquellos ojos se parecían mucho a los de la enfermera Julia Royd.

Después, había que tener en cuenta que el capitán había citado a Sangerson y estaba claramente preocupado. Otra pregunta enmarañada.

De vuelta a su camarote, Kelton se detuvo en la sala de radio. La puerta estaba cerrada con llave y el operador, Haley, la abrió con expresión suspicaz en el rostro y una enorme llave inglesa en la mano.

—Oh, es usted, mister Kelton —dijo aliviado.

—Vengo a ver si ha llegado algún otro mensaje.

—No, señor, ningún mensaje, pero creo que el fulano ese forzudo ha vuelto a estar rondando por aquí.

—¿El que intentó destruir la radio?

—Sí.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Kelton alterado.

—Nada importante esta vez —respondió Haley—. Un pequeño robo, nada más.

—Cuénteme.

—Hace media hora o así, quizá veinte minutos, el capitán Galvin me pidió que fuera a su cabina a revisar el teléfono porque la comunicación con la sala de motores no iba bien. Verá, en un barco como este el radiotelegrafista debe saberlo todo sobre electricidad y ser capaz de resolver percances con el teléfono, los timbres y esas cosas. Bueno, me dirigí a su camarote, revisé el teléfono y me dio la impresión de que todo funcionaba perfectamente, así que limpié un par de bornes y lo volví a montar. Después volví aquí. ¿Ve usted esa caja fuerte?

La mirada de Kelton se giró hacia la caja fuerte en el rincón que le indicaban.

—Ahí es donde guardo las copias de los mensajes de radio —continuó Haley—. Cuando llega uno hago una copia para el destinatario y otra en carbón para mi archivo, que guardo en esa caja fuerte. Bien, pues al volver aquí, tuve que consultar una cosa y me di cuenta enseguida de que durante mi ausencia alguien había

metido mano…, alguien con una prisa diabólica, además. Las revisé y descubrí que las copias que habían desaparecido eran las de los mensajes dirigidos a usted.

—¿De verdad? ¿Y alguna cosa más?

—No, señor, solo sus mensajes.

—Dígame, Haley, ¿dónde estaba el capitán mientras le examinaba el teléfono?

—No lo sé, señor. No estaba en el camarote.

—Comprendo. ¿Cómo han abierto la caja fuerte?

—La abrió alguien que conocía la combinación.

—¿Quién la conoce?

—Solo tres personas, señor: el jefe de los radiotelegrafistas de línea, que la tiene en su oficina de Liverpool, yo y el capitán Galvin.

—Comprendo. En fin, espero que tenga usted los ojos bien abiertos en el caso de que nuestro curioso amigo pase de nuevo por aquí.

Haley agitó en el aire la enorme llave inglesa.

—Como lo pille le voy a quitar las ganas de meter las narices donde no lo llaman —anunció—. Si recibo mensajes para usted, se los haré llegar con el mozo.

—Perfecto, gracias. Buenas noches.

Kelton estaba absorto en sus cavilaciones de regreso a su camarote. Se encontraba afrontando una de las cosas más engañosas del mundo, es decir, un conjunto de pruebas circunstanciales. Las encajó poco a poco. El capitán Galvin había cerrado el cajón de un golpe antes de abrirle la puerta. Obviamente, lo había hecho para ocultar algo. ¿Qué? Se había comportado como si supiera de los mensajes de radio, sobre todo en lo relacionado con Russell Sangerson. Había tenido la oportunidad de robarlos mientras Haley trabajaba en su teléfono. Conocía la combinación de seguridad. Parecía lógico suponer que hubiera sido él quien había sustraído los mensajes. Pero, aunque así fuera, se planteaba un gran misterio: ¿por qué lo había hecho?

Kelton se lo estaba preguntando cuando llegó a su puerta y se

detuvo de repente antes de poner la mano en el pomo. Sus orejas sensibles habían captado un leve ruido dentro, el ruido de unos pasos sigilosos. Dentro del camarote había alguien.

9

Una visita nocturna

Kelton abrió la puerta sin la menor vacilación. Su camarote estaba inmerso en la oscuridad, pero débilmente iluminado por la claridad del pasillo. Vio la silueta oscura de un hombre alto en la penumbra y consiguió distinguir el brillo casi fosforescente de los ojos. Su mano encontró el interruptor junto al umbral, lo pulsó y la estancia se llenó de luz.

—Bueno, bueno, aquí tenemos a mister Kelton —dijo el hombre con el mismo tono desenvuelto con el que habría saludado a un amigo en la Quinta Avenida—. Buenas noches, señor.

Era la voz de mister Mond.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó mister Kelton con furia.

—Es solo una visita informal —explicó mister Mond—. Se lo ruego, no diga que no se alegra de verme. Soy muy sensible.

—¡Bah! Su sensibilidad, por lo visto, no le impide andar curioseando en los camarotes de los demás. Exijo una explicación, mister Mond.

—¡Oh, las explicaciones me agotan! —exclamó alegremente Mond —. Los grandes hombres no se explican nunca. Hacen cualquier cosa y hecha está, y no hay necesidad de añadir nada más. Las explicaciones son un desperdicio de tiempo.

—Exijo saber qué hacía en mi camarote —replicó Kelton con severidad.

—Calma, no se enfade, mister Kelton. Un verdadero hombre es aquel que es capaz de sonreír. He venido para charlar un poco y, al no encontrarlo, he decidido esperar… y al ser un amante de los placeres sencillos, me he divertido deambulando por aquí, a oscuras. Venga, cuente todas sus corbatas, verá que no he robado ninguna.

Además, tengo más de quinientas. Y mire, como quiero demostrarle mi amistad, le regalo esta.

Mister Mond, con un único y rápido movimiento, se quitó la elegante corbata y se la ofreció. Kelton, medio divertido medio enfadado, observó la enorme figura frente a él.

—¿Ha venido aquí a charlar? —preguntó. Era obvio que de nada serviría hacer reproches a su flemático y sonriente interlocutor, que se había despanzurrado con toda comodidad en la única butaca del camarote.

—Soy un filósofo —afirmó Mond—. He llamado a mi escuela «mundismo hedonista-sibarítico». Reúne las características más valiosas de Platón, Kant, Spinoza, Nietzsche y Dewey con algunos oropeles exóticos de mi cosecha…

—Empieza a hacerse tarde, mister Mond —dijo Kelton.

—Le ruego que no me meta prisa —respondió Mond amablemente —. La prisa mata a los hombres. Uno de los lemas de mi filosofía es que no existe placer más exquisito que ocuparse de los asuntos de otro. No es asunto mío si un desdichado caballero elige que lo maten a golpes en un camarote de este barco, pero el acontecimiento me fascina. Ardo en deseos de saber el porqué y el cómo. ¿Sabe una cosa?

—¿Qué? —preguntó Kelton decidiendo que le convenía divertirse un poco.

—En una reencarnación anterior yo era un investigador de primera. En realidad, Sherlock Holmes y yo somos hermanos. He pensado que podría serle útil si pudiera examinar el problema con mi formidable capacidad de razonamiento.

—Le estaría muy agradecido por cualquier ayuda que pudiera prestarme.

—Expóngame sus teorías y le diré qué tienen de erróneo.

—Me temo que estoy obligado a declinar su amable oferta. Pero ¿y si me expone usted las suyas?

—Estoy rebosante de teorías como la piel de una banana lo está de banana —declaró Mond—. En primer lugar, creo que ha sido el

hombre que se arrojó al mar.

—¿Cómo ha sabido de él?

—Escuché el jaleo en cubierta y salí a indagar. Seguramente la excitación general le impidió reparar en mí mientras observaba la escena, mi elegante mole disfrazada de poni de las Shetland.

—No, no le vi —confirmó Kelton—. Bueno ¿y por qué piensa que ha sido el marinero Fest?

—Tiene la cabeza braquicéfala, que a menudo es un rasgo de los criminales. Conozco a Lombroso. Y también a Maeterlinck.

—¿Qué tiene que ver Maeterlinck con la criminología?

—Nada, pero estábamos hablando de un marinero de color, cuya cabeza no me gusta.

—Eso no es motivo suficiente para acusar a alguien de un delito grave —subrayó Kelton pensando en el extraordinario cráneo del propio Mond.

—¿Por qué se ha arrojado al mar? He oído que decía que había visto al diablo o a un impreciso ser con los ojos brillantes. Quizá lo vio de verdad, pero yo sé qué era en realidad ese diablo.

—¿Qué? —dijo Kelton ahora interesado.

—¡Su conciencia! —respondió Mond en tono solemne—. Él mismo, señor, es el peor demonio de todos. Sí, lo digo de verdad. Fest ha matado a Cleghorn y estaba tan atormentado por el demonio de su conciencia que se ha lanzado al mar.

—¿Y por qué habría querido matarlo?

—Ese es un detalle secundario del que prefiero que se ocupe usted.

—Gracias.

¿Era de verdad tan estúpido como parecía aquel hombre gigantesco y estrafalario? ¿O era un tipo astuto que por algún motivo ignoto se hacía pasar por un idiota?

—Teoría número dos: ha sido el médico.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Para acusarlo, su propio rostro, que tiene una expresión abyecta. Además, ¿quién es el que puede moverse libremente por el barco? El

médico de a bordo. ¿Quién podría cometer un hecho semejante y que le afecte tan mínimamente que pueda devorar al poco rato una buena cena? El médico. No me gustan los médicos, en ningún caso. Siempre me han perseguido esos charlatanes mentirosos, y me dan ganas de aplastarles la cabeza…

Mientras pronunciaba la última frase le brillaban los ojos y continuaba abriendo y cerrando sus enormes manos.

—Una acusación muy poco sólida —comentó Kelton.

—Tengo otro candidato para el papel —anunció Mond.

—¿Quién?

—El tipo que se aloja en el camarote contiguo al mío.

—¿Quién es?

—Se llama Varga —respondió Mond.

—¿Qué puede decirme de él? —Kelton no tenía en realidad necesidad de simular interés.

—Un tipo raro como nadie. En realidad, no estoy seguro de que no tenga un gemelo.

—¿Un gemelo?

—Sí, señor. Trate de seguir mi razonamiento. Ese tipo ha estado todo el rato encerrado en su camarote. Se refugia allí en cuanto sube a bordo y se queda en hibernación, fumando cigarrillos que huelen a incienso, que han apestado incluso mi camarote, pues el humo entra por el respiradero. Sin embargo, no sufre mal de mar, he visto al mozo dejarle la cena delante de la puerta, el menú completo, del aperitivo al café. Sin embargo, incluso yo habría encontrado difícil engullir todo aquello, y le aseguro que tengo buen saque. Poco después la bandeja volvió fuera, delante de la puerta, y todos los platos estaban limpios. Enseguida, hablo de la primera tarde, lo escuché abrir la puerta y yo entreabrí la mía para echar un vistazo. Es un tipo larguirucho con barba negra de punta, una especie de versión elegante de Svengali, el hipnotista. Se escabulló con ademanes furtivos por el pasillo…

—¿Y usted lo siguió? —preguntó Kelton.

—Jamás. Parece el tipo de hombre capaz de hincarte un cuchillo en

las costillas sin pestañear. Si quería salir a tomar un poco el aire, a mí me parecía perfecto. Volvió al poco rato y le eché otro vistazo. Dejó la puerta entornada, y por la rendija de un par de centímetros pude ver el interior de su camarote. Lo vi reflejado en el espejo de encima del lavabo, y que me metan en aceite y me vendan como una sardina, mister Kelton, si no estaba completamente afeitado. Sí, señor, como le digo, ni un pelo en la barba. Luego cerró la puerta y echó el cerrojo. Ahora ¿qué piensa usted?

—¿Está seguro de haber visto salir del camarote un hombre con barba y haber visto entrar uno afeitado? —preguntó Kelton.

—Tan seguro como de que peso ciento veinte kilos —replicó Mond —. Y ahora una adivinanza: ¿qué es eso que tiene dos cabezas?

—Me rindo.

—Dos hombres.

—Entonces, ¿cree que puede haber dos hombres en el camarote de Varga? —preguntó Kelton.

—Eso parece, ¿no cree?

—¿Ha oído voces en el camarote? Si allí se alojan dos personas de vez en cuando deberían hablar o susurrar.

—No puedo decir que haya oído algo parecido a una conversación allí dentro —respondió Mond—, pero eso no demuestra nada. Además, esta vieja carraca cruje y chirría tanto que sería imposible escuchar un murmullo, y Varga parece bastante listo como para delatarse charlando audiblemente con su compañero. En definitiva, mister Kelton, sería lo más fácil del mundo que alguien subiera furtivamente a un barco como este. Cualquiera podría llegar tranquilamente a bordo con los demás acompañantes y luego quedarse. Necesitaría un cómplice, claro, otro pasajero en cuya cabina esconderse. El pasajero podría echar al mozo, fingiendo que está mareado y diciendo que no quiere que lo molesten. Una vez el barco llega a las Bermudas, nuestro amigo clandestino podrá descender tranquilamente, porque allí no son muy severos con los documentos de desembarco.

—Le estoy de verdad agradecido por las informaciones, mister

Mond —dijo Kelton, y lo decía en serio.

—Oh, tengo muchas más —replicó el otro.

—¿Sobre Varga?

—No. Pero si ese tipo no esconde algo turbio, estoy dispuesto a comerme, en cualquier lugar público que elija usted, el sombrero nuevo que me he hecho a medida en Londres al precio de seis guineas. No hay derecho a andar por ahí con esa pinta de hipnotista…

—¿Por qué dice que parece un hipnotista?

—Tiene unos ojos extremadamente malvados —respondió Mond—. No fui capaz de verlos bien y, gracias al cielo, estos no me vieron a mí, pero tuve la sensación de que Varga, si quisiera, podría hipnotizar a una persona y obligarla a comportarse como una foca amaestrada.

—¿De verdad? ¿Ha dicho usted que quería ayudarme con la investigación, mister Mond?

—Sí. Lo he dicho y es cierto.

—Estupendo. ¿Podría tener vigilado a mister Varga, en la medida de sus posibilidades? Trate de averiguar si de verdad hay otro hombre en su camarote, pero no deje que descubra que lo está vigilando. Sea discreto.

—Seré discreto como una enfermera de Boston enamorada de un profesor de griego —prometió el otro.

Kelton miró el reloj y ahogó un bostezo, pero Mond, repantingado en la butaca, ignoró la indirecta.

—Estoy juntando una alegre camarilla de asesinos —comentó—. ¡Qué barco! Nunca me había divertido tanto en un viaje. Estoy pensando seguir viajando entre Nueva York y las Bermudas en esta carraca del Pendragon, ¡es tan divertido! Naturalmente… —Puso un ademán de confidencialidad y lo acompañó con un elocuente guiño —. Sé lo que hay detrás de todo esto del homicidio.

Tenía un aire tan seguro que Kelton se olvidó por un instante de su cansancio.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Vamos, mister Kelton, no intente engañar a un viejo zorro como yo. Venga ya, ¡todo esto no es más que una farsa!

—¿Una farsa?

—Sí, señor mío. Detrás de todo está el capitán Galvin, que para nada es como esos afectados capitanes de trasatlántico que en realidad son hombres de mundo con uniforme, llenos de inútiles dudas y cháchara y buenas maneras. Es solo un sincero viejo lobo de mar, y bajo la nariz no tiene hedor, solo sal. Le fastidia la idea de tener que transportar pasajeros y tener que interpretar el papel de anfitrión amable y pasarse el rato diciendo ¿y usted a qué se dedica? Se le ocurre inventarse una historia sobre un cadáver aparecido en uno de los camarotes. Imagino que será una especie de secretario social pagado por la compañía de navegación que va por ahí organizando este tipo de entretenimiento. Los pasajeros quedan electrizados y se entretienen entre ellos discutiendo el terrible acontecimiento. Todo eso le permite al capitán beberse su ron y gestionar su barco en paz. Un crimen interesante es mucho mejor que una orquesta de *jazz* y más barato. En definitiva, nunca ha existido el tal Samuel P. Cleghorn ni ningún homicidio. Es solo una especie de espectáculo cinematográfico privado…

Kelton se echó a reír.

—Es usted muy ingenioso, mister Mond, pero se equivoca —afirmó —. Lamentablemente este asunto es tan real como trágico. Si quiere acompañarme a la enfermería podrá constatar en persona que Cleghorn es, o mejor dicho, era, una persona real y que este homicidio no tiene nada de imaginario.

—Le creo a pies juntillas —se apresuró a decir Mond—. Era solo una ocurrencia, sin mala intención, creo. Trataré de venderla a alguna gran compañía de ferris. Delito simulado a bordo: más divertido que los juegos de fichas. Inventado por T. Taylor Mond. Podría sacar un buen dinero, ¿no cree?

—Quizá —dijo Kelton conteniendo otro bostezo.

—Ahora pasemos a mister Westervelt —dijo Mond, y Kelton dejó de bostezar—. ¿Qué decir de él?

—Eso, ¿qué decir?

—Es un tipo taimado y misterioso.

—¿Cómo lo sabe?

—He hablado con él, mejor dicho, le he hablado. He tratado de cruzar unas palabras educadas con él hoy por la tarde, y también después de la cena. Ha sido como hablar con un micrófono en la radio: le decía o preguntaba algo y él no respondía. En serio, nunca había conocido a nadie con un vocabulario tan limitado y una lengua tan rígida. Detesto a los hombres callados y muy reservados. Estoy dispuesto a apostar mis gemelos de perla contra un botón de hueso a que, una vez se aclare este asunto, usted descubrirá que el taciturno mister Westervelt está implicado.

—¿Cómo ha sido su conversación con él después de la cena? —quiso saber Kelton.

—Lo he visto en la sala de escritura, escondido en un rincón haciendo crucigramas en un periódico viejo. Había ido hasta allí a ver si encontraba un libro para leer en la que cómicamente llaman «la biblioteca del barco». Solo encontré un libro de cocina, *Francés para todos* y *Mujercitas*. Cogí el libro de cocina. Westervelt no me dirigió ni un gesto, siguió sentado allí, mudo como un pez, chupando la punta del lápiz y tratando de recordar el nombre de tres letras del «gran pájaro australiano parecido al avestruz». Lo he saludado, he hecho un comentario profundo sobre el clima y le he aconsejado que probara con «emú». No ha sido antipático, quede claro, no me ha devuelto la clásica mirada gélida, sencillamente se ha quedado sentado allí, escuchándome, y ha contestado con monosílabos. La frase más larga que le he arrancado ha sido cuando, por sorpresa, le he pedido su opinión sobre el autor del homicidio. Ha dicho: «No tengo opinión, no dispongo de datos concretos». Finalmente he renunciado al intento de sacarle una conversación y he leído un elocuente extracto del libro de cocina sobre la brocheta de higadillos de pollo.

—¿Le pareció que ese hombre estaba nervioso? —preguntó Kelton.

—Nervioso como un perro de yeso —respondió Mond—. Al rato, se

levantó y se marchó. Lo había clasificado como un optometrista de pueblo o algo parecido, un honorable bobo, pero luego he visto algo que me ha hecho cambiar de opinión.

—¿Qué ha visto?

—Mientras Westervelt pasaba a mi lado, dándome las buenas noches como si le costara dos dólares cada palabra, el abrigo se le ha enganchado en uno de los picos de la mesa y durante medio segundo el ala trasera se ha levantado. En los bolsillos llevaba algo que los optometristas de pueblo normalmente no llevan con ellos: una porra en uno y en el otro un revólver de aspecto letal.

—¿Está seguro de que era una porra?

—Segurísimo. Una noche un ladrón me golpeó la espalda con uno de esos instrumentos, y después del juicio se lo compré para tenerlo de recuerdo. Oh, sí, lo que he visto en el bolsillo trasero de Westervelt era el mango de una porra.

—Qué interesante. ¿Usted qué piensa?

—Quizá mister Westervelt es uno de esos dinámicos empleados viajeros de los que se oye hablar —sugirió con desinterés Mond—. Está de camino a las Bermudas para vender bulbos de ajo a los nativos y ganar una verdadera fortuna, y lleva en los bolsillos argumentos bastante convincentes.

—A propósito, mister Mond —preguntó Kelton—, ¿qué hizo con la porra que compró?

Por un instante el hombre lo miró divertido, luego estalló con una de sus ruidosas carcajadas.

—Es usted un tipo astuto y que va directo al grano, mister Kelton —dijo—. Bien, le aprecio por ello, detesto a los que marean la perdiz, así que se lo diré. Está en mi camarote. Después de la experiencia con aquel bandido decidí que si tenía que haber una agresión, mejor que fuera por mi parte. Mire, es que por las noches frecuento *night-clubs* y otros locales donde la sociedad es lo que herr Baedeker llamaba «mixta». No me molesta que me roben con gracia los camareros, pero no me parece bien que me aporreen la cabeza personas burdas a las que no les importa nada de mí salvo

robarme la cartera. ¿Quiere ver mi pequeña espanta-gente, mister Kelton?

—No, gracias, no importa.

Mond se rio de nuevo.

—¿No le parece divertido? —preguntó—. ¡El bien llamado dedo de la sospecha apuntándome a mí! ¿Cree que podría argumentar una acusación contra mí, mister Kelton? Espero que no. Quedaría muy ridículo en la horca.

—Yo no he dicho que sospeche de usted, mister Mond —puntualizó Kelton, muy serio—. Solo que tengo la costumbre de recoger cualquier brizna de información que pueda estar relacionada con el caso que investigo. El hecho de que usted lleve consigo un arma peligrosa es interesante, pero no necesariamente relevante. En Nueva York es ilegal, pero es su decisión. Comprendo por qué siente necesidad de protegerse después de su experiencia con el ladrón. Y permítame asegurarle que no tengo ningún deseo de verle a usted o a cualquier otro inocente en el patíbulo.

—Estoy plenamente de acuerdo con usted —dijo mister Mond—. Si hubiera estado en mi camarote esta tarde sobre las tres…

—¿Por qué?

—Habría podido utilizar la porra.

—¿En qué sentido?

—¡No es solo un asesino lo que anda rondando por este barco! Hay también un ladrón.

—¿Le han robado?

—Sí.

—¿Qué le han quitado?

—Aún no lo sé. En algunos aspectos soy un tipo muy distraído, y no sé nunca qué llevo en el equipaje. En Nueva York tengo un ayudante de pronunciación refinada que me mete un montón de cosas en las maletas cuando salgo de viaje. Tengo una especial para las corbatas. Esa no la han tocado, por fortuna, pero mis otras maletas han sido minuciosamente registradas. El ladrón no ha mostrado ningún respeto por mis adoradas camisas.

—¿Le falta algo?

—Oh, sí. En las Bermudas hay una señora que conozco, una exmujer mía, y quería llevarle un regalito. Entré en uno de esos suntuosos comercios de la Quinta Avenida y me dejé extorsionar treinta y nueve dólares y cincuenta centavos por un minúsculo frasquito de perfume, el último grito en París, llamado Amour Est Notre Maître. Bien, mister Kelton, pues ese frasco estaba en mi neceser porque yo lo puse ahí personalmente, y ahora ha desaparecido, y yo tengo treinta y nueve dólares y cincuenta centavos menos.

Kelton arrugó la frente.

—Mmm —dijo—. Estoy muy feliz de que me lo haya contado usted. Un ladrón de verdad singular.

—Probablemente algo lo ha asustado y ha huido antes de llegar a mis corbatas. Bien, tengo una última contribución para el desfile de delincuentes.

Detrás de sus muecas parecía muy resoluto.

—¿Y es? —preguntó Kelton.

—Mister Kelton —dijo Mond—, ¿se ha dado cuenta de que en este barco hay una persona a la que ninguno de nosotros ha mencionado como posible asesino de Samuel P. Cleghorn?

—Usted ha citado prácticamente todos los nombres de la lista.

—Pero hay una persona a la que no he mencionado —afirmó él sin sonreír—. Esa persona ha tenido la oportunidad de cometer el crimen. Es inteligente y lo bastante fuerte para conseguirlo. Ha demostrado un extraordinario interés por el caso y se ha comportado con astucia para confundir las pistas que llevaban al verdadero asesino y eludir así cualquier sospecha. Acuso a esa persona de haber matado deliberadamente a Samuel P. Cleghorn.

—¿Y quién es?

—Usted, Matthew Kelton —dijo Mond.

Kelton se tensó mirando al hombretón que lo estaba observando, luego respondió con calma:

—Eso es absurdo, mister Mond. No he tenido nada que ver con la

muerte de Cleghorn y usted puede o no creerlo, como prefiera. Admito que tiene todo el derecho de alimentar sus sospechas como yo las mías. Si considera que sus sospechas sobre mí están fundamentadas, es libre de referirlas al capitán Galvin y de exigir que me arresten y encarcelen hasta que se me entregue a las autoridades de las Bermudas para que me juzguen. Le aviso, no obstante, de que con las inconsistentes pruebas de las que dispone solo conseguirá convertirse usted mismo en el mayor hazmerreír que haya dado la naturaleza. Que tenga buenas noches.

Se levantó, alcanzó la puerta y la abrió.

—Calma, no se enfade —le pidió mister Mond en tono afligido—. No tengo intención de hacer nada… por ahora. Antes de que el viaje acabe dispondré de un millar de datos concretos e incriminatorios sobre usted. Soy un hombre deportivo y quiero avisarlo de que le atraparé.

—También yo soy un hombre deportivo, mister Mond —dijo calmadamente Kelton—, y quiero avisarlo de que yo le atraparé a usted, y de que también yo conseguiré entregar a la autoridad algunos datos concretos e incriminatorios.

Mond, echando atrás la enorme cabeza, emitió su típica carcajada, que era una mezcla entre un rebuzno y un cacareo.

—Perfecto —replicó—. Entonces es un duelo. Usted o yo. Pero, oiga, supongamos que haya sido yo. ¿Cree que sería tan estúpido de montar semejante embrollo? ¿Cree que dejaría un botón de chaleco en la mano del muerto o cualquier otro error de ese tipo? Si cree algo así es que no conoce a T. Taylor Mond. No, señor, si he cometido este homicidio, y digo «si», usted no podrá jamás demostrarlo por muy inteligente que sea.

Levantó su maciza mole de la butaca y se dirigió a la puerta.

Con una inclinación y una sonrisa burlona abandonó el camarote. Kelton se dejó caer en una silla.

—Loco de atar —murmuró.

¡O quizá no!, pensó rato después. En definitiva, ¿dónde está la línea que separa la locura de la salud mental? La mayor parte de los

homicidios son obra de agudos egomaníacos, tipos como Mond, que cometen crímenes con habilidad y extraordinario cuidado y luego necesitan por encima de todo hablar de ello. El doctor Neill Cream, el londinense que envenenó a una docena de mujeres, no habría sido capturado jamás si no hubiera escrito algunas cartas anónimas a la policía citándose como un prometedor sospechoso. ¿Será Mond un loco de ese tipo? O quizá es esa clase de persona, bien conocida por la policía, esa que aparece siempre durante los casos célebres, la que se autoacusa del crimen cuando en realidad no estaba a menos de quinientos kilómetros de donde se cometió. El desafío que me ha lanzado ¿era una simple bravuconada? ¿El mero deseo de un loco de llamar la atención? Sea como sea, vale la pena tenerlo vigilado. Pero no por ahora. Estoy exhausto. Nada menos grave que un naufragio me hará salir de este camarote esta noche.

Empezó a desvestirse bostezando. Se había puesto el pijama y, soñoliento, estaba cogiendo el cepillo de dientes cuando oyó un ruido, una débil llamada a una puerta que no era la suya. Se quedó a la escucha. Le pareció oír que se abría un batiente y dos voces que susurraban. Entreabrió cautamente la suya, y divisó el pasillo oscuro y silencioso. El ruido debía de venir del siguiente, adonde solo daba el camarote A, ocupado por miss Yate y su enfermera. Descalzo y sigiloso enfiló por el pasillo y vio, dirigiéndose hacia las escaleras que subían a la cubierta superior, dos figuras de espaldas. Una, inconfundible, era la del capitán Galvin, y la otra llevaba una larga capa oscura que envolvía la silueta ancha y baja de la enfermera, Julia Royd.

Otro conciliábulo, pensó Kelton. Bueno, que hagan lo que quieran. Puede significar mucho o nada, pero no voy a descubrirlo esta noche. Ahora toca dormir.

Se acostó. Estaba agotado, tanto mental como físicamente, y un minuto después de haber apagado la luz se hundió en un sueño profundo.

10

Varga

Matthew Kelton, siempre madrugador, se despertó a las siete para descubrir que el sol ya entraba por el ojo de buey. El segundo día en el mar se presentaba soleado y con una temperatura suave: el Pendragon había entrado en la corriente del Golfo. Se vistió rápidamente. El sueño le había proporcionado una reserva de energía y se dio cuenta, mientras se ponía la chaqueta, de que en ese día la necesitaría toda.

Mientras se arreglaba, se esforzó por hacer una suerte de ordenado recuento de los hechos de los que disponía relacionados con el asesinato de Samuel P. Cleghorn. Sacudió la cabeza, perplejo. Nunca se había visto ante un amasijo tan desordenado, caótico y contradictorio de hechos, teorías e hipótesis. Las pistas se entrecruzaban y conducían a callejones sin salida. Se sentía como una jauría de sabuesos en un monte que bullía de zorros; sin embargo, no se desanimó. El misterio era aliento vital para él. Se reafirmó en la intención de abrirse un camino en aquel denso sotobosque para penetrar hasta el corazón de lo ocurrido y hacerlo antes de que el barco atracase en el puerto de Hamilton al día siguiente.

Reflexionó sobre algunos de los aspectos más relevantes del caso.

Para empezar, estaba la confesión de Russell Sangerson, que había afirmado con toda serenidad que había matado a su tío. El joven tenía un móvil, pero su relato sonaba enmarañado en dos puntos importantes: la hora del crimen y el arma utilizada. Había declarado que golpeó a Cleghorn con una frasca de agua. Kelton imaginó que la suya sería igual que la del camarote B, la examinó y la sopesó, y comprobó que estaba hecha de vidrio liso, con una capacidad de un

litro y medio aproximadamente. Llena representaba un arma potente, pero, como pudo descubrir gracias a una manga empapada, si se cogía por el cuello y se intentaba describir un arco en el aire, se vaciaba por completo porque no tenía tapón. Vacía era mucho menos pesada, por lo tanto, no resultaba un arma demasiado eficaz.

Se acercó al camarote B, cerrado después del levantamiento del cadáver de Cleghorn, pero del que el capitán Galvin le había entregado la llave. Lo habían dejado, según sus instrucciones, exactamente como estaba cuando el mozo descubrió el cuerpo. Se acercó enseguida a la frasca, depositada en la repisa de madera junto al lavabo, y descubrió, tal como esperaba, que era una copia idéntica de la que había en su camarote.

Vio que estaba llena, y examinó el cuello buscando huellas digitales u otros indicios de que hubiera sido aferrada por una mano. No encontró nada. También podía ser que Sangerson, después de utilizarla para matar a Cleghorn, la hubiera rellenado con cuidado, hubiera borrado con una toalla todas las huellas y la hubiera devuelto a su lugar, aunque parecía improbable. El joven, según su relato, había golpeado al tío para defenderse durante un acceso de ira y luego había huido presa del pánico. Un hombre en tales condiciones, Kelton lo sabía, no actúa de repente sereno y calculador, ni se queda en el lugar del crimen para borrar las huellas. Si conserva un mínimo de presencia de ánimo, tira el arma… Había un ventanuco perfecto para ese fin. Volvió a su propio camarote para someter a un examen conclusivo la afirmación de Sangerson sobre el uso de la frasca.

Sacó su maleta de piel de jabalí, llenó un extremo con libros, cepillos y zapatos de manera que presentase una superficie dura y sólida, luego agarró por el cuello la frasca vacía y asestó con fuerza un golpe a la maleta. Al tercer golpe la frasca se hizo añicos. Todo indicaba que Cleghorn había sido golpeado como mínimo seis o siete veces, entonces, si Sangerson de verdad hubiera utilizado esa frasca, había mil probabilidades contra una de que se hubiera roto.

Como ni se había roto ni se había resquebrajado, Kelton concluyó que la confesión del joven era indudablemente falsa. Por otra parte, Sangerson no estaba seguro de la hora del crimen, porque la había ubicado a las cuatro y media, mientras que Cleghorn había hablado con el mozo poco después de las cinco, por lo que el crimen debía de haber ocurrido a una hora imprecisa entre las cinco y diez y las cinco y cuarenta. Por lo tanto, Sangerson no era exacto. Entonces, ¿por qué el joven, en plena posesión de sus facultades mentales, había confesado el homicidio?

Enseguida se le ocurrió un posible motivo: Sangerson sabía quién había sido y estaba tratando de proteger al verdadero asesino, lo que llevaba a otra pregunta; ¿por quién un joven estaría dispuesto a hacer semejante sacrificio? Por la persona amada, obviamente, y Sangerson amaba a Pauline Imlay. Pero ella era claramente inocente, puesto que su relato sobre la maza de golf y la hora de la muerte era totalmente incompatible con los hechos. Kelton sacudió la cabeza, desconcertado, y valoró otro elemento del caso: los ojos misteriosos.

¿Qué nexo tenían con el crimen? ¿A quién pertenecían? ¿Acaso había en el barco un triste personaje que durante la noche deambulaba furtivo en busca de algo, un desconocido dispuesto a truncar una o dos vidas humanas con tal de alcanzar su objetivo? ¿O acaso ese desconocido, si de verdad existía, era un loco que vagabundeaba matando sin motivo? ¿Mond?

Todo condujo a Kelton a una serie de reflexiones muy diversas. Alguien a bordo estaba dando caza a algo. Incluso el camarote de Kelton había sido registrado, así como el equipaje del difunto. Un desconocido se había colado en el camarote de miss Imlay y en el de mister Mond para salir con un botín irrisorio, frasquitos de perfume. ¿Cómo explicarlo? Los frasquitos tenían un valor exiguo, por lo que para un ladrón valía poco la pena arriesgarse para hacerse con ellos. Una idea brilló en su mente. ¿Y si el desconocido tenía motivos para creer que en un determinado frasquito, propiedad de alguno de los pasajeros, se escondía un objeto de gran valor y

por eso había decidido hacerse con ambos? ¿Qué podía ser? Los frasquitos de perfume son pequeños y los únicos objetos pequeños y de gran valor, reflexionó, son las piedras preciosas.

Olvidando que tenía hambre y que el desayuno lo esperaba en el comedor, trazó mentalmente un rápido sumario de la secuencia de acontecimientos en el Pendragon.

El desconocido descubre que un objeto de enorme valor va camino de las Bermudas en manos de un pasajero de quien ignora el nombre y se embarca con el objetivo de apropiárselo. El tiempo juega en su contra: solo tiene dos días para conseguir su objetivo.

Sabe, o sospecha, que el objeto va escondido en un frasco de perfume, así que empieza un registro sistemático de los camarotes de los pasajeros. Empieza por el C y se queda decepcionado, luego va al de Cleghorn y está enfrascado en el registro cuando Cleghorn entra y lo pilla con las manos en la masa. El desconocido no ha encontrado lo que busca y comprende que Cleghorn hará que lo arresten como a un vulgar ladronzuelo. Desde su punto de vista solo puede hacer una cosa, y la hace. Basándose en la errónea teoría de que un hombre muerto no puede contar nada, mata a Cleghorn, probablemente con una porra, que un hombre de su clase sería propenso a llevar consigo. Continúa la búsqueda, cada vez más desesperado y más audaz. Encuentra un frasquito en el camarote de miss Imlay, pero tampoco es ese. Encuentra cerrada la puerta de miss Yate, así que se descuelga por el lateral del barco para mirar dentro por el ojo de buey, con la esperanza de meter la mano y hacerse con el objeto, o al menos localizarlo. Fracasa en su intento: el ventanuco está cerrado y miss Yate está en el camarote. Quizá teme que ella haya podido reconocer su rostro detrás del cristal. Sea como sea, se esconde cerca del camarote de las tres profesoras, esperando la ocasión de saquearlo. Miss Cobb, de regreso de la sala de escritura, choca casualmente con el desconocido oculto y por un instante él pierde la cabeza: temiendo que la mujer pueda gritar o avisar de su presencia, salta fuera, la tira al suelo y escapa a un nuevo escondrijo. Quizá también quería matarla, pero su golpe

apresurado no consigue su objetivo. Hace otro intento, esta vez en el camarote de Mond, donde roba un frasquito que, sin embargo, puesto que Mond sostiene que estaba recién comprado y sin abrir, tampoco es el que está buscando. Llegado a tal punto de su búsqueda, es casi seguro que el desconocido no se detendrá ahora. Hará otro intento. ¿Dónde?

Su encuentro con el marinero Fest en la bodega fue sin lugar a duda un accidente. El desconocido, quizá para alejarse de los hombres que patrullan las cubiertas, se mete en el primer escondite que pilla cerca, o sea, la cabina con literas donde está descansando Fest. Este último, supersticioso y cobarde, escapa y él lo persigue, quizá para callarlo de un golpe en la cabeza. Fest está tan asustado que se cae al mar o se tira, y ahí el desconocido desaparece. Ayer noche no debió de hacer nada, de lo contrario me habría enterado. Aunque quizá algo más sí que hizo: mientras deambulaba furtivo por la cubierta cayó en la cuenta de que le convenía dejar fuera de servicio la radio. De esa manera esperaba impedir que alguien en Nueva York o en las Bermudas avisara al propietario del codiciado objeto, puesto que iba a bordo. En eso falló, porque ignoraba la existencia de la radio auxiliar. A continuación, seguro que descubrió que había fracasado en su intento y de nuevo se coló en la sala de radio para interceptar cualquier mensaje que le concerniera. ¿Por qué ha robado los dirigidos a mí? ¿Cómo explicarlo? Quizá ha sido un error por su parte. Es un asunto de verdad embrollado, no cabe duda.

En fin, la historia tiene una cierta estructura, pensó al término de su recapitulación, tiene un principio y una parte central, ¿y el final? No puede haber uno hasta que el desconocido pase a ser conocido.

Entró al comedor para desayunar. El capitán estaba sentado a la mesa, con aire apesadumbrado, tratando de acabar un desayuno que se componía únicamente de café negro. También estaba mister Westervelt, recién afeitado, limpio y pulcro, repartiendo su atención entre un crucigrama y unos huevos con beicon. Asintió con ademán educado cuando Kelton le dio los buenos días, pero no tuvo

comentarios que hacer sobre el clima, sobre el crimen o sobre cualquier otra cosa. El capitán salió apresurado del comedor con un «Nada nuevo que añadir» a Kelton. Llegaron las tres profesoras, y mister y miss Johnstone, los dos novios de luna de miel. Las profesoras parecían no acusar la desagradable experiencia de la noche anterior y aparentemente el espléndido sol les había devuelto una total compostura. Compareció después mister Mond, con un sonoro «Buenos días a todos. Espero que hayan dormido bien. Yo he dormido como un angelito. Como una docena de angelitos, en realidad».

Llamaba decididamente la atención porque se había vestido para los trópicos y lucía pantalones informes de lino, bombachos, una chaqueta de franela de listas azules y blancas y un casco colonial parecido a una canoa del revés. Dirigió un gesto con la cabeza y una sonrisa a Kelton, como si hubiera olvidado por completo su conversación de la noche anterior, y mientras engullía un desayuno descomunal entretenía a los comensales describiendo la forma más adecuada de servir moluscos asados sobre brasas de leña de nogal. Miss Imlay, Sangerson, miss Yate y su enfermera no se presentaron al desayuno, y tampoco mister Varga.

Kelton acabó de comer a toda prisa y mientras trató de esbozar un plan para la jornada. No estaba en disposición de prever qué nuevos acontecimientos se producirían, y que le aportarían, quizá, nuevas pistas que seguir, pero decidió que había una cosa que debía hacer antes que nada: hablar con mister Varga.

Se dirigió al camarote del hombre y llamó sin obtener respuesta. Llamó de nuevo y entonces oyó una voz cortante e irritada.

—¿Quién es?

—Matthew Kelton.

—¿Qué quiere?

—Querría hablar con usted, mister Varga, unos minutos.

—Estoy indispuesto y no puedo ver a nadie —replicó la voz, profunda, con un leve acento extranjero.

—Es importante —insistió Kelton.

—Le digo que no quiero que me molesten —rebatió la voz, petulante.

—Lo lamento —afirmó Kelton resoluto—, pero es un asunto que no puede esperar.

—¿Quién es usted?

—Estoy investigando la muerte de Samuel P. Cleghorn. Puede negarse a recibirme, naturalmente, pero creo que sería poco inteligente…

Un momento de silencio.

—Ah, ¿eso es lo que quiere? Bien, pues pase, por favor.

La voz, curiosamente, se había vuelto casi amable. Se oyó el cerrojo y Kelton entró en el camarote, que estaba inmerso en la penumbra, con las cortinas echadas, e invadido de humo de tabaco. Varga estaba tumbado en la litera, envuelto en un batín de seda negra. Bajo aquella débil luz era muy difícil distinguir claramente su rostro, pero Kelton percibió dos cosas: una barba negra de punta y un par de ojos extraordinariamente brillantes.

—No me encuentro muy bien, la verdad —anunció Varga—, y la luz intensa me molesta en los ojos. ¿A propósito de qué quería verme?

Kelton había registrado el camarote con la mirada, juzgando imposible que pudiera esconderse allí otra persona: no había ningún lugar donde un hombre de peso y estatura normales pudiera ocultarse.

—Mister Varga —dijo lentamente—, en este barco se ha cometido un horrendo crimen…

—Sí, sí —lo interrumpió Varga impaciente—. El mozo me lo ha contado todo. ¿Cree usted que yo sé algo al respecto?

—Me parece posible.

—¿Qué es lo que le da derecho a suponerlo? —preguntó el hombre alto, tumbado en la litera, en un tono desenvuelto más que furioso.

—Es usted un pasajero de este barco, que por otra parte no es demasiado grande. Solo quiero que me cuente sus movimientos desde que zarpamos ayer. Estoy recopilando testimonios de los demás pasajeros.

Varga encendió un cigarrillo.

—Nada más simple. En primer lugar, no sé absolutamente nada del crimen, salvo lo que me ha contado el mozo. Subí a bordo en el último momento y vine directamente aquí, a mi camarote, donde he estado todo el tiempo. Estoy enfermo, hago este viaje por motivos de salud. Solo salí de aquí una vez, ayer entre las cinco y las seis…

—¿A dónde fue? —interrumpió de inmediato Kelton.

—A darme un estimulante baño salado en la sala que hay al final del pasillo —respondió Varga—. Oh, no está obligado a creerme, veo que su expresión es escéptica. Pero puedo demostrarlo. Esto es lo que hice: a las cinco en punto entré en una bañera de agua salada muy caliente, donde estuve metido hasta pocos minutos antes de las seis. Un largo baño salado forma parte de las curas prescritas por mi médico. Después volví directamente a mi camarote y ya no me moví más. Ahora bien, si duda de mi palabra pregunte a Castle, el mozo. Él me abrió la puerta del baño con la llave y la volvió a cerrar después de que yo saliera.

—¿Afirma que esa fue la única ocasión en que abandonó el camarote?

—Sí.

—¿No volvió a salir a última hora de la noche?

Varga se deshizo de la colilla y encendió otro cigarrillo.

—No —respondió.

—¿No subió a cubierta ayer noche?

—No.

—¿Se acercó a la sala de la radio?

—Le he dicho que no he vuelto a abandonar mi camarote.

—Comprendo. Bien, mister Varga, gracias por la información. Espero que este viaje mejore su salud.

Levantándose de la silla Kelton golpeó con el codo el cenicero, haciéndolo caer al suelo y esparciendo el contenido por la alfombra.

—Le ruego disculpe mi torpeza —dijo, y luego se agachó y empezó a recoger cenizas y colillas.

—No se preocupe —dijo Varga—, lo limpiará el mozo.

Pero él insistió en llenar de nuevo el cenicero y dejarlo sobre el lavabo junto a la litera, y después se marchó deseándole un buen día.

Lo primero que hizo fue acercarse a un rincón desierto de la cubierta. Sacó del bolsillo la colilla que había encontrado delante de la sala de radio y la comparó con la que hábilmente se había escondido en la mano poco antes, en el camarote de Varga. Soltó una exclamación ahogada: eran ambas de una cara marca egipcia. No había dudas al respecto, el nombre del fabricante estaba inscrito en pequeñas letras doradas alrededor del cigarrillo, junto al filtro. Eso significaba… ¿qué? Que Varga había mentido, mentido de forma resoluta y descarada. Él era el hombre cuya sombra Kelton había visto en cubierta. Quizá, aunque no del todo con seguridad, era también el hombre que había destruido la radio y dejado caer el cigarrillo. Si había mentido sobre su salida a la cubierta superior después de la cena, ¿había mentido también en cómo había transcurrido el lapso de tiempo entre las cinco y las seis el día del homicidio? ¿Había tratado deliberadamente de hacerse con una coartada?

Buscó al mozo que se ocupaba del camarote de Varga y lo encontró cerca de la puerta de los baños, inclinado sobre un libro, una novela policiaca. Kelton conocía al tipo; un londinense minúsculo de rostro pálido, inexpresivo y bonachón, una criatura diligente y sincera, que temía demasiado perder su trabajo como para ser de otro modo.

Sabía cómo tratar a ese tipo de hombre. Se le acercó y lo interpeló con un tono áspero de autoridad.

—¿Es usted el mozo encargado de estos camarotes?

El hombre soltó el libro y se levantó, inclinando obsequioso la cabeza.

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama?

—Bert Castle, señor.

—¿Trabaja hace mucho para esta compañía?

—Siete años, señor.

—¿Está a gusto aquí?

—No tengo motivo de queja, señor.

—¿Está casado?

—Sí, señor. Mujer y dos hijos en Liverpool.

—Ahora escúcheme, Castle, actúo en nombre del capitán en un asunto de la máxima importancia y querría hacerle algunas preguntas. Quiero respuestas sinceras, ¿de acuerdo?

—Sí, señor. —El mozo parecía nervioso.

—Quiero que me diga cuándo y dónde vio usted a mister Varga ayer por la tarde.

—¿Mister Varga? —preguntó Castle—. Bien, señor, él me pidió que le preparara el baño para las cinco en punto, y eso hice. Entró en el baño y se quedó allí hasta casi las seis, metido en el agua caliente leyendo un libro.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo estuve todo ese rato aquí, leyendo el mío —respondió el mozo —. No habría podido salir del baño sin que yo lo viese, señor. Estoy dispuesto a jurarlo.

—¿Volvió enseguida a su camarote?

—Sí, señor. Le acompañé para entregarle toallas limpias.

—¿Salió mister Varga de su camarote más tarde?

—De eso ya no puedo estar seguro, señor. No estaba de servicio durante ese tiempo, estaba cenando y si salió yo no lo pude ver.

—¿Le dio algo mister Varga?

El mozo sonrió.

—¿Se refiere a una propina, señor? Sí. Cuando me llamó la primera vez me dijo: «Estoy enfermo y tendré que quedarme casi todo el rato en mi camarote, y podría necesitar algunas atenciones extra, por lo tanto, aquí va un billete de diez y si se ocupa usted adecuadamente de mí tendrá otro a nuestra llegada a Hamilton».

—Comprendo. Muy generoso, ¿verdad?

—Sí, señor. Ya me gustaría que hubiera más caballeros como él.

—Muy bien, Castle, ¿está absolutamente seguro de que mister

Varga permaneció en el baño entre las cinco y las seis? Reflexione bien antes de contestar. La verdad está llamada a salir a la luz, ¿sabe?

—Estuvo ahí dentro, señor. Estoy seguro. Le estoy diciendo la sacrosanta verdad.

—Perfecto, Castle. Eso es todo. Gracias.

—Esto no me meterá en problemas, ¿verdad, señor?

—No si es todo cierto.

—Lo es, señor.

—Estupendo.

Kelton se dio la vuelta. Habría querido que el mozo hubiera mentido, pero estaba casi convencido de que no era así. Examinó el baño: tenía una sola puerta. Si Castle estaba diciendo la verdad, Varga tenía una coartada a prueba de bomba, prácticamente indestructible.

Subió a cubierta y se puso a recorrerla a grandes pasos, con la cabeza gacha, mientras reflexionaba.

—Buenos días, mister Kelton —lo saludó una voz. Era Esther Yate, sentada en una tumbona. Al principio le costó reconocerla de lo cambiada que estaba respecto a la noche anterior.

11

Voces

—Buenos días, miss Yate.

Kelton se acercó a la tumbona, asombrado por la metamorfosis de la mujer. La noche anterior, en su camarote, estaba pálida, débil, extremadamente nerviosa, una típica enferma crónica; sin embargo, ahora era una mujer del todo distinta, con los ojos brillantes, color en las mejillas y una actitud vital y enérgica. Él sabía que las mujeres aparecen en su peor forma cuando están a plena luz, pero le parecía que miss Yate, allí en cubierta, tenía un aspecto mucho mejor que la noche previa, a la luz artificial de su camarote.

—Siéntese, mister Kelton —le pidió ella—, y dígame si ha conseguido localizar a la persona que me asustó ayer noche.

Kelton tomó asiento en una tumbona junto a la suya.

—No. No he tenido mucha suerte. ¿Ha vuelto a aparecer?

—Creo que fui un poco boba al dejarme llevar por el nerviosismo de esa manera —admitió la mujer—. Fue un susto enorme, obviamente, pero no debí mostrarme tan asustada.

—No la culpo en absoluto. ¿La han vuelto a molestar?

—No. Puede que volviera a aparecer, pero, ya sabe, una vez me tomo el somnífero no me entero de nada hasta la mañana siguiente. El sueño es un magnífico refugio donde dejar de lado todos los problemas, ¿verdad?

—Es la principal fuga de la realidad para el hombre —acordó Kelton, y luego la miró—. Miss Yate, ayer noche su rostro me pareció muy familiar y ahora estoy seguro de que lo es. Espero que no me juzgue impertinente si le hago de nuevo una pregunta personal.

—Por favor —replicó ella con una sonrisa.

—¿No figuraba usted hace un tiempo por los escenarios… con el

nombre de Esta Yate?

La mujer se echó a reír.

—Mi secreto ha sido descubierto —afirmó—, así que más vale que confiese. Sí, tiene usted razón, pero abandoné los escenarios, uf, hace ya años, y ahora prefiero usar mi verdadero nombre.

—Recuerdo haberla visto en *The Last Woman*. Estuvo extraordinaria.

—Gracias, mister Kelton. Dentro de mí queda aún mucha actriz que aprecia la adulación.

—Muchísimas personas lamentaron que usted abandonara la escena —subrayó él.

—Es muy amable por decirlo. Tampoco fue plato de mi gusto, pero me pareció la más fatigosa y sobrevalorada de las profesiones. En la práctica no hay actriz que no sueñe con el día de poder retirarse a su vida privada. Aun así, hay poquísimas que no vuelvan a la mínima oportunidad. Según parece no hay inyección capaz de curar el virus del escenario. Cualquiera que haya estado vinculado con el teatro…

No había acabado la frase cuando palideció. Julia Royd, la enfermera que estaba un poco más allá, mirando al mar, llegó apresurada.

—Creo que será mejor que vuelva a su camarote, miss Yate. Se ha cansado demasiado.

—Quizá tiene usted razón —confirmó secamente Esther Yate, que movía la cabeza mareada como a punto de desmayarse.

Sujetándola con un brazo por los hombros, la enfermera se la llevó. Kelton se quedó sentado en su sitio, sorprendido. Durante un buen rato había parecido llena de vida, y de repente, frágil y macilenta. Como si fuera dos personas distintas.

Intentó recordar cuándo había visto a alguien comportarse de ese modo. Años atrás había tenido una experiencia similar, pero solo recordaba vagamente los detalles. Creyó recordar que, en un café parisino, estaba hablando con un hombre que debatía con mucho afán sobre el arte de Monet cuando, de repente, se le debilitó la voz y pareció como si todo él se aflojara, y a continuación se alejó de la

mesa con paso tambaleante. Un cuarto de hora después reapareció y retomó la conversación con toda la energía que demostraba antes de tener la crisis.

El caso de miss Yate se parecía a aquel, reflexionó, y era muy interesante. Decidió preguntarle al doctor Charlesworth qué pensaba, pero enseguida comprendió que ya no tenía tiempo de pasear por los senderos secundarios de la curiosidad. El barco avanzaba expedito hacia las Bermudas y el asesino de Samuel P. Cleghorn aún andaba suelto.

Empezó a pensar en otra cosa. Al escuchar a Julia Royd, en su mente había estallado algo. Lo que le provocó el estímulo fue la voz de la enfermera, de la que había notado ya anteriormente su particular manera de hablar, el acento marcado y burdo, poco elegante. Se percató de que en el barco había otra persona que manejaba el mismo tipo de cadencia: el capitán Galvin. Ese acento, comprendió, era distintivo de alguien nacido y criado en Yorkshire. Royd, además, era un típico apellido de esa comarca, y también Galvin podría serlo. Se golpeó con la mano en la frente. Ahí había algo, un simple hilo rojo, quizá, o una coincidencia. También Cleghorn era originario de Yorkshire; de hecho, según el relato de Sangerson, había hablado de «cuando era un muchacho en York». Kelton trazó mentalmente un triángulo entre el capitán Galvin, Cleghorn y miss Royd. ¿Se encontraba la respuesta buscada dentro de ese triángulo? En tal caso, ¿cómo podría alcanzarla? Los habitantes de Yorkshire eran conocidos por ser bastante cerrados y taciturnos. Si el capitán y la enfermera ocultaban un secreto lo protegerían bien, con obstinación. Sería difícil obligarlos a poner las cartas sobre la mesa, a menos que consiguiera forzar la mano. Recordó el mal disimulado interés de Galvin por el joven Sangerson. ¿Estaban todos implicados? ¿Cómo podría aprovechar la confesión de Sangerson por falsa que fuera?

Paró de rumiar exasperado por la consciencia de que tenía muy pocos datos concretos y seguros en los que basarse. ¿Y si de alguna forma el capitán, la enfermera y el joven Sangerson estuvieran todos

implicados en el caso? Aquello no encajaba con su elaborada teoría del desconocido en busca de un tesoro.

Tampoco tomó en consideración el desafío de mister Mond. Más allá, al final de la cubierta, mister Kelton alcanzaba a ver la silueta corpulenta y escandalosa de su compañero de viaje, que, sentado junto a las tres profesoras, daba rienda suelta a su logorrea intercalando sonoras carcajadas y anécdotas personales. Si su confesión de haber asesinado a Samuel P. Cleghorn era cierta, Mond era un asesino extraordinariamente insensato, reflexionó Kelton. ¿Podía ser cierta? Mond era bastante robusto y también bastante fuerte para haber matado a la víctima, pero no tenía un móvil. No conseguía encontrar una relación entre Cleghorn, un hombre de negocios tozudo y severo que llevaba una existencia vacía y retirada, y Mond, desocupado, gran viajero, habituado a los *night-clubs*, que vivía la vida de un obeso animal social. La noche anterior, el primer impulso de Kelton fue no creer las palabras de Mond, atribuirlas a una aberración o a un perverso sentido del humor. Fuera o no verdad, complicaban el caso.

Como se le ocurra a alguien más confesar la muerte de Cleghorn, pensó, me van a dar ganas de hundir el barco. Me da vueltas la cabeza. Soy como un pollo en un campo de grillos: adonde sea que mire veo un reo confeso. En fin, alterarse no sirve de nada. Tiene que haber una respuesta. La única acertada.

Cavilando sobre qué lugar asignarle a mister Mond en el confuso y heterogéneo cuadro general, se dirigió hacia el camarote del doctor Charlesworth.

Durante el trayecto pasó al lado de una figura envuelta en una manta, con el sombrero calado hasta los ojos, en apariencia dormida en una tumbona. Era mister Westervelt. Kelton vio con el rabillo del ojo que el hombre no estaba dormido, sino que lo observaba atentamente, y se paró.

—Un día espléndido —dijo.

—Sí.

—¿Es este su primer viaje a las Bermudas?

—Sí.

—¿Se quedará mucho?

—No.

—Una verdadera tragedia la muerte de mister Cleghorn —comentó Kelton.

El otro lo miró con ojos inexpresivos y tras un largo silencio dijo:

—Todos los crímenes son tragedias.

—¿Usted qué piensa?

Westervelt se quedó de nuevo en silencio, luego utilizó las mismas palabras que le había dirigido a mister Mond la noche anterior.

—No tengo opinión, no dispongo de datos concretos.

—Un modo sabio de ver las cosas —respondió Kelton, preguntándose cómo abrir una brecha en el hermetismo de su interlocutor. Lo reintentó—: ¿Va usted a las Bermudas por trabajo, mister Westervelt?

—Sí.

—¿Cómo está la situación para los negocios allí?

—No lo sé.

Kelton se irritó.

—¿Sabe que estoy investigando en este caso? —preguntó.

—Sí.

—En realidad estoy pidiendo a todos los pasajeros una declaración sobre sus movimientos de ayer. Le agradecería la suya, mister Westervelt.

Al principio el hombre no respondió; después, sin mostrar un atisbo de emoción, dijo:

—La tendrá. Pasé la tarde en cubierta, precisamente en esta tumbona, haciendo crucigramas y dormitando. A las seis y veinte bajé a mi camarote para lavarme. —Su actitud se tornó un poco menos impersonal—. Mister Kelton —añadió—, me doy cuenta de que mi palabra sin aporte de pruebas podría no bastar para convencerle de la veracidad de cuanto afirmo. Desearía tener una coartada bastante más sólida que esta, pero el hecho es que es verdad, como pronto descubrirá. Se demostrará sabio y ahorrará

tiempo si me cree cuando le garantizo que yo no he tenido nada que ver con el homicidio y que no sé nada al respecto que pueda serle de ayuda. Mañana podré convencerle de esto, creo, pero por el momento no estoy en condiciones de hacerlo —pronunció esa última frase con impaciencia.

—Gracias —respondió Kelton, y siguió su camino. Se había quedado impresionado por el tono de sinceridad de las palabras del hombre, aunque, naturalmente, la sinceridad podía ser simulada, reflexionó. Estaba desconcertado por la última afirmación de Westervelt: ¿por qué podría convencerlo de su inocencia al día siguiente y no ahora mismo?

En cualquier caso, al día siguiente podría exigirle que cumpliera su promesa, pensó. Antes de bajar de este barco tendrá que demostrar cuanto ha declarado. O está diciendo la verdad o está tratando de escabullirse con una trola descarada. Al menos esta pregunta puedo dejar que sea el tiempo el que la responda. Dejaré al reticente mister Westervelt en un lugar aparte por el momento.

Encontró al doctor Charlesworth en su camarote, que servía también de estudio. Tenía dos motivos para dirigirse a él. En primer lugar, quería tener la oportunidad de observarlo de cerca. En otras ocasiones, la personalidad de un hombre, una palabra que escapara de su boca, un gesto… le habían proporcionado indicios preciosos. Además, quería consultar la biblioteca médica de Charlesworth, si es que tenía una, aunque lo veía improbable porque ya había clasificado al doctor como un hombre sin ambiciones particulares y que, probablemente, no se esforzaba por estar actualizado con los recientes progresos y descubrimientos de su profesión.

El médico lo recibió con modales corteses.

—No viene como paciente, espero.

—No —confirmó Kelton con una sonrisa—. Estoy demasiado entretenido para sufrir mal de mar. ¡Mi problema es mental! Tengo la cabeza a rebosar de hechos belicosos en liza los unos con los otros.

¿Podría ayudarme?

—Me temo que no mucho —dijo el médico invitándolo a sentarse con un gesto—. Mi ejercicio en este barco se limita a distribuir píldoras marrones y a dar brochazos de yodo en los tobillos arañados de personas que salen demasiado deprisa del comedor. La única purga mental que conozco es el psicoanálisis, y eso requiere tiempo.

Mientras Charlesworth hablaba, Kelton examinó el camarote. En cierto sentido esperaba encontrarlo desordenado y caótico; sin embargo, reinaba allí un orden perfecto. Las estanterías cerradas con puertas a lo largo de la pared estaban llenas de libros, gruesos tomos de aspecto científico, y cuando pasó la mirada por los títulos se quedó de nuevo sorprendido: entendía lo suficiente de literatura médica para darse cuenta de que se trataba de una biblioteca completa y actualizada.

—Esta es solo una parte de mis libros —precisó Charlesworth—. He dejado muchos otros en un depósito. He sufrido serias dificultades para conservarlos todos, los pasajeros continúan entrando aquí a por una píldora y mientras los atiendo siempre tratan de birlarme alguno. Probablemente creen que encontrarán algo picante. Al final, urdí un plan: les retiro delicadamente de las manos el ejemplar de medicina y les presto una copia de *A contrapelo* de J. K. Huysmans, que recoge bastante psicopatología para un profano.

Kelton se echó a reír.

—Un libro de verdad notable —comentó—. Qué no sería capaz de hacer un hombre para experimentar nuevas sensaciones…

Se interrumpió de golpe asaltado por una idea.

—Doctor, ¿qué piensa usted de este homicidio? —preguntó.

—No estoy tan informado como usted sobre el asunto, mister Kelton, por lo tanto, no estoy en disposición de tener una teoría precisa. No soy un gran psicólogo o detective. Mi sector de competencias es la fisiología y la química del metabolismo y por eso estoy en este barco: el trabajo me deja tiempo para estudiar y desarrollar mis investigaciones. Lo lamento, pero temo no poder arrojar mucha luz sobre el misterio.

—¿No tiene ninguna teoría?

—No, solo tengo pruebas médicas en las que basarme. Para ser sincero, he estado tan absorto en un nuevo libro sobre las vitaminas que apenas he reflexionado sobre la cuestión. Todo lo que sé es que Cleghorn fue asesinado de una serie de golpes violentos que le fracturaron el cráneo, golpes asestados con un instrumento pesado manejado por una persona con una fuerza superior a la media. No tengo la más mínima idea de quién ha sido y por qué.

—¿Cuánto tiempo llevaba muerto cuando usted lo vio?

Charlesworth sonrió.

—No soy uno de esos médicos dotados de poderes mágicos capaces de establecer la hora de la muerte de un hombre en el plazo de diez segundos solo con mirarle la frente. En el caso de Cleghorn el *rigor mortis* ya había empezado, pero ya sabe, ese es un proceso gradual. Por lo general empieza una hora o dos después de la muerte, pero hay casos registrados en los que ha empezado a los quince minutos del deceso, y otros en los que no hay resultados visibles hasta muchas horas después, a causa de las condiciones térmicas. Naturalmente, el calor retrasa el proceso. De modo que el hombre del camarote B podría haber muerto veinte minutos o varias horas antes. Sé lo mismo que usted.

—Gracias, doctor. Ahora permítame que le haga otra pregunta. Puede que parezca que el asunto no entra propiamente en su campo, pero ¿podría darme una idea de qué enfermedad es la que aflige a miss Yate?

—Oh, la señora de la silla de ruedas. No, no puedo decirle mucho de ella. No ha requerido mis servicios profesionales. La he visto, por supuesto, y admito que sentí algo más que un fugaz interés por su caso. Conversé brevemente con ella sobre cuestiones de carácter general, peces voladores y tortugas, nada más, pero no tengo bastante experiencia en diagnosis para arriesgar una opinión sin un examen minucioso previo. No obstante, tuve la sensación de que sufre una enfermedad poco común.

—¿En serio? Doctor, ¿cree posible que miss Yate sea

drogodependiente?

El médico reflexionó un instante.

—Quizá sí. Confieso que también yo me hice esa pregunta. Antes de renunciar al ejercicio privado tuve numerosas experiencias con pobres diablos víctimas de varias formas de drogodependencias y llegué a ser bastante bueno en identificarlas y clasificarlas. Como probablemente sabrá, quien usa cualquiera de las substancias estupefacientes más comunes, morfina, cocaína, opio, hachís, éter y otras, muestra los signos distintivos de la droga en cuestión. Prefiero no entrar en detalles, pero un especialista es capaz de distinguir a un opiómano de un cocainómano sin demasiada dificultad. Ahora, mi impresión extemporánea sobre miss Yate es que ella utiliza o ha utilizado sustancias estupefacientes de alguna forma, pero no sabría decir cuál. No presenta ninguno de los signos que indican una determinada droga. Y recuerde, mister Kelton, cuán peligroso puede llegar a ser para un médico admitir que está equivocado, pero le confieso que mi sospecha sobre miss Yate podría ser también del todo infundada. Sus problemas podrían ser solo de índole psicológica, y cualquier médico sincero admitirá que en el campo de la mente humana lo mejor que se puede hacer es proceder con cautela y esperar.

—¿Sabría decirme algo sobre mister Mond? —fue la siguiente pregunta de mister Kelton.

—También en ese caso solo puedo probar a adivinar —respondió el doctor Charlesworth—. No es del todo normal, de eso estoy casi seguro. Vino a hacerme una visita.

—¿De verdad? Cuénteme.

—Pasó por aquí esta mañana a pedirme una pastilla para la indigestión —explicó el médico— y, la verdad, después de verlo comer me pregunté si no le sentaría mejor un cartucho de dinamita. Se comportó de un modo extraño. Primero cogió la pastilla, la lanzó al aire y la recogió con la boca abierta. A continuación, se tomó seis vasos de agua, luego dijo que tenía ganas de cantar y me propuso hacer un dúo con él. Cuando decliné su oferta se puso a cantar *Life*

on the Ocean Wave y paró a la mitad para preguntarme qué consideraba más doloroso, si el ahorcamiento, la electrocución o el fusilamiento. Los locos me interesan, así que le contesté. Tiene una pésima opinión de los médicos, según parece; se enfureció hablando de ellos. Se me ocurrió hacerle varias preguntas y resulta que una vez estuvo ingresado en la clínica del doctor Morgenstern, adonde van a curarse los alcohólicos ricos y las víctimas de agotamiento nervioso. Está obsesionado con que el doctor Morgenstern le dio el alta con un informe donde ponía «Inocuo», cosa que parece encolerizarlo. «Ya le enseñaré yo a ese quién es el inocuo», dijo varias veces.

—¿Usted lo considera inocuo? —quiso saber Kelton.

—Sí —respondió Charlesworth—. Conozco al doctor Morgenstern y su trabajo, es prácticamente el mejor psiquiatra de Norteamérica; si ha declarado inofensivo a Mond hay mil probabilidades contra una de que tenga razón.

—¿Pero hay una sobre mil de que se equivoque?

—Imagino que sí. Ningún médico es infalible. De todas formas, creo que está en lo cierto en el caso de Mond, que me parce un superegocéntrico, la clase de hombre que necesita siempre focos apuntándole a la cara y busca constantemente llamar la atención con su forma de vestir, de hablar y de comportarse. Es un tipo infantil, un exhibicionista. Es de verdad un bebé enorme y quiere que lo traten como tal. Apuesto a que si usted lo amenazase con unos azotes se echaría a lloriquear.

—Gracias por la sugerencia —replicó Kelton—. Podría resultar muy útil.

—Me gustaría tener los derechos cinematográficos de la escena en la que lo azota.

—Serán azotes metafóricos, creo.

—¿Piensa que Mond puede haber tenido algo que ver con el homicidio?

—Quizá —dijo Kelton.

El médico movió la cabeza.

—Yo lo dudo —afirmó—, lo dudo sinceramente. Presenta un ejemplo demasiado desesperado de lo que el doctor Stekel define como «el ego amado» como para hacer cualquier cosa que pudiera causarle verdadero dolor.

—Muy esclarecedor, doctor, le estoy de verdad agradecido. Ahora me pregunto si me permitiría consultar alguno de sus libros. Se me acaba de ocurrir una idea, tan vaga que no oso verbalizarla. Prefiero no exponerla, por ahora, sin hacer antes varias averiguaciones.

—Mi biblioteca está a su entera disposición, mister Kelton, y también yo —dijo Charlesworth.

—Gracias. Ese libro, *A contrapelo*, ¿lo tiene aquí?

—Sí. En la segunda estantería. ¿Cree que puede serle útil?

—Me ha dado una idea —respondió Kelton—. Hace ya años que lo leí, pero recuerdo claramente al joven decadente protagonista. Recuerdo que estaba cansado de las sensaciones mundanas típicas y entonces decidía buscar nuevas emociones. Se inventaba extraños vicios, y uno de esos es el que me interesa ahora de forma particular.

—¿Puedo ayudarlo, mister Kelton?

—No, gracias, doctor. Espero poder desenredar la madeja yo solo.

—Como prefiera. Salgo a dar una vuelta por cubierta. Se lo ruego, siéntase como en su casa.

Kelton se sumergió de inmediato en la lectura, dejándose absorber hasta el punto de perder la noción del tiempo y de no percibir el gong de la comida. Cuando miró finalmente su reloj soltó una exclamación sorprendida.

—Ha pasado toda la mañana y no he hecho nada de provecho aparte de dar comienzo a una persecución inútil. —Soltó el libro.

Se dirigió rápidamente al comedor, que ya estaba desierto porque los demás habían terminado de comer, pero el mozo encargado fue amable y le sirvió una chuleta y una ensalada. Ni siquiera fue consciente de comerse la chuleta y la ensalada de lo concentrado que estaba en el problema.

Mientras terminaba vio entrar al capitán Galvin, a quien el nuevo

día no parecía haberle aportado algo de paz: tenía el aspecto turbado y se empeñaba en ocultarlo. Se acercó enseguida a Kelton.

—Ah, al fin le encuentro —dijo—, le estaba buscando.

—¿Alguna novedad, capitán?

—Sí —respondió el otro con voz ronca—. Los ojos han sido avistados de nuevo.

12

¿Quién ha sido?

—¡Los ojos! —exclamó Kelton—. ¿Dónde?

—Abajo, cerca de la cantina —respondió el capitán Galvin—. Mister Kelton, no soy un hombre religioso, pero este último acontecimiento me empuja a creer en la existencia del diablo.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Han matado a Cæsar.

—¿Un miembro de la tripulación?

—No exactamente, pero para nosotros es como si lo fuera. Cæsar era un perro, llevaba ocho años en este barco, y era un magnífico animal. Si le pongo las manos encima a quien ha sido, que Dios lo ayude. En cuanto a los marineros, están hablando de lincharlo. Adoraban a Cæsar.

—Cuénteme lo sucedido —pidió Kelton.

—Cæsar era un *bulldog* inglés —explicó Galvin—, el más grande que haya visto y un espléndido combatiente. Con las personas que conocía, y naturalmente conocía a todos los oficiales y marineros, era amable, pero si se le acercaba un desconocido, solo, inevitablemente surgían los problemas. Lo teníamos abajo, en la bodega, en los camarotes de la tripulación, para evitar que mordiera a los pasajeros. Una vez, mientras estábamos atracados en el muelle de Hamilton, lo vi lanzarse contra un tipo, un ladrón, y casi lo mata antes de que pudiéramos, con gran esfuerzo, separarlos. Se lo estoy contando porque tiene que ver con lo ocurrido. No, ese perro no era para nada un cobarde. Escúcheme bien.

—Lo estoy escuchando —dijo Kelton.

—Los hombres, para divertirse, hacían un jueguecito con Cæsar. Delante de la cantina hay un pasillo largo y estrecho, lo justo para

un hombre, que conduce a una puerta que da a la sala de motores. Desde la cantina los hombres le lanzaban una pelota al pasillo y el perro corría a buscarla; luego, antes de que pudiera volver a la cantina, le cerraban la puerta dejándolo a oscuras. Él golpeaba y rascaba en la puerta hasta que le abrían. Pues no le veo lo divertido, pensará usted, pero en un barco se hace de todo para pasar el rato. Ese juego es el que le ha costado la vida a Cæsar.

—¿Cómo ha sido?

—George Harris, el cocinero, estaba en la cantina y Cæsar jugando por allí alrededor cuando de golpe se le ha erizado el pelo, como le pasaba siempre que percibía la presencia de un extraño. Normalmente, poco después de que se le erice el pelo suele ir a por el desconocido, pero no en este caso. Se ha agachado junto a George, aullando; a continuación, ha demostrado que estaba asustado de todas las formas que un animal puede usar para ello. George no conseguía entender, no lo había visto comportarse así nunca. Ha sacado la pelotita y ha hecho el gesto de lanzarla al pasillo. Cæsar se le ha arrojado al brazo como si quisiera impedir que lo hiciera. George, obviamente, se ha arrepentido luego, cuando ya era demasiado tarde. Ha lanzado la pelotita y ha gritado: «¡Ve a por ella, Cæsar!». El perro ha dudado. Nunca se había negado a acatar una orden. George ha pensado que estaba jugando y lo ha empujado al pasillo y el perro ha salido muy lentamente, con el pelo erizado. Como de costumbre, George ha cerrado de golpe la puerta de la cantina y de inmediato ha oído a Cæsar aullar, luego un estruendo y el perro ha lanzado un agudo grito de dolor que se ha interrumpido de repente. George ha abierto y jura haber visto un rostro en el vano de la puerta del extremo opuesto del corredor, el rostro de alguien muy alto, con los ojos chispeantes. Después, como un rayo, el rostro ha desaparecido. George ha corrido por el pasillo y ha encontrado a Cæsar tumbado en el suelo, convulsionando, y había muerto antes de que pudiera llevarlo hasta la cantina. Mister Kelton, el diablo le había partido el cuello, limpiamente, como partirías un tallo de apio con los dedos.

—¡Qué horror! —exclamó Kelton—. Pobre perro, imagino que se ha lanzado contra el desconocido y ha pagado su valentía con la vida. ¿Y usted qué ha hecho, capitán?

—He reunido a toda la tripulación y les he pedido que registraran con sumo cuidado la bajocubierta. Habría tenido que hacerlo esta mañana temprano, pero no tenía suficientes hombres.

—¿Qué han encontrado?

—Nada de nada. Ni una huella.

—Voy con usted, capitán —dijo Kelton—. Quiero examinar la escena.

Llegaron al corredor que conducía a la cantina donde Cæsar había encontrado la muerte. Llevaron una linterna y Kelton, rastreando, examinó todo el suelo.

—Ningún rastro de huellas —murmuró—, pero en el fondo es lógico que no haya en un barco: aquí no hay pies llenos de polvo o barro. ¿Y esto qué es?

Recogió lo que parecía un fragmento de cola de pescado, del tamaño de un sello pero de forma oval. Lo estudió atentamente y negó con la cabeza.

—¿Dónde guardan las provisiones? —preguntó a Harris, el cocinero.

—La comida fungible se conserva en la nevera grande que hay al otro lado de la cantina —respondió Harris—. Pescado, carne, huevos y esas cosas.

—Comprendo —dijo Kelton decepcionado—. Ahora quisiera echar un vistazo al perro.

Cæsar había sido un magnífico animal. Tumbado allí, en el suelo de la cantina, tenía la cabeza hacia atrás en una posición antinatural. El capitán Galvin no se equivocaba, el perro tenía el cuello roto. Kelton se agachó junto al animal muerto.

—La fractura no se debe a un golpe —afirmó—, si no tendría la cabeza hacia delante y no hacia atrás. Diría que el perro no ha sido golpeado con un arma, sino agarrado por el cuello, que luego han fracturado con un golpe seco. Hace falta una fuerza increíble para

hacer algo así.

Examinó la boca del animal.

—Creo que consiguió pegar un mordisco antes de que lo mataran. Miren, hay rastros de sangre en los dientes y… ¿esto qué es?

En uno de los labios del perro había enganchado un minúsculo objeto parecido a la mica, plano y traslúcido, de dimensiones y composición idénticas al que había recogido Kelton en el corredor.

—Vuelvo a mi camarote —anunció a continuación—. Se me acaba de ocurrir una idea y necesito desarrollarla. Diga a sus hombres que estén alerta, capitán. Estamos combatiendo con un malvado y cruel enemigo de la humanidad.

Durante el trayecto se paró en la sala de radio para enviar dos mensajes: uno a B. Hong, Mott Street, Nueva York; y el otro al profesor Adrian Tyne, Silvermine, Connecticut. El que iba dirigido a mister Hong iba en clave.

Después emprendió camino a su camarote por la cubierta de paseo. Mister Westervelt parecía dormido en su tumbona, pero no lo estaba en realidad. Los novios de luna de miel, los Johnstone, estaban sentados pegaditos y se cogían furtivamente de la mano. Las tres profesoras estaban leyendo sus libros sobre la flora de las Bermudas. Él pasó de largo, deprisa, pero una voz lo detuvo.

—Buenas tardes, mister Kelton.

Era Esther Yate en su tumbona, y él de nuevo se quedó sorprendido de lo cambiada que estaba. La había visto irse débil y pálida, acompañada por la enfermera hasta su camarote, mientras que ahora presentaba algo de color y hablaba con energía con mister Mond. Tenía los ademanes de alguien que se siente perfectamente en forma. Mond estaba cautivado, tanto que estaba escuchando en vez de monopolizar la conversación como solía hacer.

—Buenas tardes, miss Yate. ¿Se encuentra usted mejor?

—Mucho mejor, gracias. ¿Cómo van sus investigaciones?

—Están prácticamente terminadas —dijo sin mirarla a ella, sino a mister Mond—. No soy de índole cruel, miss Yate, pero le confieso que me dará cierta satisfacción ver colgado al culpable.

Luego se dirigió al hombre.

—Mister Mond —dijo en un tono muy serio—, querría hablar con usted en mi camarote unos minutos, si no tiene inconveniente.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? —preguntó Mond sorprendido.

—Se lo explicaré si viene conmigo —replicó Kelton.

—Estaba disfrutando muchísimo de la compañía de miss Yate —protestó Mond.

—Lamento tener que interrumpirle —rebatió Kelton—, pero estoy seguro de que miss Yate lo perdonará. Se trata de una cuestión urgente, mister Mond, y muy seria para usted.

—Voy de inmediato —dijo el hombre levantándose con la cara larga y preocupada—. Discúlpeme, miss Yate.

—Por supuesto. ¿Volverá usted?

—Enseguidísima, espero.

Mond siguió a Kelton hasta el camarote.

Con sus modos más solemnes Kelton cerró la puerta con llave y con un gesto invitó al otro a sentarse, luego se quedó sentado mirándolo fijamente, en silencio, durante casi un minuto.

Mond resistió cuanto pudo la tensión, luego exclamó:

—¿Y bien? ¿Puede saberse qué quiere de mí?

Con voz sepulcral Kelton respondió:

—Mister Mond, ayer por la noche hizo usted una confesión y lanzó un desafío que ahora estoy dispuesto a aceptar. Le he pedido al capitán Galvin que lo arreste y lo encierre en la celda del barco por el homicidio de Samuel P. Cleghorn. A continuación, será entregado a la policía de las Bermudas o a la de Nueva York. En las Bermudas el homicidio está penado con la horca, creo, en Nueva York con la silla eléctrica. No conozco lo suficiente el derecho marítimo para saber cuál le tocará, pero puede estar seguro de que una de las dos…

Mientras hablaba vio materializarse en Mond una metamorfosis: su rostro palideció y los labios le empezaron a temblar. Luego, el hombretón se echó a llorar como un niño pillado con el dedo metido en el bote de mermelada.

—¡Vamos, mister Kelton, no lo haga, se lo ruego! —gritó—. No fui yo, de verdad. Solo bromeaba. ¿No entiende una broma?

—Esto no es una broma —dijo Kelton.

—Lo era, se lo juro —gimió Mond—. No he matado nunca a nadie. Es más, sería incapaz de hacer daño a una mosca, de verdad. Era todo palabrería, nada más. Pensé que sería emocionante, en cierto sentido, hacerle creer que el asesino era yo e inducirle a seguirme por el barco y a pedirles a todos los demás que me tuvieran vigilado. Jamás pensé que se tomaría en serio mi confesión, de verdad. He estado hablando casi toda la tarde con el capitán, él se lo confirmará. No hará que me cuelguen, ¿verdad, mister Kelton?

Su terror y arrepentimiento parecían del todo genuinos.

—Mond —dijo Kelton—, quiero aceptar su explicación. No tomaré iniciativas contra usted. No le he pedido al capitán que lo arreste ni tengo intención de hacerlo. Sin embargo, quiero darle un consejo: trate de contener su sentido del humor o su presunción. Confesar un homicidio es una broma de pésimo gusto. Un día de estos alguien menos tolerante que yo se lo tomará en serio y usted se verá en la cárcel, lo que no es precisamente agradable, o quizá colgado de una cuerda, que lo es todavía menos.

Sus palabras le habían devuelto a Mond un vago resto de su antiguo atrevimiento.

—Supongo que tiene razón —admitió—. Me he comportado como un tonto. No se lo dirá a nadie, ¿verdad?

—No —prometió Kelton—, no será necesario. Ahora, le ruego que se marche. Me ha hecho desperdiciar un montón de tiempo y de reflexiones.

—Lo lamento, mister Kelton —dijo Mond, y luego se fue como la caricatura de un escolar al que han reñido.

El rostro de Kelton se relajó con una sonrisa.

Esto saca al loco de la baraja, se dijo. Por suerte pasé por el médico y leí algunos casos clínicos en sus libros. ¡Este imbécil papanatas! ¡Qué estúpido pelmazo! En fin, al menos una de las confesiones está explicada. ¿Y las otras?

Por primera vez desde que empezó el caso tenía a su disposición un cierto lapso de tiempo en el que poder concentrarse sin interrupciones. Había apostado consigo mismo, en juego estaba un nuevo y carísimo microscopio, a que conseguiría descifrar el enigma antes de que el barco tocara el muelle de Hamilton al día siguiente. Sentado en su camarote, en cambio, tuvo la impresión de que las posibilidades eran más bien escasas. Mond había quedado eliminado, pero faltaban Sangerson, el capitán, Westervelt, Varga… y miss Royd. Todos posibles culpables. Aun así, su acusación contra cualquiera de ellos estaba muy lejos de ser sólida. Tenía suposiciones, conjeturas, teorías que conducían a… ¿qué? Al caos.

No veía la hora de recibir las respuestas de sus telegramas. Necesitaba todos los rayos de luz que pudiera obtener, lo más fiables que pudieran ser. Se concentró en el incidente de la muerte del perro.

En apariencia era fácil de explicar. El perro había percibido la presencia de un extraño, se asustó y su instinto animal lo hizo reaccionar ante el peligro. Luego, con el valor típico de su raza, atacó y fue asesinado. El asesino había huido y se había escondido. ¿Dónde? Según el capitán la tripulación había hecho un minucioso registro, pero los marineros no son famosos precisamente por su astucia y seguro que habían sido burlados.

Reexaminó los fragmentos, como trocitos de cola de pez, encontrados en el pasillo y en la boca del perro. Reexaminó también una de las primeras pistas que había encontrado, el mechón de pelo del lavabo del camarote B. Eran pelos largos, ásperos, muy secos. Se palmeó la frente, una señal de que en su cerebro algo se estaba moviendo.

Quizá era un caso parecido al que escribió Poe en su macabro relato *Los crímenes de la calle Morgue*, donde el asesino era un orangután. El mechón de pelo pertenecía con toda probabilidad a un animal. ¿Cómo era el pelo de un orangután? Trató de recordarlo. Seguramente crespo, pero ¿también rayado como el del mechón? Luego se dio cuenta de lo emocionado que estaba con esa idea tan

loca. Un orangután era mucho más corpulento que la mayor parte de los hombres. En la jungla nativa seguramente era bastante inteligente, pero a bordo de un barco ¿no estaría quizá confundido y por lo tanto destinado a ser descubierto?

Además, ¿cómo explicar la presencia de semejante animal en el Pendragon? Esos animales no caían del cielo ni salían del mar. Su hábitat es muy concreto y lejano. Había poquísimos en cautividad, Kelton lo sabía. No, la teoría era absurda, tenía que encontrar una explicación menos fantasiosa.

Se quedó sentado en su camarote toda la tarde, reflexionando. Encontró algunas respuestas a sus preguntas, pero quedaron invalidadas por nuevas preguntas. El gong de la cena interrumpió sus elucubraciones. Comió en silencio. Estaban los novios Johnstone, las tres profesoras, el comisario y el médico de a bordo. También estaba presente Mond, aparentemente abatido, lo que no le impidió sin embargo ingerir kilos de puré de patata y litros de agua helada. También mister Westervelt se presentó a la cena, discreto, amable y reservado como siempre. El capitán, miss Imlay, Sangerson y Varga no aparecieron, y tampoco miss Yate y su enfermera.

Toda la meditación de Kelton, aquella tarde, estuvo centrada en la decisión de probar con otra de sus «bombas psicológicas». Había programado detonarla después de la cena y había elegido como escenario para la explosión el camarote del capitán Galvin.

Encontró allí al capitán, que estaba fumando ansioso una vieja pipa de brezo, pero, a juzgar por su expresión, le estaba produciendo muy poco alivio. Parecía exhausto.

—Buenas noches, mister Kelton —dijo esforzándose por parecer jovial y cómodo—. ¿Ha tenido suerte?

—Sí, si queremos llamarlo así —contestó él—. Este que me ha hecho es un encargo extremadamente desagradable, capitán, el tipo de encargo que me hace sentir poco afín respecto a esa cosa abstracta que llamamos «justicia». Detesto ser el instrumento de una justicia que hará sufrir a personas que no son verdaderos criminales a causa de una única desviación del camino correcto.

—No lo sigo —dijo Galvin, pero su actitud demostraba que tenía una idea bastante precisa de lo que iba a ocurrir—. ¿Ha capturado a su hombre?

—Sí —respondió Kelton—. Vengo a pedirle que lo arreste.

—¿Quién es? —preguntó el capitán con voz trémula.

—Russell Sangerson.

—¿Qué ha encontrado en su contra?

—Un número suficiente de elementos. El móvil. Era el sobrino y el heredero del difunto. Discutieron. Sangerson lo golpeó con fuerza.

—Pero eso es solo una hipótesis…

—No es solo una hipótesis. Sangerson ha confesado.

—¿Qué?

—Se lo repito —dijo Kelton—. Russell Sangerson me ha confesado que mató a su tío, Samuel P. Cleghorn. He buscado en vano otras explicaciones del homicidio, pero no he encontrado nada. Lo lamento por el joven, pero no veo otra solución que arrestarlo y entregarlo al detective que viene a bordo del Tarragonno.

El capitán aguantó la respiración. Cuando por fin abrió la boca, lo hizo con voz ronca y el rostro crispado.

—No pienso arrestar a Sangerson —anunció.

—¿Se niega a hacerlo? ¿Por qué? —preguntó Kelton.

—Porque —respondió Galvin— el culpable del homicidio no es él… y yo sé quién es.

13

Más fuerte que la muerte

—¿Sabe quién es el culpable?

—Sí, lo sé —respondió el capitán Galvin.

El capitán parecía más reflexivo.

—El nombre viene acompañado de una historia —afirmó—, y antes de darle el nombre quiero que la escuche. No soy muy bueno relatando, pero lo haré lo mejor que pueda. Tenemos mucho tiempo, ahora que la caza ha terminado. Tenga, mister Kelton, pruebe uno de estos cigarros.

Kelton lo encendió y se apoyó en el respaldo de la silla. La luz del camarote iluminaba el rostro consumido de Galvin, que soltó la pipa ya apagada y suspiró.

—La historia empieza en un pueblo de Yorkshire —explicó—, Abbot's Glade, una minúscula aldea sede de un mercado donde los campesinos de los alrededores van a vender sus productos. Comienza hace treinta años. ¿Ha estado alguna vez en Yorkshire, mister Kelton?

—Una vez —dijo él—, paré un día en York para visitar la catedral.

—Entonces, apenas conoce Yorkshire y sus habitantes, mister Kelton, y mi historia tiene que ver con ellos. La gente de Yorkshire no es precisamente fácil de conocer. Un extranjero podría pasar años y años con ellos sin entenderlos. No los apreciaría mucho al principio. Las personas podrían parecerle duras…, antipáticas, podría decirse. Hablan poco, pero trabajan duro. Son mayormente agricultores, viven junto a sus tierras y no son ricos. Son sobrios con el poco dinero que ganan porque no pueden ser de otra manera. Los londinenses los describen como toscos, rudos, porque no consiguen ver bajo la superficie y entender que bajo la rudeza hay personajes

robustos y sólidos como las colinas de Yorkshire. Son personas simples, fuertes, mister Kelton, y aman de esa misma manera, y también odian. Hay un viejo dicho en Yorkshire, que podría considerarse una adivinanza: ¿qué es más fuerte que la muerte? La respuesta es: el amor. No oirá hablar mucho de divorcios entre la población de Yorkshire. Cuando un hombre es «para» una mujer, como dicen allí, lo es para siempre. Cuando un hombre de Yorkshire llega a conocerte y te aprecia, tienes un amigo para toda la vida, un amigo dispuesto a arrojarse al fuego por ti. Y también es verdad que si le haces una jugada a uno de ellos te procurarás un acérrimo enemigo que no olvidará nunca y que esperará con calma el momento de vengarse, aunque tenga que perseguirte hasta el infierno para conseguirlo.

Encendió de nuevo la pipa.

—Yo soy un hombre de Yorkshire —afirmó—, nacido y criado en Abbot's Glade, en la pequeña granja de mi padre. Hace varios siglos que los Galvin viven en esa parte de Yorkshire, cerca de la frontera escocesa. Tenía cuatro hermanos y cinco hermanas, y mi padre era un hombre pobre, encorvado por el trabajo. Era una especie de tradición familiar que uno de los hijos menores fuera al mar, incluso hubo un Galvin en Trafalgar con el almirante Nelson. Y así se decidió, yo era solo un chiquillo, pero mi destino era ser marinero. Me hizo muy feliz, siempre me gustó la vida en el mar. Así que me cargué al hombro un baúl de madera de pino con mi ropa y me fui de mozo en la marina mercante. Me gustaba aquella vida; fui criado con severidad, de manera que cumplía con mi deber con mucho cuidado, y no veía la hora de que llegara el día en el que por fin tendría un barco todo para mí para poder capitanearlo. Apenas había cumplido los diecinueve años y estaba ganando, y ahorrando, una discreta paga cuando obtuve una licencia y pude ir a pasar un mes con mis padres en Abbot's Glade. Hacía tres años que no volvía a casa porque mi barco había cruzado el mar de China. En fin, en tres años pueden pasar muchas cosas, sobre todo a los jóvenes. La primera noche me acerqué a la granja más cercana para relatar

algunas de mis aventuras en países extranjeros a sus propietarios, a los que conocía de toda la vida: John Royd y su mujer, y su joven hija, Julia…

—¿Julia Royd? —preguntó Kelton.

El capitán Galvin asintió.

—Justo ella —respondió—. La conozco desde que era pequeño, tiene solo unos años menos que yo. Cuando me fui, era solo una chiquilla graciosa con su vestidito corto que jugaba aún con muñecas, pero cuando volví era una joven mujer, con el cabello recogido…, y antes de que aquella noche en casa de los Royd acabara comprendí que estaba enamorado, y comprendí también algo más, leyéndolo en sus ojos: Julia me amaba a mí. Aquel mes que pasé en Abbot's Glade fue el tiempo más espléndido y feliz de mi vida. Veía a Julia todos los días, hicimos pícnics, excursiones en carros de heno y paseos charlando bajo la luz de la luna, y nos enamoramos perdidamente y para siempre. Pasadas menos de tres semanas ella dijo que se casaría conmigo y yo estaba loco de contento. Hablamos con sus padres y con los míos, y todos estaban muy felices. Hablamos de casarnos enseguida, pero nuestros padres se opusieron a la idea, dijeron que éramos muy jóvenes, que era mejor esperar unos meses, hasta que obtuviera la promoción que esperaba después de otro viaje. Preveía estar fuera casi un año para un viaje alrededor del cabo de Hornos, así que decidí esperar. Sentía el corazón apesadumbrado cuando me despedí de Julia; sin embargo, estaba feliz. Al cabo de un año volvería y podría llevármela como mi esposa. Me despidió con un beso en la pequeña estación de Abbot's Glade, y yo volví al barco.

Interrumpió el relato para dar una calada a la pipa y luego continuó.

—Fue un viaje extraordinario: São Paulo, San Francisco, Singapur, y al fin vuelta a Dundee. Le escribí a Julia desde cada puerto y le mandaba regalitos, y recibí algunas cartas suyas cariñosas y encantadoras como ella, aunque como el resto de los habitantes de Yorkshire no era especialmente hábil escribiendo. Salté del barco en

Dundee con una licencia y un anillo en el bolsillo, un precioso uniforme nuevo sobre los hombros y el corazón latiendo fuerte. El tren pareció tardar una eternidad en llegar a Abbot's Glade, donde sabía que Julia me estaba esperando. Bajé del vagón antes de que se detuviera de lo ansioso que estaba por llegar a casa y abrazarla. No la había avisado de mi llegada, ¿sabe?, quería darle una sorpresa. Había recibido mi último mensaje cuando el barco estaba recargando carbón en Bombay, en aquel momento pensaba que no podría volver a casa hasta pasados cinco o seis meses.

»En fin, corrí hasta su casa y ella estaba allí, pero nada más verla supe que algo no andaba bien. Me besó y trató de fingir que estaba contenta, pero me di cuenta de que su risa era forzada. Traté de convencerla de que me dijera si había algún problema, y al principio insistía en que no, pero luego, de golpe, se derrumbó. Se echó a llorar y me dijo…

Gavin se calló un instante, con el rostro contraído de la emoción.

—Era la típica vieja historia, una historia que creo que oiremos mientras en el mundo siga habiendo hombres y mujeres. Durante mi ausencia Julia había conocido a otro hombre. Lo llamo «hombre», aunque no lo era: si ha existido alguna vez un animal con apariencia de hombre, ese era Jacob Murdo. Era un tipo alto y apuesto, con algunos años más que yo. Venía de York y viajaba por el país vendiendo a los campesinos arados, rastrillos y otros aperos agrícolas. Un tipo astuto, decían todos, que llegará lejos, a punto de convertirse en socio de su empresa. Parecía uno de esos hombres destinados a prosperar porque demostraba una infinita confianza en sí mismo y un carácter autoritario. Bien, puede imaginarse el resto. Vio a Julia y decidió que la quería. Sabía cómo obtener lo que deseaba, ya fuera dinero o mujeres. Julia lo abofeteó el primer día, pero él volvió a la carga una y otra vez. Le dijo que estaba enamorado de ella, que quería casarse con ella, le pintó el cuadro de una vida con él en York, la vida de la mujer de un hombre rico. Julia todavía aguantó, por mí, aunque él se reía de ella y le decía que era tonta si desperdiciaba su vida casándose con un marinero. No la

amaba, era el tipo de hombre que no sabe amar a nadie salvo a sí mismo, pero había decidido poseerla y no le importaba qué método usar. Cuando todos sus intentos fallaron le contó una mentira sobre mí, le dijo que había visto en un informe de los Lloyd's, los de la compañía de seguros inglesa, que me había perdido en el mar. Pobre Julia…, le creyó. No podía culparla. Era solo una chiquilla que nunca había visto nada del mundo y él era listo, malditamente listo. En fin, acabó por convencerla de huir juntos a Edimburgo, donde prometió casarse con ella. Naturalmente, una vez allí, no cumplió su promesa, que aplazaba continuamente. Al final se cansó de ella y la devolvió a casa con la excusa, falsa, de que había ido a Edimburgo a trabajar en una de las hilanderías. Los padres la creyeron porque siempre había sido una chica sincera y honesta, pero… aquel terrible día, sentada en el banco donde había jurado que se casaría conmigo, me dijo que no podía seguir ocultando su secreto a sus padres. Esperaba un bebé, hijo de ese animal de Murdo.

El capitán dejó de hablar, momentáneamente incapaz de continuar.

—¿Usted qué hizo? —preguntó Kelton.

—Por un instante perdí la cabeza. Quería matarlo. Quería sentir mis manos en su garganta mientras le quitaban lentamente la vida. Julia me imploró que me calmara. El daño estaba hecho, dijo, y eso no tenía remedio. Matar a Murdo solo serviría para ir de cabeza a la horca y que la deshonra cayera sobre ella, sus padres y los míos. Y le hice caso, de lo cual todavía hoy me arrepiento. Discutimos mucho. Le dije que yo me casaría con ella, pero ella dijo que no podía aceptar, que solo la odiaría por todo lo ocurrido, que la odiaría a ella y al niño. Como le acabo de contar, mister Kelton, los de Yorkshire somos personas muy simples. Según nuestro código de honor el que mete en problemas a una chica debe casarse con ella. Y eso era lo que nos habían enseñado a Julia y a mí. Me ofrecí a ir a York para exponerle la situación a Murdo y pedirle que cumpliera con su deber. Ya ve, en esa época no lo conocía, creía lo que quería creer, es decir, que había estado sinceramente enamorado de Julia, pero que las circunstancias lo habían obligado a aplazar la boda. Fui

a verlo a York y enseguida me di cuenta de qué tipo de hombre era. Se rio en mi cara. «Si tuviera que casarme con todas las chicas de campo que se enamoran de mí tendría un harén», dijo. No sé cómo no lo maté en ese mismo momento. Le había prometido solemnemente a Julia tener las manos quietas durante toda la entrevista con él, y cumplí mi palabra. Salí de su oficina y volví con un revólver. Cuando se lo enseñé, él se quedó de piedra y yo entendí que pese a su presencia física no era más que un cobarde. «Te casarás con Julia Royd hoy mismo —le dije— y le darás tu apellido a su hijo, si no te pego un tiro». Era bastante listo como para saber que hablaba en serio y cambió de actitud. De verdad quería a Julia, dijo, y siempre había tenido la intención de casarse, pero había estado inmerso en un periodo de intensa actividad laboral y como estaba a la espera de la admisión como socio había ido aplazando todo. En parte le creí. Quería creerle por el bien de Julia, pero no me fiaba de él, así que lo escolté hasta Abbot's Glade con el dedo constantemente en el gatillo, y los vi casarse con todas las de la ley en la ermita de piedra, con los ojos inundados de lágrimas y el corazón roto y vacío. Luego me fui.

»Poco antes de partir —continuó el capitán Galvin—, tuve una charla con Murdo. Le dije, con todo el vigor posible, que se había casado con la mejor muchacha de Yorkshire y que ella sería una esposa de la que cualquiera estaría orgulloso. Le dije: «Jacob Murdo, serás amable con Julia y la cuidarás. En caso contrario, si la maltratas de cualquier forma, te juro que responderás ante mí, cueste lo que cueste. Te mataré». Estaba bastante asustado, sabía que yo hablaba en serio. Prometió ser un buen marido. Me fui a Dundee, donde me emborraché por primera vez en mi vida y estuve ebrio, totalmente borracho, durante dos semanas. Al final volví al barco y zarpamos con destino a Liberia y la Costa de Oro para recoger goma y marfil.

Cargó de nuevo la pipa.

—Lo que le he contado es muy antiguo, lo sé, mister Kelton, pero tenía que hacerlo si usted quiere entender este caso —precisó—.

Aquel viaje no me procuró ningún placer, pero desempeñé bien mi trabajo. Trataba de olvidar, ¿comprende?, pero sabía que no iba a conseguirlo fácilmente. Sabía que amaba a Julia y que la amaría siempre. Trabajaba duro porque mi trabajo me mantenía el cerebro vivo y mitigaba un poco el dolor. De la Costa de Oro fuimos hasta Ciudad del Cabo y Nueva Zelanda. El tiempo pasaba, pero a mí no me importaba. No tenía ningún deseo de volver a Yorkshire. Cuando lo hice, casi tres años y medio después, fue a causa de la muerte de mi madre. Me informé con mucha discreción sobre Julia y me enteré de que se había trasladado a York con su marido y que había tenido un hijo, un varón. Fui a York esperando verla y nada más. Sentía que ya no podía formar parte de su vida. Como no conseguí verla, empecé a buscarla y finalmente, gracias a sus vecinos, descubrí lo que había sucedido. Murdo no había cumplido la promesa que me había hecho. Inmediatamente después de mi partida, antes incluso de que naciera el niño, había empezado a maltratarla y después del nacimiento del pequeño solo fue a peor. Los vecinos me dijeron que le pegaba…

Galvin cerró sus enormes manos en dos puños.

—No pudo cumplir la promesa porque dejó York. Cuando el niño tenía dos años, Murdo abandonó a Julia, dejándola enferma y sin un penique. Se fue, nadie sabía a dónde, y se llevó al pequeño con él. Cuando ella peleó por quedarse con el niño, la golpeó hasta dejarla inconsciente diciendo: «Es mi hijo. Será el hijo de un hombre rico». Se descubrió bien pronto cómo huyó de York: por lo visto robó dinero de su empresa y abandonó la ciudad con casi dos mil libras esterlinas. Se hicieron pesquisas, naturalmente, y usted conoce la eficacia de la policía inglesa, pero Murdo consiguió escabullirse sin dejar ni rastro. Pobre Julia, sus padres habían muerto y ella estaba sola, destruida y casi loca de dolor por la pérdida de su hijito. Dios, solo con que yo hubiera vuelto un mes antes… Pero no lo hice, y solo un mes antes de mi llegada a York ella partió en busca de su hijo, y nadie supo decirme a dónde.

Se secó el sudor de la frente.

—Ahora la historia da un salto adelante de varios años —dijo—. Me vi obligado a volver a la mar, navegando por todos los rincones del planeta, porque ese era el único modo que tenía de ganarme el pan. Allá dónde fui, pregunté por Julia Royd, por Murdo y por el niño. Cuando estaba de permiso salía a explorar las ciudades. El mundo, al fin y al cabo, no es tan pequeño, mister Kelton. No conseguí encontrarla, no di ni con el más mínimo rastro que poder seguir. Así pasaron los años, sin que Julia abandonase jamás del todo mi mente o mi corazón. Puse anuncios en los periódicos, allí donde estuviera, sin obtener jamás respuesta. La razón me aconsejó muchas veces renunciar a esa búsqueda, pero no lo hice. Los hombres de Yorkshire están hechos así. El tiempo pasó, como digo, y yo me convertí en capitán, con un barco propio, y estaba orgulloso, pero no pasaba un día sin que pensara dónde estaría Julia. Si ella estuviera aquí, navegando conmigo… Luego, parece que haya pasado un año, aunque solo son unas horas, iniciamos este desafortunado viaje.

»Estaba en el puente de mando revisando los preparativos para la partida y observando distraídamente a los pasajeros que subían por la pasarela. En un determinado momento vi subir a bordo a un hombre y mi corazón se paró de golpe. Era más viejo, más robusto, encanecido, pero su rostro lo tenía impreso a fuego en la memoria y comprendí que uno de mis pasajeros era Jacob Murdo. Me di la vuelta. Él no me había visto. Me fui a mi camarote sin apenas entender qué estaba haciendo al leer la lista de los pasajeros. Por el comisario de a bordo supe que Jacob Murdo se había registrado con el nombre de Samuel P. Cleghorn. Yo sabía por qué. Nada más dejar York se cambió el nombre para despistar a la policía. Ya no me cabía duda sobre el hecho de que, con ese nuevo nombre, se habría establecido en Norteamérica y habría hecho fortuna. En mi cerebro reinaba el caos. ¿Qué debía hacer? Quizá él sabía dónde estaba Julia, probablemente sabría qué había sido del niño. Pero si me dejaba ver seguramente se pondría en guardia, o bajaría del barco y borraría de nuevo su rastro. Me quedé en mi camarote hasta que el barco salió del puerto, tratando de decidir qué hacer, luego tomé

una decisión: bajaría a ver a Murdo y trataría de sacarle toda la verdad. Si no lo consiguiera, lo castigaría por lo que le había hecho a Julia. Era un plan desesperado, loco, pero no lo pensé. Me costaría el barco, quizá la libertad, pero recordaba el rostro confiado y amable de Julia y, con el corazón latiendo desbocado, entré en el camarote de Jacob Murdo… o Samuel P. Cleghorn.

—¿Qué hora era? —preguntó Kelton.

—Había pasado una media hora desde que bordeamos la Estatua de la Libertad —respondió Galvin—. Abrí la puerta sin llamar y allí estaba él. Me reconoció de inmediato, me di cuenta. Sus ojos crueles se dilataron y se le quedó el rostro pálido.

»Trató de fingir. «¿Qué puedo hacer por usted, capitán?», preguntó. «¿Podrías decirme qué ha sido de Julia, Jacob Murdo? —le contesté—. ¿Creías que iba a olvidarme ya pasaran veinte años o veinte siglos? Dime qué sabes de ella, mientras te quede aliento para hablar». Se había puesto amarillo. «No sé nada de ella, Galvin —afirmó—. No volví a tener noticias de ella desde que dejé York. La he buscado por todas partes. Le causé muchos problemas y quería poner remedio». Yo sabía que estaba mintiendo. Vi en sus ojos que trataba de ganar tiempo, y también de tergiversar todo mientras conseguía huir y ponerse a salvo. «Seguramente recordarás lo que te dije en el cementerio de la iglesia de Abbot's Glade», le contesté, y comprendí por su expresión que lo recordaba perfectamente. Luego, sin preaviso, cogió un macizo bastón de paseo y se me echó encima. Yo estaba en el umbral de la puerta para bloquearle la salida. Paré el golpe con los antebrazos, después nos enzarzamos el uno con el otro. Él era fuerte, pero yo lo era más, y el odio ardía dentro de mí. Le arranqué de las manos el bastón y lo golpeé, una y otra vez, hasta que quedó tumbado a mis pies hecho un amasijo sanguinolento. En ese instante me sentí como quien está despertando de una pesadilla. Vi lo que acababa de hacer. Levanté a Murdo, lo coloqué en su litera y eché las cortinas. Tiré el bastón al mar por el ojo de buey, que después cerré. Habría tirado fuera también el cadáver, pero no habría cabido. No tenía un plan, hice lo

primero que se me pasó por la cabeza. Luego oí ruidos en el pasillo y pensé que podía ser el mozo, y temiendo que me pillase allí corrí fuera del camarote para subir al puente.

—¿Qué pasó entonces?

—Iba a toda prisa por el pasillo cuando me volví y vi una mujer parada delante del camarote B, donde yacía Murdo. Mi primer pensamiento fue que habría oído ruidos de la pelea, el siguiente fue que la conocía. Los años la habían cambiado, pero un hombre no olvida nunca el rostro de la primera muchacha que amó. En el instante justo en que vi a Julia ella me vio a mí. Lanzó un grito y echó a andar para alcanzarme. El instinto me decía que debía alejarme del camarote B a toda costa, así que salí corriendo, sabiendo que ella me seguiría. Seguramente recuerda que tropecé con usted en la escalera.

—Sí, lo recuerdo —confirmó Kelton—, y miss Royd hizo exactamente lo mismo.

—Casi se desmaya cuando me vio —siguió el capitán—, pero en cuanto se recuperó corrió tras de mí. El encuentro que había ansiado durante tantos años finalmente tenía lugar, pero fue un encuentro amargo para ambos. Le conté, sabía que antes o después tendría que hacerlo, mi discusión con Murdo, o Cleghorn, y lo que había hecho. Dijo que estaría a mi lado. No puedo decir que mi acto me pesara mucho en la conciencia: Murdo fue el que asestó el primer golpe y yo tuve que defenderme. Incluso sentía que el mundo era un lugar mejor ahora que él lo había dejado. Si alguna vez ha existido un hombre que mereciese un destino así, ese era Jacob Murdo. Naturalmente sabía que la ley no perdona el homicidio, ya sea intencional o culposo. Mi captura significaría la prisión y la ruina para mí, por eso cuando encontré a Julia juntos decidimos encomendarnos a la suerte para evitar mi arresto. Probablemente había miles de hombres que odiaban a un tipo como Murdo como para querer matarlo. Decidimos que saldría a la luz para contar la verdad solo si fuera necesario para salvar a un inocente. Y eso es lo que estoy haciendo ahora, mister Kelton. No puedo quedarme

mirando mientras Russell Sangerson es acusado de un crimen…

—Capitán —dijo Kelton—, estoy profundamente conmocionado por todo lo que me acaba de contar, pero hay más, lo sé…

—¿Qué más puede haber?

—Es obvio. ¿Cuál es el motivo por el que quiere salvar a Sangerson?

—Creo que usted lo sabe —dijo apático Galvin—. Al principio ignoraba quién era en realidad, ignoraba que estaba relacionado con Murdo. Luego, como probablemente sospecha, sustraje los telegramas dirigidos a usted y descubrí su verdadera identidad: Sangerson no es el sobrino de Murdo, sino su hijo, su hijo y el de Julia Royd. Estuve del todo seguro cuando vi sus ojos: son los ojos de su madre tal y como los recuerdo en el pasado, en Abbot's Glade.

—¿Y por qué Murdo, o Cleghorn, hizo pasar a su hijo por su sobrino?

—Para hacer más difícil a la policía la tarea de encontrarlo, imagino —dijo el capitán—. Una vez iniciado el fingimiento tenía que sacarlo adelante. Siempre fue listo, Jacob Murdo. El motivo por el que se quedó al chico es más difícil de explicar, pero creo que ya sé por qué lo hizo.

—¿Por qué?

—Por orgullo. Los hombres de Yorkshire son muy orgullosos. Quieren que los hijos hereden su patrimonio. Pueden incluso tratarlos mal, como no dudo que Murdo haya hecho con el suyo, pero quieren que todo lo que han acumulado pase a carne de su carne y sangre de su sangre. Conozco a los hombres de Yorkshire y estoy seguro de que no me equivoco.

—¿Sabe Julia Royd que Sangerson es su hijo?

Galvin bajó la cabeza.

—Sería justo decírselo, supongo —afirmó—, pero no he sido capaz de decidir si hacerlo o no. No se puede reflexionar con mucha lucidez cuando uno ha cometido un homicidio y espera de un momento a otro que la mano de la justicia caiga sobre sus hombros.

—No se lo diga por ahora —aconsejó Kelton—. Hay que informarla,

pero no ahora. Quisiera preguntarle otra cosa.

—Sí, mister Kelton.

—¿A qué hora entró en el camarote B?

—Sobre la una, diría. En todo caso, no mucho más tarde.

—Entonces, ¿cómo explica que a las cinco Larsen, el mozo, haya escuchado claramente la voz de Cleghorn o Murdo en su camarote?

Galvin negó con la cabeza.

—No sé explicarlo —contestó—. Lo único en que consigo pensar es en el hombre de los ojos brillantes. El homicidio de Murdo está explicado, que Dios me ayude, pero los ojos no. Él, llámelo diablo o lo que quiera, podría haber estado en el camarote por motivos personales, pero desde luego no fue Murdo quien respondió al mozo. Estaba muerto cuando yo salí del camarote.

—Comprendo —dijo Kelton casi para sí—. Entonces, nuestro misterio se divide en dos misterios bien distintos.

El capitán Galvin estaba sentado en su butaca, con la cabeza vencida sobre el pecho.

—Ahora conoce mi historia, mister Kelton —afirmó—. Supongo que tendré que llevar mi barco hasta el puerto de Hamilton para que me entregue a la policía. No trataré de huir, afrontaré las consecuencias de mis acciones. El caso Murdo está cerrado, pero hay que encontrar todavía esos ojos…

Llamaron a la puerta.

—¿Está ahí mister Kelton? —preguntó la voz de Haley, el radiotelegrafista.

—Sí.

—Hay un par de mensajes para él.

—Gracias, Haley —dijo Kelton abriendo la puerta y recogiéndolos.

Uno estaba en clave y se lo guardó en el bolsillo sin pararse a desencriptarlo. El otro contenía solo dos palabras: «Sí. Tyne».

Kelton contuvo una imprecación.

—¡Viejo tonto! —exclamó—. ¿No podía ser un poco más específico?

—¿Qué ocurre? —preguntó el capitán.

—No tiene importancia, hablaba solo —respondió él—. Capitán,

encontraré esos ojos… esta misma noche. No será fácil y seguramente será peligroso. ¿Qué armas de fuego hay a bordo?

—No muchas. Tengo una pistola automática y creo que McQuarrie tiene un viejo revólver del ejército, y en el despacho del comisario hay un fusil de caza que se dejó un pasajero… Por Dios, ¿qué pasa?

Ambos se levantaron de golpe al oír un alarido aterrador.

—Rápido —dijo bruscamente Kelton—, quizá aún estemos a tiempo. Ah, ¿cómo he podido ser tan estúpido? Temía que pudiera suceder. ¿Tiene su pistola, capitán?

—Aquí está, preparada para actuar —gritó Galvin y salió corriendo del camarote con Kelton pisándole los talones.

14

El destino de Gabe Fest, marinero de primera

Los gritos habían cesado. Aparentemente procedían de la cubierta superior, cerca de popa. Era una noche oscura, teñida de esa oscuridad aterciopelada que se da en las zonas subtropicales. La linterna eléctrica del capitán Galvin trazó un sendero blanco sobre la cubierta. Cerca de popa, bajo un bote de salvamento, él y Kelton se detuvieron y lanzaron un grito angustiado: en el haz de luz yacía el cuerpo de un hombre.

—¿Quién es? —preguntó Kelton pronunciando con esfuerzo.

—No sé decirle. Es espantoso, el pobre hombre ha sido horriblemente mutilado…

La luz danzó sobre el amasijo informe tirado en el suelo.

—Es Fest, el marinero —susurró Kelton.

—Sí, es Fest. Muerto y bien muerto.

El capitán se arrodilló junto al cadáver.

—¿Quién puede haber hecho algo así? ¡Un pobre e inofensivo marinero! Mire cómo lo han golpeado. Tiene el pecho y la cabeza aplastados. Incluso las piernas están rotas.

—Oh, qué estúpido he sido —gimió Kelton—. Nunca más me enorgulleceré de mi inteligencia. Todo esto habría podido evitarse. Capitán…

—¿Sí?

—No hay tiempo que perder. Vaya a por el fusil mientras yo me quedo vigilando el cuerpo, y deme su pistola. Prefiero no perder tiempo explicando, pero vuelva rápido aquí con el fusil. Ordene a sus oficiales que digan a todos los pasajeros que se encierren con llave en un lugar seguro o que se armen y estén preparados. A menos

que me equivoque, en este barco viaja un asesino preso de una furia homicida que puede aparecer en cualquier sitio y en cualquier momento. Dese prisa, es cuestión de vida o muerte…

El capitán salió corriendo sin hacer preguntas. Kelton se subió al bote con extrema cautela. La lona estaba apartada y Fest claramente había sido arrastrado fuera de su escondrijo para ser golpeado hasta la muerte. Kelton se apostó en el borde del bote, con un dedo en el gatillo de la automática y la otra mano apretando la linterna del capitán Galvin, apagada pero lista para encenderse con la simple presión del pulgar.

Oyó los pasos de Galvin, que volvía deprisa al bote.

—Rápido —dijo con tono contenido y tenso—. Suba aquí, a mi lado. Páseme el fusil y tenga la pistola. Y ahora, por amor de Dios, no haga ni un ruido.

—¿Tiene intención de dejar el cadáver tirado ahí? —susurró el capitán subiendo al bote y agachándose junto a él.

—¡Ssh! Ni un ruido. Déjeme a mí. El cuerpo se queda ahí. Entenderá enseguida por qué, a menos que yo esté equivocado.

Se quedaron aguardando en la oscuridad y el silencio. Los minutos transcurrían muy despacio. En un determinado momento el capitán, acercándose a la oreja de Kelton, susurró:

—¿Cuál es el plan?

—Ssh. Por amor de Dios —fue la respuesta de Kelton.

Luego, en la total oscuridad, oyeron un ruido. Era un ruido raro, un roce áspero acompañado del débil chirrido de la escalera metálica que llevaba a la cubierta. Algo o alguien estaba subiendo. Lentamente, pero con determinación, estaba acercándose a ellos.

Los dedos del capitán Galvin aferraron crispados el brazo de Kelton.

—Mire —susurró.

En la oscuridad, en lo alto de la escalera, brillaban dos ojos. Estaban casi un par de metros por encima de la cubierta, y luego, poco a poco, empezaron a moverse hacia el bote de salvamento.

En el silencio tenso Kelton oía el latido del corazón de Galvin. Los

ojos se acercaban cada vez más y ya estaban a menos de un metro del cuerpo del marinero cuando Kelton susurró:

—Rápido, encienda la linterna.

El haz de luz blanca hendió la oscuridad, luego Kelton abrió fuego con el fusil de doble cañón. La linterna se agitó espasmódica en la mano temblorosa del capitán.

—¡Santo Dios, una serpiente! —exclamó Galvin.

—¡Quieto! —gritó Kelton—. ¡Podría no estar muerta!

Un reptil gigantesco se retorció víctima de espasmos agónicos en el centro del haz luminoso, luego su largo cuerpo se quedó inmóvil.

—Está muerta —dijo el capitán—. Le ha volado la cabeza.

Galvin y Kelton bajaron rápido a cubierta.

El fragor de los disparos había alertado al primer oficial McQuarrie y a varios marineros, que acudieron con linternas.

—No se acerquen —ordenó Galvin.

—Ya no hará más daño, ya ha hecho bastante —dijo Kelton—. ¿Puede alguien avisar al doctor para que se ocupe del cuerpo del pobre Fest? Su asesino yace a su lado.

—Arrojad la serpiente al mar —dijo el capitán—. Kelton, tengo que irme a mi camarote, estoy destrozado, necesito beber algo.

En el camarote de Galvin, Kelton mostraba un aspecto abatido y seguía torturándose.

—He sabido qué estaba ocurriendo esta misma tarde… —explicó—. Si solo hubiera actuado según mi teoría habría podido salvar la vida de ese pobre hombre. Ahora es demasiado tarde. ¿Cómo no me he dado cuenta de que esto era obra de una anaconda? Aquellas escamas me lo habían dejado claro…, aunque no el razonamiento.

—¿Una anaconda? ¿Eso era?

El vaso de ron había calmado un poco los nervios del capitán.

—Sí. Formaba parte de la colección del profesor Tyne. Después del naufragio, no tuvo tiempo de comprobar exactamente cuántos animales y serpientes tenía, y esta escapó sin que nadie se diera

cuenta. Sí, una anaconda de nueve metros de largo y más fuerte que casi cualquier otra criatura viviente. Viven en los árboles y salen de caza por las noches, son famosas por su inteligencia y astucia. Esta, según parece, se adaptó bastante bien a la vida del barco. De día se ocultaba probablemente donde las tuberías de vapor de la sala de motores. No me extraña que sus hombres, que buscaban un hombre o un demonio, no la hayan localizado. De noche se desplazaba furtiva por el barco sin hacer el más mínimo ruido; utilizaba los rincones oscuros y se movía sigilosa porque es una especie experta en cacería. Si oía que se acercaba alguien le bastaba quedarse inmóvil para ser confundida con una gruesa soga o un tubo de goma, además podía escapar a gran velocidad si percibía un peligro. Cuando levantaba la cabeza sus ojos distaban un metro ochenta del suelo, eso es lo que dio a miss Cobb y a Fest la impresión de vérselas con un hombre de alta estatura, y lo que me engañó también a mí. Seguramente fue la anaconda la que se descolgó por el parapeto y se asomó al ojo de buey de miss Yate, que por fortuna estaba cerrado, y ella tenía razón al definir los ojos como hipnóticos. Es un pequeño favor concedido por la naturaleza para ayudarla a capturar a la presa. Una anaconda es capaz de hipnotizar al animal, a un ciervo, un jabalí o incluso un jaguar, e impedirle moverse, luego lo estruja con su cuerpo en espiral y lo devora. No sé por qué esta se conformó con tirar al suelo a miss Cobb con un único golpe de su potente cabeza para luego dejarla allí, quizá se asustó. Miss Cobb ha estado a punto de tener el mismo destino que Cæsar. Fest vio la anaconda en las cabinas de los marineros ayer por la tarde y trató de huir tirándose al mar. Habría sido mejor que el pobre se hubiera ahogado, según parece el destino lo había elegido como presa del monstruo.

—No sabía que las anacondas atacaran a los hombres —comentó Galvin.

—Normalmente no lo hacen, pero no olvide que esta estaba terriblemente hambrienta. En similares condiciones un miembro de la familia de las boas ataca a casi cualquier criatura. Se paseaba por

cubierta, y es un animal que ve perfectamente en la oscuridad, cuando oyó a Fest roncando en el bote de salvamento. Y pensar que se escondió allí para sentirse a salvo. Irónico, ¿verdad? Una vez la anaconda localizó a su presa, Fest no tuvo escapatoria. El hombre más fuerte del mundo no sería más que un infantil soldadito de madera en la mandíbula de semejante monstruo. Le bastan un par de torsiones y un apretón para romper todos los huesos de un cuerpo humano.

—¿Cómo supo que la serpiente iba a volver? —preguntó el capitán.

—No estaba seguro, solo lo suponía. Imaginé que había huido asustada al oírnos llegar y al ver la luz de la linterna, y que aún tendría hambre. Había muchas posibilidades de que, viendo el camino despejado, volviera a por la presa que acababa de matar, para estrujarla y reducirla a dimensiones que pudiera engullir. Y eso es justo lo que ha hecho. Y nosotros ya no volveremos a oír hablar de esos ojos.

—Al recibir el telegrama es cuando ha estado seguro de que era una serpiente, ¿verdad?

—No al cien por cien. Hoy le mandé un mensaje por radio al profesor Tyne para preguntarle si había perdido una serpiente o un animal de gran tamaño. Ese desesperante viejo bobo me ha contestado: «Sí». Nadie es menos preciso que un científico cuando no le interesa la pregunta.

Galvin se inclinó sobre el escritorio, con la cabeza posada sobre los brazos cruzados.

—Estoy cansado, terriblemente cansado —admitió—. No pego ojo desde que salimos de Nueva York. Creo que ahora conseguiré dormir un poco. He saldado las cuentas con Jacob Murdo, le he contado a usted mi historia y ahora estoy preparado para ajustar cuentas con la ley.

—Capitán, vamos, vaya preparándose para acostarse —le dijo Kelton—. Solo le entretendré un par de minutos más, si no le molesta. Quiero hablar con usted.

—No hay mucho de lo que hablar ya… —rebatió el otro mientras se

desvestía—. Su deber está claro, mister Kelton. Presumo que, en vista de que el crimen se ha cometido en aguas norteamericanas, me entregarán al detective que está de camino a las Bermudas en el Tarragonno, barco que nos lleva unas horas de ventaja, como he sabido por radio.

Se había quitado la chaqueta del uniforme y la camisa, dejando a la vista los brazos fuertes y los antebrazos velludos. Kelton lo estaba observando.

—Capitán, recordará seguramente que tenemos aún un pequeño misterio que aclarar —dijo.

—¿Cuál? —dijo Galvin poniéndose el pijama.

—La voz en el camarote B… sobre las cinco —respondió Kelton—. Usted pensaba que estaba relacionada con los ojos, pero estos pertenecían a una serpiente y las serpientes no hablan.

—No tiene demasiada importancia —replicó el otro bostezando—. Ahora lo único relevante para mí es dormir. Dormir mucho. Mañana me espera uno de los peores días de mi vida.

—No esté tan seguro.

—¿Por qué? ¿Qué trata de decir?

—Se lo explicaré mañana, quizá. Buenas noches.

Kelton volvió a su camarote y se sentía cansado y decepcionado. Estaba pensando en la historia del capitán y en su confesión. ¿Qué postura debía tomar desde el punto de vista ético? Cleghorn, o Murdo, daba igual, había sido sin duda una persona malvada y no había aportado precisamente esplendor al mundo, pero un homicidio es un homicidio, y él sabía que el detective neoyorkino que subiría al Pendragon en Hamilton haría un arresto, aunque solo fuera para ganarse la recompensa de los cinco mil dólares. Su razonamiento lo llevaría seguramente a arrestar a Russell Sangerson: en ese momento ya sabría de la relación de este último con Cleghorn, y quizá de su disputa, y concluiría que Sangerson tenía un móvil válido, o sea, heredar un conspicuo patrimonio a la muerte de Cleghorn. Sí, Sangerson sería arrestado, y el capitán Galvin saldría al paso para salvar al hijo de la mujer que amaba. Quizá podría salir

con una pena menor por homicidio involuntario, pero su carrera quedaría irremediablemente arruinada y, según Kelton, dadas las circunstancias ese era un destino mucho más triste que el que merecía el capitán.

Solo dos cosas me hacen pensar que podría haber cierta esperanza para él, pensó. Una es muy banal, un mechón de pelo. Puesto que mi orangután ha resultado ser una anaconda, el mechón de pelo encontrado en el camarote B sigue sin explicación. No podía estar allí antes de que Cleghorn subiera a bordo porque he observado a Larsen con atención y he visto que limpia con extremo cuidado, jamás se dejaría una mancha de ese tipo en el lavabo. Por lo tanto, el mechón de pelo acabó allí después de que Cleghorn tomara posesión de su camarote. Me toca a mí descubrir de dónde proviene y qué significa.

También hay otro extraño detalle. El capitán ha afirmado que Cleghorn, es decir, Murdo, lo golpeó en los antebrazos; sin embargo, los suyos no muestran moratones, partes más oscuras o azuladas u otras señales que habría si hubiera sido golpeado con un bastón de paseo. Entonces…, ¿también Galvin está mintiendo? Solo hay una persona que pueda arrojar cierta luz sobre la cuestión, Julia Royd.

Había empezado a prepararse para meterse en la cama, pero volvió a vestirse. Se conocía lo bastante como para saber que no sería capaz de pegar ojo mientras una pregunta importante, a la que sabía cómo encontrar respuesta, lo asediara.

Llegó de puntillas al camarote A y llamó con extrema delicadeza a la puerta.

—¿Quién es?

Reconoció la voz sumisa de Julia Royd.

—Soy Matthew Kelton —respondió—. Tengo que hablar con usted. ¿Le importaría venir a mi camarote?

No era momento de preocuparse de la etiqueta o de las conveniencias. Miss Yate, como suponía, se había tomado ya el somnífero y estaba dormida.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Julia Royd.

—Quiero hacerle algunas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre el capitán Galvin.

—Enseguida voy —contestó ella solícita. Al poco, envuelta en su capa azul, estaba sentada en el camarote C, mirando a Kelton con ojos ansiosos.

—No quiero alarmarla, miss Royd —empezó él—. Estoy tratando de comportarme como un amigo con usted y el capitán Galvin.

—¿Qué le ha dicho él?

—Sabe perfectamente lo que me ha dicho. Acabo de salir de su camarote, donde he pasado toda la velada. El capitán y yo hemos tenido una larga conversación, de la que creo que usted puede adivinar el argumento. Miss Royd, quiero hacerle una pregunta. ¿Cree que el capitán Galvin ha matado a Jacob Murdo?

La miró fijamente.

Ella le sostuvo la mirada.

—¿Ha dicho él que lo haya hecho?

—Sí.

—¿Le ha contado toda la historia?

—Sí.

—¿Lo de Abbot's Glade… y todo lo demás?

—Sí, miss Royd, creo que el capitán Galvin no me ha ocultado nada.

—Creo que sí hay algo que le ha ocultado.

—¿Qué?

—El nombre de la persona que de verdad ha matado a Jacob Murdo.

—¿Y usted conoce ese nombre?

—Sí.

15

Lo que sabía Julia Royd

—Entonces, ¿no ha sido el capitán?

—No.

—¿Quién ha sido?

—Fui yo —declaró—. David Galvin no tiene ninguna culpa, solo está asumiendo la que únicamente me concierne a mí.

—¿Ha sido usted?

—¿Conociendo mi historia, podría usted culparme?

—No me corresponde a mí culparla o absolverla —precisó él.

—Conoce el motivo por el que lo he hecho, o al menos parte del motivo. No puede saber, nadie salvo yo puede saberlo, lo que sufrí por mano de Jacob Murdo. Quizá David le ha hablado… de los primeros tiempos.

—Sí.

—Ni siquiera David lo sabe todo —dijo ella—. Él sabe que me pegaba, todavía tengo las marcas. Pero solo yo sé qué cicatrices me dejó Murdo en el alma. Llevarse a mi hijo, al que amaba, aunque fuera también suyo… —Apretó los labios—. Sí, y otras cien ofensas, humillaciones y crueldades. Le gustaba verme llorar, lo repetía a menudo. Bien, como acaba de decir, no le corresponde a usted establecer si son o no justificables. Quiere saber qué es lo que he hecho.

Kelton asintió.

—Cuando me fui de York era una mujer destruida —explicó Julia Royd—. Mi padre me había dejado unos cientos de libras, que me permitieron ir en busca de mi hijo. Llegué hasta Nueva York viajando en tercera. Murdo había amenazado a menudo con abandonarme: «Me iré a Estados Unidos, donde de verdad se puede hacer

fortuna», decía siempre. El dinero, lo único que le ha interesado en toda su vida. En Nueva York no conseguí encontrarlo. Busqué por todas partes hasta que se me acabó el dinero, y después encontré trabajo como niñera. Fingía como consuelo que el niño del que cuidaba era mi hijo. Las personas para las que trabajaba eran muy buenas conmigo, eran también de Yorkshire y me hacían sentir parte de la familia. Cuando se mudaron a Canadá, cerca de Calgary, me llevaron con ellos para que me ocupara de sus dos hijas. Fui porque estaba cansada de buscar, buscar, buscar… Murdo podía perfectamente haberse trasladado a Sudamérica o a Australia y yo no tenía dinero para seguir con la búsqueda. Me quedé en Calgary muchos años. No era feliz, pero aquellas personas eran amables y esa era la única casa que tenía. Luego decidieron volver a Nueva York para que las hijas, ya jóvenes mujercitas, pudieran ir al *college*, y yo me quedé sin trabajo. En casa de la familia había conocido a miss Yate, una pariente lejana de la familia, que me ofreció un empleo como enfermera y acompañante de viaje. Hace dos semanas que me mudé con ella, y cuando decidió de repente hacer este viaje a las Bermudas naturalmente yo tenía que acompañarla. Ya en el barco me aseguré de que se instalara cómodamente en su camarote y luego fui a buscar la parte del equipaje que nos faltaba. Apenas había salido del pasillo, cuando me tropecé de frente con… Jacob Murdo, que me reconoció al instante, así como yo a él. Estaba muy sorprendido, lo noté, y cuando me vio pareció sobresaltado. «Ven a mi camarote, hablemos», me dijo. Fui, quería tener noticias de mi hijo. Una vez que estuvimos a puerta cerrada recuperó su actitud prepotente de otros tiempos. «Imagino que vas a chantajearme —dijo—. Está bien, te daré una renta, cien esterlinas al mes, para que tengas la boca cerrada». En los viejos tiempos tenía miedo de él, pero ahora ya no. Le insté a que me dijera qué había sido del niño. «Oh, murió hace años», respondió; luego volvió con la antigua acusación, la que utilizaba en York cuando quería hacerme llorar. «Nunca estuve seguro del todo de que fuese mío. Podría ser perfectamente de aquel marinero, o de un tipo cualquiera de Abbot's

Glade». Era una sucia mentira y yo estaba fuera de mí de la rabia y empecé a insultarlo. «Déjalo ya —me decía—. No te atrevas a amenazarme. Tengo dinero y posición social y tú no eres nadie. Intenta chantajearme y acabaré contigo. Ahora vete de aquí». Me cogió del brazo y trató de empujarme fuera del camarote. En fin, soy una mujer fuerte, he trabajado duro toda mi vida. Le golpeé entre los ojos con todas mis fuerzas.

—¿Qué utilizó?

—Una especie de garrote.

—¿Cómo es que tenía usted uno?

—No lo tenía, lo encontré allí, en el camarote. Él se puso a farfullar y se me echó encima, y lo golpeé de nuevo. Estaba enloquecida. Podría haberlo golpeado una docena de veces, no sé, luego salí corriendo de allí.

—¿Qué hora era?

—El barco acababa de abandonar el muelle… hacía unos veinte minutos, creo.

—Comprendo. ¿Luego qué hizo?

—Volví al camarote A.

—¿Y luego?

—Miss Yate me pidió que fuera a intentar recuperar su maletín, que había desaparecido, el que había ido a buscar al principio. Mientras salía del camarote, un hombre pasó por delante de mí, en el pasillo, y luego se volvió a mirarme. Era David Galvin. Me pareció que me había reconocido, pero no estaba segura, y él se marchó apresurado. Durante uno o dos minutos me quedé estupefacta, después salí corriendo tras él…

—Tropezando conmigo durante el trayecto —matizó Kelton.

—¿Era usted? Estaba demasiado alterada para ver claramente lo que tenía alrededor. Mire, mister Kelton, siempre he amado a David. Esperaba que un día, de alguna manera, nos reencontraríamos. Nunca intenté buscarlo, le causé un enorme disgusto y estaba avergonzada. No pensaba que él pudiera amarme todavía después de todo lo ocurrido. En fin, mientras lo seguía casi a la carrera me

pareció adivinar lo que había sucedido. David había reconocido a Murdo al subir a bordo y había ido a su camarote para golpearlo, quizá incluso matarlo. Pero Murdo ya había sido asesinado, y seguramente pensó que había sido yo. No sé qué estuvo haciendo en el camarote. Hablamos del asunto, de esa muerte, quiero decir, y decidimos que si salía a la luz quién era el hombre que se hacía llamar Cleghorn las sospechas caerían todas sobre David o sobre mí, entonces convenía tener la boca cerrada y esperar que este quedara como otro misterio sin resolver más.

—Y acordaron que solo confesarían si se acusara a un inocente, ¿exacto?

—Sí, exacto —confirmó Julia—. Estábamos terriblemente preocupados, es lógico, y deseábamos hablar cara a cara, consolarnos juntos, pero era muy difícil. Quizá no sabe que ayer tarde, mientras usted hacía la visita al capitán, yo estaba escondida en el armario.

—¿En serio? —dijo Kelton.

—Sí, y casi me asfixio. En fin, si hubiera sido así se habrían evitado un montón de problemas. No me preocupo por mí, es en David en quien estoy pensando. Ha seguido amándome todos estos años y me ha buscado. Los hombres como David Galvin son raros en este mundo, mister Kelton.

—Incluso demasiado raros —confirmó él—. Dígame, miss Royd, ¿qué hizo con el garrote que utilizó?

—Eh, yo… lo tiré.

—¿Dónde?

—Al mar.

—¿Por el ojo de buey?

Ella dudó.

—No, lo lancé por el parapeto.

—Entonces, lo llevaba en la mano cuando tropezó conmigo.

—Sí, supongo.

—No lo vi.

—Lo llevaba escondido bajo la capa.

—Comprendo.

Él la observó un instante.

—Miss Royd, tiene usted toda mi comprensión. Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarla. Normalmente no justifico el homicidio, pero en este caso quiero encontrar justicia para usted. Le ruego que me deje asumir el control de este caso. Tendrá que ser arrestada y procesada, por supuesto, pero conozco a un abogado que le contará su historia al jurado de manera que vea a Murdo como lo veía usted… y creo que un jurado norteamericano será clemente con usted.

—Le estoy verdaderamente agradecida, mister Kelton —dijo la mujer, impasible—. No me preocupan las consecuencias de mis actos: he infringido la ley y estoy dispuesta a afrontar el castigo. No creo que haya que nada más que añadir.

—Solo un instante, se lo ruego —dijo Kelton—. Tengo otra pregunta que hacerle.

—¿Sí?

—Se trata de miss Yate.

El rostro de la enfermera se endureció.

—¿Qué quiere saber de ella?

—Quiero saber dónde estaba ayer, entre el momento en que subió a bordo, digamos, y las seis de la tarde.

—Estaba en su camarote —respondió Julia Royd.

—¿Está segura?

—Sí.

—No puede estar segura al cien por cien, miss Royd.

—¿Por qué?

—Me acaba de decir que pasó una buena parte de la tarde hablando con el capitán Galvin en su camarote. Después de tantos años de separación, y con tantas cosas que contarse y tantas decisiones que tomar, no puedo creer que usted haya estado fuera del camarote A solo un momento. En realidad, estuvo fuera la mayor parte de la tarde, ¿cierto?

—Puede, pero miss Yate estaba en su camarote.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo ella.

—Ah, eso es otra cosa. Entonces, ¿usted se encontraba en el camarote desde las cinco menos cuarto a las cinco y media?

—No, me estaba dando un baño.

—Entonces, si miss Yate hubiera salido durante ese intervalo de tiempo usted no lo sabría, ¿cierto?

—No, pero no entiendo el objeto de todas estas preguntas. Miss Yate no tiene nada que ver con este asunto. Es una mujer muy amable y está inválida. ¿Por qué me está haciendo todas estas preguntas sobre ella?

—Porque estoy tratando de descubrir una cosa —respondió Kelton —. Quiero que me cuente algo más sobre miss Yate y su enfermedad…

—Dudo que tenga el derecho de hablar de sus asuntos privados — dijo Julia.

—¿Ni siquiera en el caso de que haciéndolo pueda ahorrarle una desagradable y embarazosa situación además de peligrosa?

—¿Qué quiere decir?

—Imagine que miss Yate es acusada de un delito muy grave.

—No se referirá al homicidio, ¿verdad? ¿Cómo iba a estar implicada si lo cometí yo?

—No me refiero al homicidio, no exactamente. Existen otros delitos graves, sabe. Adelante, miss Royd, aprecio su lealtad a miss Yate, pero hay ocasiones en las que la lealtad se arriesga a echar arena a los ojos de la justicia. Como no quiere hablar, se lo diré yo y, créame, le conviene decirme si tengo o no razón.

Miss Royd escuchó atenta la explicación y al final asintió.

—Tiene razón —dijo—, pero no veo qué tiene que ver todo esto con el caso.

—Puede que lo entienda mañana —explicó él—. Ahora le deseo buenas noches, miss Royd, y tenga en mente una cosa: la justicia a veces se manifiesta torpe, estúpida, miope, pero veo cómo giran sus ruedas desde hace muchos años y es increíble qué pocas personas

de verdad culpables consiguen salir adelante y qué pocas personas de verdad inocentes son castigadas.

—¿Cuándo me arrestarán? —preguntó la mujer.

—Desde luego no esta noche —respondió Kelton—. Le pido que trate de dormir un poco. Tome un somnífero si es necesario. Mañara ya tendrá todo el día para pensar en su arresto. Le deseo una buena noche. —Le tendió la mano—. Ha sido muy valiente durante años, intente seguir siéndolo unas horas más.

Julia le estrechó la mano.

—Hablar con usted me ha tranquilizado. Gracias, mister Kelton, y buenas noches.

La puerta se cerró al salir Julia.

Kelton miró con entusiasmo su cama.

—Aún no —farfulló—. Hay algunos puntos sobre los que tengo que reflexionar. Primero, por qué Julia Royd ha mentido en lo del garrote que dice que usó. Sostiene que lo llevaba con ella cuando se encontró conmigo en el pasillo. Mi memoria es mejor que la suya. Recuerdo con toda claridad que tendió ambas manos al frente para no caerse y que no llevaba ningún garrote. Pregunta: ¿realmente había uno? Diablos, este barco está lleno de mentirosos empedernidos, y ninguno parece saber lo que hace.

Sacó del bolsillo el telegrama recibido de mister B. Hong, que todavía no había tenido tiempo de leer. Lo examinó con el entrecejo fruncido.

> Soy simio plata chaleco canoa muro camión pastor aguja pantera plato chopo atizador punzón sí soy aceite carreta sin lata cabra.
>
> Hong

Mister Hong y él utilizaban un código secreto, acordado años atrás, así que Kelton descifró rápidamente el mensaje valiéndose de un trozo de lápiz y una hoja de papel. Lo leyó tres veces, y luego se quedó inmóvil durante media hora.

Finalmente se acostó pensando que el día siguiente prometía ser

un gran día.

16

Lo que sabía Matthew Kelton

A la mañana siguiente el Pendragon se detuvo delante de St. George, en las Bermudas, y se quedó el tiempo suficiente para que el barco postal se acercase y recogiese algunos sacos de correspondencia. St. George, antigua capital del estado, parece una ciudad medieval italiana colgada de una colina, con sus pintorescas casas antiguas, blancas y grises al sol de la mañana, y se encuentra en la punta homónima de la isla. A casi una hora de ferri, hacia el centro del archipiélago de poco más de treinta kilómetros de largo, está la nueva capital, más moderna y elegante, Hamilton. Habitualmente, los ferris se paran brevemente en St. George y luego costean las islas coralinas periféricas hasta Hamilton, donde atracan después de atravesar la estrecha embocadura del puerto.

Cuando la lancha postal se acercó al Pendragon, delante de St. George, aquel día, los pasajeros que miraban desde cubierta vieron que llevaba dos personas con ropa civil, y otra más con uniforme del servicio postal.

Se desplegó una pequeña pasarela y los dos hombres de paisano subieron al Pendragon con expresión seria y solemne.

Matthew Kelton, de pie en cubierta, reconoció enseguida a uno de ellos, el sargento August Rudolph del Departamento de Homicidios de la policía de Nueva York, que parecía más un actor tratando de interpretar el papel de detective que un verdadero agente. Pero era un brillante investigador, como Kelton sabía por experiencia, y lo consideraba un joven sagaz, aunque llevase trajes demasiado llamativos y camisas y corbatas variopintas. El otro hombre, imaginó, debía de ser mister Roe, uno de los socios del difunto Murdo alias Cleghorn, que había llegado en el ferri más rápido para colaborar en

las investigaciones y organizar el funeral de Cleghorn.

El sargento Rudolph vio enseguida a Kelton y le hizo un guiño casi imperceptible que significaba: «¿Puedo mostrar que le conozco o está trabajando de incógnito?».

Por toda respuesta, él se acercó y le estrechó la mano cordialmente, con avidez.

—Me alegra verle, Rudolph —dijo.

—El placer es mío —contestó el detective—. Si a bordo estaba usted, seguro que no queda nada por hacer. Bueno, entrégueme al culpable, puedo meterlo en una prisión local unos días mientras visito la isla.

—Todavía no estoy en disposición de hacerlo —respondió Kelton riéndose—. Esperaba que subiría usted a bordo una vez llegásemos a Hamilton.

—Pensé que ahorraría tiempo saltando a St. George —explicó Rudolph—. A propósito, mister Kelton, quiero presentarle a mister Roe.

Kelton estrechó la mano al socio de Cleghorn, un hombre de rostro lozano, bastante joven.

—Ha sido un encargo verdaderamente triste el que se me ha encomendado —comentó.

—Sin duda —dijo Roe—, y sentiremos la ausencia de mister Cleghorn. En Nueva York había poquísimos directivos más hábiles que él. Este asunto… ha sido un golpe para todos. ¿Dice que ya ha efectuado un arresto?

—Todavía no.

—¿Ha dado con el culpable?

—Creo que sí.

—Bien. Nadie en Nueva York ha conseguido explicarse el misterio.

—¿Cleghorn no tenía enemigos?

—No creo. Tenía competencia, claro, pero normalmente los hombres de negocios recortan precios, no gargantas.

—He sabido que su sociedad ha ofrecido una recompensa por el arresto del asesino.

—Sí, cinco mil dólares puestos a disposición por mister Becker, el otro socio, y por mí.

—Temo que no tendré la más mínima oportunidad de intervenir si Kelton se ha ocupado del caso —comentó el sargento Rudolph en tono abatido.

—Bueno, al menos ha hecho el viaje —rebatió Kelton.

—¿Pero me llevaré a casa conmigo un prisionero? Esa es la duda que me corroe en este momento —replicó el detective con expectación.

—Quizá —dijo Kelton sonriendo; luego lo vio estremecerse un instante. Más allá, al fondo de la cubierta, acababa de pasar mister Westervelt y a Kelton le parecía que el hombre había visto al sargento y le había dado la espalda de inmediato, pero no dijo nada.

—¿Cuál es el próximo movimiento? —le preguntó Rudolph—. Ya hemos arrancado de nuevo, llegaremos pronto a Hamilton. Detengamos al fulano. No quiero jugar al escondite con él por toda la isla.

—Relájese, Rudolph —lo tranquilizó Kelton—. Quiero organizar una pequeña conferencia en el comedor. Ya he mandado las invitaciones a aquellos que deseo que participen. Quizá usted y mister Roe quieran asistir también, podría ser interesante.

—Otro de sus pequeños espectáculos, ¿verdad? —preguntó el otro riéndose—. Ya he asistido a alguno en el pasado y siempre me han encantado. Un montón de suspense y un clímax apabullante, no como muchas estupideces de Broadway por las que he pagado.

—¿Desde cuándo un poli de Nueva York paga por ver un espectáculo? —preguntó Kelton en tono amable.

—Bueno, me gusta ir a verlos —ratificó Rudolph—. Ahora, oigamos lo que tiene que ofrecernos.

—Vengan. Por aquí, mister Roe —dijo él.

Llegaron al comedor, donde los demás pasajeros estaban reunidos alrededor de la mesa y esperaban sumergidos en un silencio cargado de tensión. Estaban todos: el matrimonio Johnstone, las tres profesoras, mister Westervelt, mister Mond, el capitán Galvin, el

comisario, el médico, miss Imlay, Russell Sangerson, Julia Royd y mister Varga, sentado, ceñudo, en la cabecera de la mesa. Estaban todos menos Esther Yate. El detective de Nueva York y mister Roe encontraron sitio cerca de la mesa y observaron la escena con interés.

—Señoras y señores —empezó Kelton con maneras de profesor—, debo pedirles disculpas por el aspecto tan teatral de esta convocatoria. Solo puedo decir que me ha parecido la mejor manera de gestionar la situación. Sé que serán pacientes conmigo mientras les expongo mi teoría sobre la muerte de Samuel P. Cleghorn.

Miró alrededor con desenvoltura. No tenía ninguna necesidad de atraer la atención de los presentes.

—Tengo intención de contarles toda la historia según la veo yo —anunció—, sin omitir nada que me parezca importante. Al acabar, espero que estén de acuerdo conmigo.

—Se diría que está por darnos una conferencia sobre la vida de Longfellow —murmuró mister Mond al oído de miss Cobb, recibiendo a cambio una mirada de fuego.

—El homicidio de mister Cleghorn —prosiguió Kelton— representaba el problema más intrincado que haya tenido que resolver en mi vida. Estaba repleto de factores que lo hacían aún más complejo. El primero fue la aparición de un par de ojos brillantes que yo, no muy inteligentemente, lo admito, relacioné con un hombre y, por lo tanto, con el crimen. Ahora ya todos saben de los ojos, de la trágica muerte del marinero y de la caza de la anaconda. Hasta que no pude separar aquellos ojos del problema principal fui a tientas en la oscuridad. Barajé la posibilidad de la presencia de un loco, un asesino en busca de una joya valiosísima escondida en un frasco de perfume. Los robos de esos frascos me tuvieron desconcertado hasta ayer, cuando hablando con el doctor Charlesworth, descubrí un indicio y siguiéndolo conseguí encontrarle una explicación. En este caso no voy a dar nombres, pero les diré una cosa: en este barco hay una persona que tiene la desventura de haber desarrollado una mala costumbre, una forma de dependencia

rara, pero que aparece citada en los anales de medicina. Ese hábito consiste en inhalar perfumes fuertes para obtener una suerte de ebriedad. Si les interesa saber más sobre este vicio, porque se trata de un vicio, les aconsejo leer algunos pasajes de *A contrapelo* de J. K. Huysmans. Como ocurre también con los estupefacientes, tal dependencia se hace crónica, quien inhala el perfume está dispuesto a todo con tal de procurarse la droga, lo cual obstruye la sensibilidad moral de personas normalmente rectas y dignas. No roban dinero, sino perfumes. Ahora pueden ustedes empezar a entender lo que ha ocurrido en este barco. La persona en cuestión, podría ser cualquiera de nosotros, ha entrado en algunos camarotes con la intención de encontrar y robar perfumes. Cuando tenía un poco a disposición se comportaba con brío y vitalidad, pero sin él se la veía infeliz y físicamente abatida. Creo que no habría que juzgarla con demasiada severidad. Ese anhelo acaba por ser prácticamente irresistible. Se estarán preguntando qué tiene que ver el perfume con el homicidio de Samuel P. Cleghorn. Lo contaré enseguida.

Hizo una breve pausa antes de continuar.

—La hora de la muerte de mister Cleghorn se fijó un poco después de las cinco debido al hecho de que Larsen, el mozo, llamó a la puerta del camarote B, desde donde lo habían requerido, y escuchó una voz, que con toda lógica él asoció a Cleghorn, decirle desde dentro que ya no necesitaba su servicio. Si Cleghorn estaba en disposición de hablar a las cinco se colegía que había sido asesinado después de esa hora, posiblemente a las cinco y cuarto o y veinte, puesto que el *rigor mortis* estaba ya presente cuando el cadáver fue descubierto unos minutos después de las seis. Puesto que la hora de la muerte parecía asegurada, pensé que tenía algo en lo que basarme, pero luego descubrí que había partido de un presupuesto totalmente erróneo: la voz del camarote B a las cinco no era en absoluto la de Cleghorn, sino que pertenecía a la persona adicta al perfume, que había ido allí esperando encontrar un frasco en el equipaje de Cleghorn. El camarote parecía desierto y la ocasión perfecta, pero el camarote no estaba vacío porque Cleghorn estaba

tendido allí, muerto, detrás de las cortinas echadas de su cama. La persona en cuestión no encontró ningún perfume, pero mientras registraba para buscar tocó sin querer el timbre que avisaba al mozo y antes de poder huir del camarote oyó a este último llamar a la puerta. Reflexionó rápidamente y luego, falseando la voz, le dijo que se fuera; a continuación salió del camarote sin saber siquiera que allí yacía un cadáver. He reconstruido los hechos y luego he conseguido de esa persona la confesión de que mi razonamiento era exacto. Concentrémonos ahora en el paso siguiente.

»Puesto que el homicidio no se produjo sobre las cinco, sino antes de las cinco, podía ser en cualquier momento de la tarde o casi. Antes de descubrirlo, sin embargo, un caballero aquí presente fue tan amable de confesar haberlo cometido él. Ese caballero es mister Sangerson y no voy a exponer los motivos por los que se lo atribuyó, pero su confesión no sonaba creíble. Recuerden que en ese momento yo pensaba que el homicidio se había llevado a cabo a las cinco. Y él alegaba que había utilizado un arma que después demostré que no podía haber sido usada. No se preocupe, mister Sangerson, no tiene motivo. Sé por qué confesó el homicidio…

—¿Por qué? —preguntó el joven.

—Por una excelente razón: temía que fuera obra de alguien a quien ama. Y puesto que en breve el dato será de dominio público quiero decirles que mister Sangerson tiene la fortuna de estar prometido con miss Imlay. Digo «fortuna» porque miss Imlay demostró enseguida sus virtudes: cuando supo que mister Sangerson, pensando que la protegía, había confesado el homicidio, de inmediato se declaró culpable para protegerlo a él. Su versión contrastaba todavía más con los hechos de la declaración de su prometido. Se trataba de una de esas situaciones, en realidad no tan raras, en las que pocos minutos de conversación sincera lo habrían aclarado todo, pero mister Sangerson y miss Imlay no tuvieron oportunidad de tener esa conversación porque, cuando anuncié que mister Cleghorn había sido asesinado, miss Imlay, temiendo que el culpable fuera mister Sangerson, perdió el conocimiento y él,

sabiéndose inocente, atribuyó el desmayo a un culpable conocimiento del crimen por parte de la muchacha. Ninguno de los dos era responsable de la muerte y cada uno de ellos estaba dispuesto a asumir la culpa para salvar al otro. Creo que deberíamos clasificar sus dos confesiones con el título de «trabajos de amor perdidos».

»Aunque no, esto no es del todo exacto —se corrigió Kelton—. La confesión de mister Sangerson se reveló finalmente muy útil, al menos para mí. Por un momento casi la creí, y fui a ver al capitán Galvin para discutir la posibilidad de arrestar a mister Sangerson basándome en mis sospechas. Temo haberle jugado una verdadera mala pasada haciéndolo, pero también creo que me perdonará cuando haya terminado. Cuando Galvin supo que estaba pensando en arrestar a mister Sangerson, admitió que él había matado a Cleghorn a causa de una antigua disputa que en este momento no viene al caso. Su versión de los hechos sonaba verdadera, admito que en efecto tenía un móvil sólido para matar a Cleghorn, pero también me contó una única pequeña mentira que me indujo a sospechar que todo el relato era falso. Dijo que había sido atacado por Cleghorn con un bastón de paseo en los antebrazos, pero poco después se los vi desnudos y no tenían ninguna marca de golpes. A alguno de ustedes esto puede parecerle un detalle irrelevante, pero, verán, tengo mis razones, y son buenas razones, para desear que él se case y tenga una vida larga y feliz.

»Si su confesión era falsa, llegaba espontáneamente la pregunta de por qué lo había hecho. Encontré la respuesta. En este barco hay una señora joven que fue la prometida del capitán Galvin, y un destino benévolo ha hecho que se reencuentren después de años de separación. Ella tenía un motivo sólido para matar a Cleghorn, porque años atrás él le causó un mal gravísimo. Cuando esta joven supo por mí que el capitán había confesado el homicidio, declaró que lo había cometido ella. Y ahora dejo de hacerme el misterioso respecto a su identidad. La señora en cuestión es miss Royd…

Todos miraron a la mujer y Kelton llamó la atención de nuevo hacia

sí diciendo:

—También miss Royd cometió un único error que me hizo sospechar que todo su relato era inventado de arriba abajo: me dijo que llevó un garrote hasta el puente y después lo tiró al mar. Me tropecé casualmente con ella, en esa ocasión, y no llevaba ningún garrote. Una vez más me hallaba ante un inútil sacrificio.

»Y ahora, lo que sí estoy seguro de que ha sucedido. El capitán Galvin, al ver a Cleghorn subir a bordo, reconoció en él al viejo enemigo que conocía con el nombre de Jacob Murdo, y tras zarpar el barco bajó a su camarote a hablar con él. No obstante, al entrar se encontró a Cleghorn, o Murdo, para atribuirle su verdadero nombre, asesinado. Con una justificada curiosidad examinó los efectos personales del difunto y en su reloj encontró una fotografía, probablemente olvidada por Murdo, de miss Julia Royd. Cogió la foto y salió del camarote para hacer la cosa más natural, es decir, contar su descubrimiento, pero en el pasillo vio a miss Royd y la reconoció al instante. Sabía que ella odiaba a Murdo y llegó a la conclusión de que era la responsable de su muerte. Ahora bien, en el instante preciso en que él sospechó de ella, ella tuvo una sospecha similar, porque también miss Royd había reconocido a Murdo, cuando subió a bordo, y había ido enseguida a su camarote antes de que llegase el capitán Galvin y lo había encontrado cadáver. Ella también tuvo la intención de contar su descubrimiento, pero luego vio al capitán y, sabiendo de su odio por Murdo, concluyó que había sido él, el hombre que amaba, el que había cometido el homicidio. El hecho es, y estoy seguro ahora de que ambos lo admitirán, que ninguno de los dos mató a Murdo por el sencillísimo motivo de que alguien había entrado ya en aquel camarote antes que ellos. ¿Comprenden lo que significa esto? Significa que poco a poco la hora del crimen se ha ido moviendo hacia atrás desde las cinco de la tarde, cuando el barco ya estaba en altamar, a mucho antes, cuando el barco aún estaba en puerto…

Hubo un alboroto repentino. El Pendragon había alcanzado la estrecha embocadura del puerto de Hamilton, donde el canal se

acerca a la costa y la tierra firme dista solo un par de cientos de metros. La causa del alboroto fue la imprevista fuga de mister Varga, que se levantó de golpe de la silla para abalanzarse al parapeto y estaba a punto de arrojarse al mar cuando fue aferrado por los hombros por mister Westervelt, cayendo estrepitosamente al suelo. Westervelt sacó después un revólver, con los ademanes de quien tiene práctica en hacerlo, y lo intimidó:

—Nada de bromas, Charley. Quédate donde estás o disparo.

Varga se quedó donde estaba, mostrando un rostro desagradable: su barba negra se había despegado durante el forcejeo, dejando a la vista una cicatriz en el mentón. Los pasajeros, que salieron a la carrera del comedor, se agolparon alrededor. Fue el sargento Rudolph quien rompió el silencio.

—Buenas, Westervelt —dijo—. ¿Qué haces tan lejos de casa?

—Trabajo —respondió el otro—. Este hombre es Charley Vaniman alias Carlo Varga, alias profesor Garvani y otros nombres más, hipnotista y estafador, liante y delincuente integral, buscado por distintos delitos en miles de sitios, pero sobre todo por nosotros, en Denver. He recibido un chivatazo de que iba en este barco y lo he seguido. Temía que se diera cuenta y borrara sus huellas, y por eso he sido tan cauto. Una vez perdí un prisionero por darle a entender que era policía, así que he preferido no correr riesgos y tener la boca cerrada y los ojos abiertos. Imagino que se ha puesto nervioso y por eso ha tratado de pirarse. No se preocupe por este fulano, mister Kelton, el homicidio no es su estilo. Además, lo he tenido vigilado desde que subió a bordo, salvo unos minutos, cuando se me escabulló y trató de destruir los aparatos de radio. Chicos, es un verdadero alivio volver a ser yo mismo. Vamos, Charley, a ver esas muñecas, tengo un bonito par de brazaletes para ti.

Diciendo esto Westervelt esposó al ceñudo Varga y se sentó junto a él en una tumbona.

Los demás pasajeros, guiados por Kelton, volvieron en torno a la mesa del comedor. Desde la puerta abierta se distinguían los hoteles y las casas blancas de Hamilton, no muy lejanas.

—Casi he terminado —anunció Kelton—. He eliminado a mister Sangerson, miss Imlay, el capitán y miss Royd. Veamos…, ¿quién queda? Quédense en sus lugares, por favor, estoy a punto de explicar el punto fundamental: la hora del crimen. Recordarán que miss Royd entró en el camarote poco después de que el barco dejara el muelle y encontró a Murdo ya muerto. Cuando conseguí aclarar ese detalle, empecé a ver la luz, es decir, Murdo fue asesinado antes de que el barco abandonase Nueva York.

Todos lo miraban fascinados.

—Yo en Nueva York dispongo de un hombre extraordinario, B. Hong, que tiene la capacidad de encontrar cosas. Se me ocurrió hacerle las preguntas precisas y él me dio las respuestas precisas. Me dijo una cosa en particular. Alguien ha subido a bordo no como pasajero, sino como acompañante, y ese alguien tenía un móvil para matar a Murdo, o Cleghorn, el móvil más antiguo del mundo: el dinero. Esa persona le había robado dinero a Cleghorn y estaba a punto de ser descubierta, esa persona mató a Cleghorn un par de minutos antes de que el barco zarpase y después se alejó a toda prisa entre el grupo de los demás acompañantes. Esa persona se dejó detrás, en el camarote B, un mechón de pelo de su abrigo de piel de mapache, y esa persona está sentada… allí.

Kelton se volvió de golpe para señalar con un dedo largo hacia Karl Roe, el socio de Cleghorn.

Ninguno de los presentes dudó ni un instante de la culpabilidad de Roe, que parecía un hombre alcanzado por un rayo. Se quedó con la boca abierta y mientras su tez lozana se ponía amarillenta empezó a tragar espasmódicamente.

—Le había prometido un prisionero, Rudolph —dijo Kelton al hombre del Departamento de Homicidios—. Ahí lo tiene.

Sin decir una palabra, Roe tendió las manos adelante para dejarse esposar y después se derrumbó.

—Gracias a Dios que todo ha terminado —dijo.

—Miren la manga de su abrigo —dijo Kelton—. Verán que hay una pequeña zona pelada en la que encaja perfectamente el mechón de

pelo que encontré en el camarote B. Observen.

—Es cierto —confirmó Rudolph—. Kelton, es usted un verdadero portento.

—Le entregaré un informe completo del caso, con todas las pruebas, antes de que vuelva a Norteamérica —le prometió—. Verá que Roe ha estado haciendo grandes especulaciones en Wall Street y creo que estoy en lo cierto al suponer que lo ha hecho con dinero robado. Sabía que Cleghorn estaba a punto de pillarlo y sabía que sería implacable. Corrió un gran riesgo, subió a escondidas, mató a Cleghorn en su camarote, luego se mezcló con los acompañantes que abandonaban el barco sin llamar la atención. Probablemente esperaba que el cadáver no fuera descubierto hasta que el barco estuviera en mar abierto, y que, por lo tanto, las sospechas apuntaran a cualquier otro pasajero, quizá Sangerson, que en realidad es el hijo de la víctima. Por un momento la suerte pareció asistir a Roe, que casi se sale con la suya, pero he aprendido que la fortuna no se queda mucho rato con los asesinos…

—Bien, imagino que la recompensa le corresponde a usted —dijo el sargento Rudolph.

—Haré que una parte le sea asignada a usted —dijo Kelton—. El resto ya sé cómo utilizarlo.

—¿Cómo?

Una vez esposado el prisionero, el detective había dejado de prestarle atención.

—Daré la mayor parte a la familia del marinero muerto, Gabe Fest, pero espero poder usar una pequeña parte en regalos de boda.

Lanzó una mirada al lado opuesto de la sala. En un rincón Julia Royd estrechaba entre sus brazos a su hijo recién recuperado, Russell Sangerson, mientras Pauline Imlay y el capitán Galvin los miraban a su lado.

El Pendragon casi había atracado en el muelle de Hamilton, y Kelton salió a la luz del sol. Lo incomodaba ver llorar a las personas, aunque lloraran de felicidad.

17

Y ya después…

Matthew Kelton llegó a su hotel en una anticuada calesa tirada por viejos caballos. Era un día límpido y tranquilo. Una vez allí, subió enseguida a su habitación y probó el lecho con gusto.

Ahora a descansar por fin, se dijo complacido. Nada de crímenes, nada de problemas, nada de preguntas. Descanso y nada más que descanso.

Se tumbó en la cama y cerró los ojos. Lo despertaron media hora más tarde unos golpes en la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó aún adormilado.

—Soy mister Galloway, el director —respondió una voz.

—¿Qué desea?

—Tengo que hablar con usted, mister Kelton, es importante.

—Entre entonces. ¿Estoy en la habitación equivocada o es que el hotel está en llamas?

Un hombrecillo regordete y calvo entró en la habitación.

—Tiene que ayudarme, mister Kelton —dijo—. Conozco su fama. ¡Tiene usted que ayudarme!

—¿Ayudarlo? —preguntó él—. ¿De qué manera, mister Galloway?

—Ha sucedido una cosa extrañísima, y este es un hotel de primera categoría, un hotel de lujo, como sabe.

—¿Qué diablos ha sucedido?

—Bien, señor —explicó el director—, un caballero inscrito con el nombre de Mond se ha alojado en una *suite* del segundo piso. Parece que de camino del barco aquí se ha parado en el Edgerton Brothers Emporium, nuestro principal gran almacén, y ha encargado un sombrero de copa, pidiendo que se lo mandaran al hotel con un botones. Bien, señor, el sombrero ha llegado con su normalísima

sombrerera de cartón hace menos de diez minutos…

—¡Santo cielo! ¿De verdad me ha despertado para tener que oír hablar del sombrero de mister Mond? —preguntó Kelton—. ¿Y a mí qué me importa?

—Oh, señor, no es el sombrero lo que me preocupa, es magnífico. Es lo que ha encontrado Mond allí dentro lo que me angustia…

—¿Y qué ha encontrado?

—Una cabeza —respondió el director—, la cabeza de un hombre.

Kelton se irguió en la cama y emitió un sonoro suspiro, que no obstante se cerró con una nota feliz.

—Me reuniré con él en cuanto me ponga los pantalones —lo tranquilizó—. Ahora cuénteme…